

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

Escuela de Posgrado



“Quién podría explicarme de dónde y quién era yo”
Identidad, maternidad y violencia de género en *La voluntad
del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) de Karina
Pacheco Medrano

Tesis para obtener el grado académico de Maestra en Estudios de
Género que presenta:

Eliana Sofía Del Campo Alván

Asesor:

Susana Reisz Candreva

Lima, 2024


Informe de Similitud

Yo, Susana Reisz Candreva, docente de la Escuela de Posgrado de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis/el trabajo de investigación titulado "Quién podría explicarme de dónde y quién era yo. Identidad, maternidad y violencia de género en las novelas La voluntad del molle (2006) y Las orillas del aire (2017)" de Karina Pacheco Medrano, del/de la autor(a) / de los(as) autores(as) Eliana Sofía Del Campo Alván, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 8 %.
Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 22/04/2024.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha:

Lima, 22 de abril de 2024

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>SUSANA REISZ CANDREVA</u>	
DNI: 08235164	Firma 
ORCID: https://orcid.org/0000-0002-5363-7190	



AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar, la aceptación, paciencia y estímulo constante de mi asesora, la doctora Susana Reisz Candreva, quien me guio en esta investigación a lo largo de estos tres años que duró el proceso de escritura. Siento que no pude haber pedido una mentora más dedicada o generosa que ella y solo espero que mis logros futuros, académicos o de cualquier índole, le traigan tanto orgullo como agradecimiento siento yo por haber tenido el privilegio de ser su discípula.

A todas mis maestras y maestros del programa, quienes siempre tuvieron la mayor predisposición para ayudarme con este trabajo. Quiero agradecer en particular a Fanni Muñoz, quien me hizo sentir bienvenida desde el primer día, y a Juan Carlos Callirgos, cuyas clases fueron un cálido refugio durante los difíciles tiempos de pandemia.

En la calidad colaborativa e interdisciplinaria de esta maestría, no puedo omitir el valioso aporte de mis colegas y compañeras de clase, cuyas opiniones y debates enriquecieron mi experiencia de estudios y por añadidura, este proyecto. Quiero agradecer en particular a Priscilla Silva, Alicce Cabanillas y Alex Lazo, cuya amistad y ánimo han sido una fuente de motivación constante a lo largo de este camino.

A mi abuela Elvia y a mi tía Patty, quienes a lo largo de mi vida han sido un ejemplo de fortaleza, y no me dejaron desmayar en este proceso. Además, quiero agradecer a mi tía Raquel Vásquez de Balarezo y Juan Balarezo, por su apoyo y por posibilitar mi vida en Lima durante mi primer año de estudios. Asimismo, quiero agradecer encarecidamente al Dr. Wilder Espinoza, quien veló por mi salud mental en los momentos más difíciles de estos años. También a Carla Armas, Cecilia Saito y Yoiss Cruz, amigas invaluable que, con su cariño, me inspiran constantemente a ser mi mejor versión.

A Sebastian Uribe Díaz, por la alegría.

Y finalmente, quiero agradecer de todo corazón a mi mamá, Zoila Alván Cabrera, por su amor incondicional, cuidado, paciencia y aliento a lo largo de mi vida. Su amor siempre ha sido el pilar sobre el cual he podido construir todos mis saberes, y ella me inspira a diario con su ejemplo de fuerza y determinación. Este logro, como todos los que vendrán, se lo dedico a ella. Gracias por siempre creer en mí.

RESUMEN

La presente investigación busca examinar cómo se muestra la relación entre la maternidad, la identidad y la violencia de género en las novelas *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) de la escritora peruana Karina Pacheco. Mi lectura propone que, en ambas novelas, la maternidad se expresa como un elemento constitutivo de la identidad femenina y como algo que se construye a través del conocimiento de la historia familiar y que, al mismo tiempo, la maternidad es problematizada tanto desde el cuestionamiento de los discursos hegemónicos que la conforman, y también al mostrarla como una experiencia susceptible de sufrir violencia al contextualizarla en una época de violencia política. Para lograr ello, he usado las nociones freudianas de novela familiar, recogidas por Marianne Hirsch, las nociones sobre identidad, identificación y diferenciación sexual desde la psicología y el psicoanálisis, así como la discusión en torno a la maternidad que tuvo lugar desde los feminismos de la segunda ola a la actualidad. La metodología usada ha sido el análisis intertextual y el análisis del discurso de los personajes. En la primera parte del trabajo, exploro las relaciones entre maternidad e identidad en ambas novelas; mientras que, en la segunda parte, analizo la relación entre maternidad y la violencia de género en las mismas. Este estudio busca concebir a la maternidad como un tema problematizado en la literatura latinoamericana contemporánea escrita por mujeres. Asimismo, considero indispensable la existencia de estudios similares que nos permitan profundizar las reflexiones en torno a la maternidad como noción clave para las vindicaciones feministas en la actualidad.

Palabras clave: maternidad, identidad femenina, crítica literaria feminista, violencia de género, novela peruana.

ABSTRACT

The present research aims to examine how the relationship between motherhood, identity, and gender violence is portrayed in the novels *La voluntad del molle* (2006) and *Las orillas del aire* (2017) by Peruvian writer Karina Pacheco. My analysis suggests that, in both novels, motherhood is depicted as a constitutive element of female identity and as something that is constructed through knowledge of family history. Simultaneously, motherhood is problematized through questioning the hegemonic discourses that shape it, and by portraying it as an experience susceptible to violence when contextualized within a period of political violence. To achieve this, I have employed Freudian notions of family romance, as articulated by Marianne Hirsch, ideas about identity, identification, and sexual differentiation from psychology and psychoanalysis, as well as discussions surrounding motherhood from second-wave feminism to the present day. The methodology used involves intertextual analysis and discourse analysis of the characters. In the first part of the study, I explore the relationships between motherhood and identity in both novels, while in the second part, I analyze the relationship between motherhood and gender violence in the same works. This study aims to conceive motherhood as a problematized theme in contemporary Latin American literature written by women. Additionally, I consider the existence of similar studies indispensable for deepening reflections on motherhood as a key notion for current feminist claims.

Key words: maternity, female identity, feminist literary criticism, gender violence, Peruvian novel.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	8
--------------------	---

CAPÍTULO I: LA MATERNIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA EN LA VOLUNTAD DEL MOLLE Y LAS ORILLAS DEL AIRE.....	21
---	-----------

1.1 Simone de Beauvoir y “La Madre”	30
1.2 Betty Friedan y la mística de la maternidad	31
1.3 La maternidad dentro de la Política sexual de Kate Millet.....	33
1.4 Adrienne Rich y la maternidad como experiencia/institución	34
1.5 La maternidad para los feminismos de la “diferencia”	37
1.6 Hélene Cixous sobre la maternidad y el lenguaje femenino	38
1.7 Julia Kristeva, la maternidad y la creación femenina	39
1.8 Lina Meruane y una mirada contemporánea sobre la maternidad	42
1.9 <i>La voluntad del molle</i> y la narrativa del secreto familiar.....	45
1.10 La construcción de la identidad femenina en <i>La voluntad del molle</i>	49
1.11 Maternidad, construcción identitaria y heridas intergeneracionales en <i>Las orillas del aire</i>	59
1.12 <i>La voluntad del molle</i> y <i>Las orillas del aire</i> y los mitos clásicos: un análisis intertextual	77
1.13 <i>La voluntad del molle</i> , <i>Las orillas del aire</i> y un retorno a Eleusis	78
1.14 <i>La voluntad del molle</i> y <i>La Orestíada</i> : representaciones de la ira materna...	83

CAPITULO II: LA MATERNIDAD BAJO LA VIOLENCIA EN LA VOLUNTAD DEL MOLLE Y LAS ORILLAS DEL AIRE	97
---	-----------

2.1 La ideología de la institución de la maternidad: virginidad, marianismo y legitimidad de los hijos en <i>La voluntad del molle</i> y <i>Las orillas del aire</i>	97
2.2 Sobre el Conflicto Armado Interno (CAI) y la violencia de género en <i>La voluntad del molle</i> y <i>Las orillas del aire</i>	110
2.3 Otras violencias: La violencia obstétrica en <i>La voluntad del molle</i> (2006)...	119

CONCLUSIONES.....	123
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	129



INTRODUCCIÓN

La presente investigación es una aproximación al universo narrativo de Karina Pacheco a partir del análisis de dos de sus novelas. En esta propuesta, a partir del análisis literario desde una perspectiva de género, propongo que en las novelas *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) de Karina Pacheco, la maternidad se representa como un elemento constitutivo de la identidad de las protagonistas pues la búsqueda de la figura materna forma parte del conflicto central en ambas novelas. Asimismo, explico cómo, en ambas novelas, se muestra a la maternidad bajo la violencia, la cual se expresa, en primer lugar, en la forma en la que las protagonistas problematizan la violencia en los discursos e ideologías que conforman la maternidad en un contexto latinoamericano y, en segundo lugar, en la forma en la que en las novelas muestra cómo un contexto de violencia política afecta la manera en la que las mujeres viven una experiencia de maternidad.

Por un lado, en esta investigación sostengo que en las novelas *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire* de Karina Pacheco, la maternidad se expresa como un elemento constitutivo de la identidad de las protagonistas de cada novela, puesto que la búsqueda de la historia de la figura materna configura la trama en ambas novelas. Asimismo, a lo largo de ambas historias, la maternidad es una cuestión constantemente problematizada por las protagonistas durante su búsqueda intrapersonal.

Por otro lado, en este trabajo sostengo que las novelas de Karina Pacheco visibilizan las formas en las que la cultura patriarcal mantiene sus valores a través del control de los cuerpos de las mujeres. La representación de la maternidad en relación con la violencia en ambas novelas es expresada, en primer lugar, en la problematización de la ideología de la maternidad en un contexto latinoamericano y cristiano a través de las reflexiones de las protagonistas desde una subjetividad feminista situada en la contemporaneidad. En segundo lugar, en la explicitación de la violencia de género ejercida por algunos personajes contra las figuras maternas y; en tercer lugar, en la manera en la que ambas historias dan cuenta de las especificidades de la violencia que afecta a la experiencia de la maternidad en un contexto bélico.

La metodología usada para la presente investigación se basó, en primer lugar, en el análisis literario de las novelas *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire* de Karina Pacheco desde una perspectiva de género. Con ese fin, en un primer momento, elegí fragmentos y discursos de las novelas que daban cuenta de las relaciones materno-filiales, tanto como formación de la subjetividad femenina en los sujetos, como la representación de la maternidad en un contexto de violencia durante el Conflicto Armado Interno, para ser analizados en una siguiente etapa. Posteriormente, dichos fragmentos fueron analizados de forma intertextual, con una variedad de textos que daban cuenta del origen de los discursos hegemónicos en torno a la maternidad. Estos textos fueron diversos en su naturaleza (desde los clásicos griegos hasta las reflexiones feministas más actuales) y fueron aumentando en número en la medida que una lectura me llevaba a otra. Asimismo, me fue de mucha utilidad revisar libros que, a su vez, revisaban dichos textos desde una perspectiva feminista. Conforme fui avanzando en las lecturas, pude establecer una continuidad histórica, contextualizar los discursos existentes en la tradición literaria occidental y latinoamericana contemporánea, y tener una mejor idea sobre cómo las novelas investigadas subvierten las formas de representación de la maternidad en la literatura. De esta manera, desde los estudios de género, el manejo de las diversas teorías feministas me brindó la posibilidad de examinar cómo se representa la maternidad dentro de un canon literario tradicionalmente regido por el imaginario masculino.

Para efectos de la presente investigación, realicé una revisión bibliográfica de la literatura que abordaba la obra de Karina Pacheco como objeto de estudio. De las investigaciones encontradas, algunas, por ejemplo, consideraban a *La voluntad del molle* como parte del canon de las novelas peruanas escritas sobre el Conflicto Armado Interno. Sin embargo, es fundamental señalar que encontré escasa literatura que analice *Las orillas del aire*. Asimismo, es preciso mencionar que la mayoría de trabajos académicos no abordan de forma exclusiva la obra de la autora, y por lo general sus novelas son estudiadas en función a otras novelas contemporáneas. En ese sentido, la presente propuesta también plantea ser un estudio sobre la autora en su particularidad y relevancia, así como sobre la relación intertextual entre ambas novelas.

Un estudio que merece mención es *Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en La voluntad del molle*, escrito por Celis (2019). Este autor propone una lectura de la novela como una estrategia reconciliatoria que busca un acercamiento distinto al tradicional con respecto al Otro indígena. Celis (2019) señala que, a través de la transformación de las subjetividades de las hermanas protagonistas, Elena y Elisa, la novela propone una reconciliación que “hace propio” el dolor nacional de las víctimas. La propuesta de Celis se enmarca en las concepciones de memoria histórica y la justicia transicional. Celis, con su trabajo, considera a Pacheco parte del canon de nuevos autores que se ocupan del Conflicto Armado Interno en sus novelas.

Otra autora que ha estudiado en profundidad la obra de Karina Pacheco ha sido Mónica Cárdenas Moreno: de ella resumiré tres ensayos que han ayudado en gran medida a contextualizar la presente investigación. En un estudio denominado *Viaje y memoria familiar en la novela peruana del postconflicto* (2020) Cárdenas aborda un corpus de novelas del posconflicto, entre las que incluye a *La voluntad del molle*. En dicho trabajo señala que estas novelas proponen, a través de historias familiares y búsquedas en el pasado de los padres de los protagonistas, la construcción de proyectos de memoria que amplían el esquematismo original: el del campesino andino excluido y víctima de las dos fuerzas enfrentadas. Para Cárdenas, esta ruptura sentimental y el alejamiento en la relación con los abuelos sería el símbolo de la transformación final de Elena. El descubrimiento de la verdad sobre su origen y el destino fatal de su hermano, un senderista ejecutado extrajudicialmente, la llevarían a concluir sobre sí misma una culpabilidad de la cual no había sido consciente a la fecha.

Asimismo, Cárdenas revisa la primera novela de Pacheco de forma intertextual con un mito griego. En *El mito de Antígona en La voluntad del molle de Karina Pacheco. Posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual* (2019), Cárdenas demuestra cómo esta novela hace esfuerzos por comprender los motivos de fractura social que precedieron a la experiencia trágica del Conflicto Armado Interno y que continúan existiendo tras él: el racismo y la segregación de lo andino. La relación que establece esta novela con el mito griego residiría en la restitución del cadáver del hermano arrancado de los brazos de su madre, Javier, quien es torturado por las fuerzas armadas antes de morir.

En *Filiación y memoria femenina en la novela peruana escrita por mujeres de la última década* (2019), la autora hace un análisis comparativo de cuatro novelas escritas por mujeres de la última década, dentro de las cuales figura Karina Pacheco con *Las orillas del aire* para establecer relaciones entre las novelas en cuanto a las relaciones de maternidad y filiación, y sus cambios y permanencias en un marco temporal de diez años. La autora propone una primera aproximación que desde una perspectiva diacrónica desvele a las “madres literarias” como personajes en las escritoras peruanas de la última década (2000-2010). Para ello, hace un análisis de los paradigmas presentes en el corpus de novelas desde el siglo XIX para determinar los cambios y permanencias hacia el siglo XXI.

Lo que evidencian estos estudios es un primer descubrimiento de la relevancia de la obra novelística de Pacheco y de su riqueza potencial para el análisis social del Perú de posconflicto. Dichos estudios muestran que, tanto los personajes como los arcos narrativos presentes en *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) encarnan algunos aspectos de la realidad peruana luego de los años de guerra interna.

Pese a esto, como he mencionado antes, no hallé estudios que hayan establecido de forma directa un vínculo entre ambas novelas. Entre los rasgos principales presentes en ambas novelas que resalto en esta investigación se encuentra, en primer lugar, la existencia de un vínculo fraterno femenino en la protagonista y la búsqueda de la historia de la madre como elemento que pone en marcha la trama.

En el presente trabajo hago uso de un marco teórico variado. Quizás, la categoría sobre la cual esta investigación se sostiene es la de novela familiar, una noción que la investigadora Hirsch (1989) recoge de Sigmund Freud (“*Familienroman*”) con el propósito de analizar patrones de trama, descubrir las ideologías sobre la familia y la maternidad que existen en una historia determinada, y descubrir las relaciones que se dan dentro de la experiencia familiar. Para Hirsch (1989), la novela familiar describe la experiencia de las estructuras familiares como un discurso, lo cual es de gran utilidad para una investigación de esta naturaleza, ya que me permite examinar las novelas de Karina Pacheco donde analizo múltiples discursos expresados por diversos personajes dentro de un esquema narrativo determinado, y examino con detenimiento la ideología de la maternidad que expresan dentro de una trama. Asimismo, esta categoría permite

analizar la historia subyacente que se cuenta, dentro de una novela, sobre la realidad social y psicológica de la familia descrita. Al emplear esta categoría puedo hablar de la maternidad (y lo filial, desde una perspectiva femenina) y del proceso del “devenir mujer” en las novelas de Pacheco como una historia, es decir, una representación narrativa de la realidad social y subjetiva sin dejar de lado las convenciones literarias. En suma, la categoría de “novela familiar” me permitió conciliar los múltiples enfoques y disciplinas presentes en esta investigación, sin dejar de lado el estudio de “lo literario” de mi objeto de estudio.

Otra categoría que examino en profundidad es la de “identidad”, en particular, la “identidad femenina”. Para definir identidad me baso en la investigación de la psicoanalista Carmen Lora, quien se basa en los trabajos de Erikson para diferenciar los términos de identidad, identificación y diferenciación. En el primer capítulo dedico una sección a distinguir la diferencia entre estos términos. El marco teórico, en esta sección, se basa principalmente en la psicología y el psicoanálisis. Sin embargo, también menciono la crítica que se le hace a Freud desde los diversos feminismos. Posteriormente, para establecer una relación entre el proceso de diferenciación, adquisición de identidad sexual y su relación con “lo materno” me baso en los trabajos de Nancy Chodorow en primer lugar, y, en segundo lugar, en el análisis que María Ragúz hace sobre la adquisición de los roles sexuales y la relación entre el rol sexual femenino y el rol materno.

El término “maternidad” es usado en este informe como una categoría transversal, que incluye: la ideología sobre el potencial reproductivo de las mujeres; la experiencia de concebir, gestar, alumbrar, amamantar y criar a un hijo o hija y, por último, el elemento constitutivo de la identidad femenina. Para evitar confusiones derivadas del uso de una categoría tan amplia, incluyo, también en el capítulo uno, un resumen de las discusiones que se ha tenido sobre la maternidad desde el feminismo, con el propósito de resaltar las principales controversias y debates. Asimismo, hacia el final intento explicar el origen histórico de algunas concepciones que tenemos sobre ella en la tradición occidental. Es preciso, por lo tanto, sí mencionar que esta investigación es realizada desde una perspectiva de género, con lo cual me refiero a que más que intentar definir a la

maternidad como una experiencia universal, busco analizar cómo este proceso es vivido, asumido y muchas veces sufrido, de forma diferenciada, por las mujeres.

Para el análisis que hago sobre la violencia en el discurso mariano sobre la maternidad, en el capítulo 2, recojo los análisis de Lucía Guerra en *La mujer fragmentada: historia de un signo* (2006) y de Michelle Roche Rodríguez en *Madre mía que estás en el mito* (2016)

Para analizar las especificidades de la violencia de género acaecida durante el Conflicto Armado Interno, contexto en el que se ubican temporalmente ambas novelas, elegí las perspectivas de Jelke Boesten sobre el “continuum” de violencia de género, y su análisis sobre la violencia sexual durante el Conflicto Armado Interno como una que se apoya en las jerarquías existentes de raza y género, las cuales tienen su origen en la sexualidad racializada que se inicia con la colonización, proceso que examina en su libro *Violencia sexual en la guerra y la paz* (2016) También, uso las nociones de Elizabeth Jelin sobre la perspectiva de género aplicada a los estudios de memoria que explica en su libro *Los trabajos de la memoria* (2002) , así como las categorías de “feminización” en la violencia sexual durante la tortura, y de “víctimas indirectas” de la violencia política. Finalmente, para definir la “violencia obstétrica” me baso en las perspectivas que Esther Vivas (2021) recoge en su libro *Mamá desobediente: Una mirada feminista a la maternidad*.

He dividido el presente trabajo en dos capítulos. El primer capítulo se denomina: “La maternidad y la construcción identitaria en *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*”. Este es el capítulo más extenso debido a que, en primer lugar, busco establecer las relaciones teóricas existentes entre maternidad y formación de la identidad femenina. En esta parte realizo una revisión teórica de las principales investigaciones sobre la adquisición de la identidad, principalmente desde la psicología. Enseguida, problematizo el papel de la maternidad en relación con este proceso y explico la importancia de la maternidad en el proceso de la construcción de la identidad genérica femenina. A continuación, hago un recorrido histórico de las posturas del pensamiento feminista sobre la maternidad, resaltando los elementos en común y particulares de las distintas perspectivas de ciertas autoras, con el propósito de demostrar cómo la concepción tradicional de la maternidad ha sido cuestionada numerosas veces desde el feminismo. Luego de esta contextualización, propongo el análisis de la construcción de la identidad femenina en las novelas *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire* a partir de las

nociones de Marianne Hirsch sobre la novela familiar mencionadas anteriormente. En esta parte busco describir cómo, en ambas novelas, las protagonistas definen su identidad femenina a través una búsqueda interior que las lleva a revisar su pasado familiar, en particular la historia de sus figuras maternas. Finalmente, establezco un análisis intertextual entre las novelas y dos mitos griegos para explicar los cambios y las permanencias en las estructuras de trama materno-filial y la representación de la ira materna. Asimismo, a través de este análisis resalto la importancia de la reconciliación con la figura materna en la búsqueda identitaria de las protagonistas.

El segundo capítulo se denomina: “La maternidad bajo la violencia en *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*”. En este capítulo me ocupo de analizar cómo la violencia y la maternidad se relacionan y cómo esta relación es mostrada en las novelas de Karina Pacheco. En la primera parte del capítulo, me encargo de describir el discurso hegemónico sobre la maternidad en Latinoamérica y explicar los principios de virginidad y legitimidad de los hijos y ubicar su origen en el marianismo, corriente religiosa dentro del cristianismo que resalta el ideal tradicional femenino en la figura de La Virgen María. Luego, analizo cómo ambas novelas, a través de las protagonistas, desafían este discurso hegemónico sobre la maternidad y exponen su violencia al establecer alianzas con las figuras maternas desde la contemporaneidad y la asimilación de un discurso feminista. En la segunda parte de este capítulo, describo brevemente el contexto bélico en el que ambas novelas tienen lugar, el Conflicto Armado Interno (CAI), con el propósito de detallar las especificidades de la violencia narrada en las historias. En este análisis, busco contextualizar las novelas en este periodo de violencia política con el fin de examinar, con especial énfasis, las particularidades de la violencia ejercida contra algunos personajes de ambas novelas y sus diferencias según las variables de raza, clase y género que existen entre ellos. El objetivo de esta sección es mostrar cómo las novelas muestran diferentes formas de violencia hacia los personajes y las exponen como parte de un “*continuum*” de violencia a lo largo de una historia de violencia estructural de origen colonial, a través de las reflexiones de las protagonistas. Finalmente, en la última sección de este capítulo, describo un episodio de violencia específica que ocurre en *La voluntad del molle* para definir la violencia obstétrica como una forma de violencia que afecta de forma específica a las mujeres gestantes, y mostrar la manera en la que la

novela muestra de forma crítica esta violencia, poniendo en evidencia la motivación racista de quien la ejerce.

Como señalé al inicio de esta introducción, este trabajo busca explorar el universo narrativo de Karina Pacheco Medrano a partir del análisis de dos de sus novelas: *La voluntad del molle*, publicada en el año 2006 y *Las orillas del aire*, publicada en el 2017.

Mi propuesta parte de un enfoque de género para explicar cómo en ambas novelas se discute el papel de la maternidad como parte del proceso de la búsqueda del yo o la construcción identitaria de las protagonistas a través del conocimiento de su historia familiar. Asimismo, ambas novelas problematizan el lugar violento desde el cual se enuncia el discurso hegemónico de la maternidad a través de las reflexiones de sus protagonistas, que evidencian las violencias por las que pasan las figuras maternas en un contexto de violencia política durante el Conflicto Armado Interno y también en el Perú de posconflicto. Mi propuesta estudia cómo Pacheco, a través de sus personajes, explora la condición humana y las dinámicas familiares, con particular énfasis en las relaciones de madre-hija como un elemento fundacional de la identidad femenina.

Siento oportuno mencionar que inicié este informe hace tres años, en el 2021, en medio del aislamiento social que ocasionó la pandemia de la Covid-19, entre los años 2020-2022. Un doloroso periodo que, entre muchas otras cosas, dejó evidencia de las desigualdades de género que existen dentro de los hogares en materia de horas dedicadas a las responsabilidades domésticas y al cuidado de los hijos e hijas. También, este periodo dejó escalofriantes cifras en el aumento de los casos de violencia intrafamiliar y violencia sexual ocurrida dentro de los hogares (Hernández et al., 2022).

Antes de ese periodo, si bien escribí diferentes versiones del plan de tesis para los cursos de metodología que cursé en la maestría, me era difícil señalar con exactitud hacia dónde me quería aproximar con la presente investigación. Si bien tenía claro –desde finales del 2019– que mi objeto de estudio serían las dos novelas de Karina Pacheco, no sabía con certeza qué era lo que quería explorar en ellas, por lo cual le agradezco a mis docentes de la maestría la paciencia y la prudencia que me aconsejaron tener entonces, así como la recomendación de volver a leer los textos con una postura más reflexiva. Seguí sus recomendaciones y fue en ese continuo retorno a las novelas que luego, en

medio del aislamiento, pude encontrar el verdadero motivo por el cual ambas novelas me habían deslumbrado tanto en aquella primera lectura en el 2018.

Percibí que ambas mostraban “algo distinto” a lo que había leído de literatura peruana hasta entonces, sin considerarme, por ello, ninguna especialista si no, al contrario, apenas una lectora aficionada y alguien que a veces escribía ficción. Nombrar y delimitar ese “algo” como “maternidades” tomó otro largo proceso de revisión bibliográfica en el que tuve conocimiento de que el estudio de la literatura con perspectiva de género constituía todo un campo académico, y que nociones como “escritura femenina” y “crítica literaria feminista” habían sido intensamente discutidas por escritoras e investigadoras que se dedicaron a enriquecer este debate. Así fue que tuve conocimiento gracias a la guía de mi asesora, la Dra. Susana Reisz, de autoras como Toril Moi, Adrienne Rich y muchas otras más. Ella probablemente ya sabía que mis intereses se encaminaban en esa dirección, pero me permitió, con mucha sabiduría, encontrarlo por cuenta propia.

Escribí este breve recuento de mi “recorrido metodológico” para explicitar las dificultades que tuve en nombrar mi tema. Recordé que, incluso en un espacio como una maestría en estudios de género, el tema de la maternidad fue mencionado de forma tangencial en algunas clases, y solo fue discutido en profundidad en una sesión en el curso de Teoría de las Relaciones de Género II, dictado por la profesora Narda Enríquez. Comprendí luego, a través de las lecturas, las razones que habían alejado este tema de un lugar central en los debates del feminismo, lo que resumiré a continuación.

Hablar de la maternidad, al día de hoy, nos ubica en una posición delicada, con riesgo de caer en la idealización de las madres y en la mitificación de esta experiencia biológica femenina. Al mismo tiempo, hablar de “experiencia biológica femenina” nos ubica en las fronteras del debate sobre esencialización y los límites del cuerpo, así como la peligrosa identificación del “ser mujer” con “ser madre”, la metonimia por la cual se identificó durante mucho tiempo a la femineidad con la maternidad. Identificación que los movimientos feministas lucharon por superar en pos de una mayor libertad para las mujeres y mayor participación en la esfera pública.

Escribí la presente investigación siendo consciente de estos peligros, pero también con el convencimiento de que hay una necesidad de que estudios similares existan, es decir,

que la maternidad continúe estudiándose desde el campo académico. Estoy de acuerdo con Hirsch (1989) cuando señala que investigaciones que aborden la maternidad ayudarán a que se haga espacio, en la academia, para las diferencias de las mujeres no desde la biología sino desde la experiencia (p. 163). Y eso nos ayudará a ver a las madres como sujetos de enunciación en vez de objetos de investigación. “Las madres no escriben, están escritas” menciono en un momento en este informe, citando a Susan R. Suleiman. Esa frase resume en gran medida cómo ha sido la representación de la maternidad en la literatura. Si bien en la presente investigación, las novelas que analizo también entran en ese paradigma –es decir, las figuras maternas que aparecen en las novelas de Pacheco no recuerdan, son recordadas– sin embargo, tienen la singularidad de ser historias que muestran en detalle las formas en las que las hijas se relacionan con estas figuras maternas, las emociones que atraviesan, los juicios que emiten y también los que se reservan en ese recordar. Una singularidad que pude identificar, no sin dificultad, en mi propia experiencia, la cual ha estado determinada por relaciones similares a las que se narran en las novelas, con un grado de importancia que solo en el aislamiento pude asimilar plenamente.

Escribí este informe con el conocimiento de que un análisis nunca puede tener una objetividad plena. Pude comprender que mi lugar de enunciación es el de una mujer lectora y escritora, el de hija única, esperada durante muchos años por una madre que continúa estando presente en su vida, quizás como la relación más importante que ha tenido. También como el de la única nieta de una abuela paterna que crió sola a sus dos hijos. El tener consciencia de cómo estas relaciones han moldeado mi vida y han determinado mi aprendizaje sobre la identidad femenina, cómo siguen influyendo en mis modos de ser, leer y cómo permean mi escritura, tanto en la ficción como en esta investigación, ha sido determinante para que este informe tenga su forma actual. Una que, más que pretender ser un análisis literario-sociológico de dos novelas es un texto sincrético en donde he podido escribir mis interpretaciones de las novelas de una autora “afín a mis gustos y cercana a mi coyuntura vital”, parafraseando a Susana Reisz en su ensayo *Juana Manuela y yo* (1998). Ahora sé que cuando me refiero al universo literario de Karina Pacheco y su relación con la maternidad, estoy hablando de mí misma y mi relación con estas figuras tan importantes, como lo son mi madre y mi abuela. Descubro

también mis propios miedos, aversiones, ansiedades, sueños y expectativas frente a la maternidad como experiencia. Sé que esta investigación me ha permitido sumergirme en un tema que supone muchas interrogantes para mí, como mujer, como hija, como nieta y también, como escritora.

Siento oportuno mencionar que otro factor que me lleva a justificar una investigación de esta naturaleza es que, al día de hoy, la literatura escrita por mujeres sigue siendo considerado un tema minoritario en los estudios literarios. Pese a los esfuerzos de generaciones de académicas, aún existe una desigualdad histórica en la cantidad de investigaciones que se ocupan de examinar la obra de mujeres novelistas, poetas, cuentistas y ensayistas.

Mi propuesta involucra el concepto de re-visión propuesto por Rich (1971), quien afirma: “Necesitamos conocer los escritos del pasado y conocerlos en forma distinta a cómo han sido divulgados hasta ahora, no retransmitir una tradición sino romper las amarras que tienen puestas sobre nosotras” (pp. 47-48) Rich recomienda que esto no solamente se haga desde una perspectiva histórica, sino que sea un ejercicio del tiempo presente. Es por ello que una de las motivaciones de esta investigación es el estudiar la obra de Karina Pacheco y ubicarla dentro de una genealogía de narradoras peruanas que, desde el siglo XIX, han cuestionado a través de sus narrativas las ideas de sociedad, familia y poder expuestas por los varones contemporáneos a ellas. Hoy en día, si bien ya existe un corpus teórico en la academia nacional sobre la literatura desde una mirada de género, estos estudios siguen siendo minoritarios y minorizados dentro del campo literario local.

La academia, como institución productora de estudios literarios, tiene un papel importante en este proceso de “re-visión” del canon existente. Asimismo, el feminismo como corriente cultural y perspectiva epistemológica ha permitido que se visibilice la arbitrariedad con la que el valor era asignado a obras escritas solamente por hombres, dentro de estructuras herméticas atravesadas por la serie de factores que impedían que las mujeres entraran al mundo de la educación, las letras y produjeran arte. Los nuevos estudios de crítica literaria feminista dentro de la cual esta investigación busca insertarse, tienen el fin de reconocer tanto el valor estético de la obra como la relevancia

social de estudiar en profundidad a una autora representativa de la narrativa literaria contemporánea, como es el caso de Karina Pacheco.

Entre los estudios consultados, en el siglo XIX, encontramos autoras pertenecientes a la generación de “mujeres ilustradas” como fueron caracterizadas Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello por Francesca Denegri en el libro *El abanico y la cigarrera* (1996). A lo largo del siglo XX, generaciones de escritoras crearon historias a partir de personajes femeninos que, al igual que ellas, exploraban sus posibilidades de desplazamiento entre lo público y lo privado. Asimismo, cuestionaban el poco espacio del que disponían para desempeñarse como creadoras, intelectuales, narradoras o poetas. Es preciso mencionar en este siglo a Zoila Aurora Cáceres, Magda Portal, y más adelante y hacia finales de este siglo a Carmen Ollé, Pilar Dughi y Laura Riesco (Cárdenas, 2019). En las últimas décadas del siglo XX hubo una generación de académicas que hicieron importantes esfuerzos para, en un primer momento, recuperar aquellas obras escritas por mujeres en el pasado y omitidas por los cánones nacionales. Asimismo, una generación de narradoras y poetas, entre los años 70 y 80, influenciadas por los movimientos feministas latinoamericanos y europeos comenzó a producir literatura “desde el cuerpo” tomando en cuenta sus experiencias, vivencias, subjetividades y corporeidades particulares de mujer (Reisz, 1996). Asimismo, las tramas materno-filiales, en especial las historias centradas en la relación madre-hija a lo largo de la historia de la literatura han sido minoritarios. Acaso se cumple lo que menciona la escritora Freixas (1996), cuando menciona que este tema no apareció antes de que las mujeres percibieron cimentado su ingreso a la tradición literaria, cuando comenzaron a aventurarse en la creación de historias nuevas, propias, reclamando un espacio y nuevos discursos que den cuenta de sus experiencias.

Es así que llegamos al siglo XXI, un momento en el que las historias escritas por mujeres abordan distintos temas: desde las que intentan narrar la historia peruana de la última década –en donde el Conflicto Armado Interno (1981-2000) cobra un papel protagónico–, hasta las que se centran en las relaciones intrafamiliares. (Barrionuevo, 2020) Desde mi perspectiva, las novelas de Karina Pacheco se ubican dentro de estas dos vertientes de la narrativa contemporánea. En particular, las dos novelas que este estudio aborda, *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017), exponen estas

relaciones familiares– con particular énfasis en las relaciones madre-hija– dentro del contexto de Conflicto Armado Interno y del Perú de posconflicto.

Destacar la existencia de mujeres que se mueven en el ámbito de las letras desplaza los cánones literarios –tradicionalmente androcéntricos– hacia la diversidad. Al tocar sus intereses, y la experiencia subjetiva de lo que involucra el “ser mujer” en la sociedad peruana, desafían un discurso oficial con una mirada distinta y retan la posición que se les ha asignado en las diferentes etapas de la historia. Por los motivos mencionados anteriormente considero que la presente investigación es necesaria.



CAPÍTULO I: LA MATERNIDAD Y LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA EN LA VOLUNTAD DEL MOLLE Y LAS ORILLAS DEL AIRE

El presente capítulo tiene el propósito de explicar cómo se narra el proceso de construcción identitaria en las protagonistas de *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*. Para ello, en primer lugar, he elaborado un marco conceptual que analice algunos términos a los cuales me referiré de forma recurrente en la presente investigación, como “identidad” e “identificación”. En segundo lugar, opto por destacar el lugar de la madre en estos procesos, para identificar las nociones que se tienen sobre el rol materno. A continuación, realizo un balance sobre algunas nociones de la maternidad que se han problematizado desde el feminismo, tomando en cuenta a pensadoras a partir de la segunda ola del feminismo hasta la actualidad, para luego pasar al análisis de las dos novelas mencionadas. Este análisis se realizará, en un primer momento, tomando en cuenta los procesos de búsqueda identitaria que se realizan durante la narración, así como analizando a las protagonistas de ambas novelas y su relación con las figuras maternas. Finalmente, se muestra un análisis intertextual de ambas novelas en relación con dos mitos griegos en los que se han encontrado coincidencias de trama materno-filial, con el propósito de mostrar los diversos discursos sobre lo materno que existen en la literatura y examinar tanto su permanencia como sus cambios, y explicar de qué manera las propuestas de ambas novelas trascienden la noción de novela familiar feminista.

Para efectos de la presente investigación, revisaremos algunos términos que serán usados durante el análisis de las novelas, como “identidad”, “identificación” y “diferenciación”. Mi objetivo en este apartado es el de distinguir entre estos términos, y posteriormente resaltar la relación entre ellos y “lo materno”, así como resaltar la importancia de la figura materna en los procesos que los conforman. Para ello, he realizado una revisión de estos conceptos desde la psicología y el psicoanálisis, cuyas propuestas serían posteriormente enriquecidas por la perspectiva de género incorporada por pensadoras feministas y el aporte de otras disciplinas como la antropología y las ciencias sociales.

Lora (2007), en su texto *Identidad femenina y género desde una perspectiva psicológica* nos da un panorama de los aportes de la psicología y el psicoanálisis clásico para la

comprensión del desarrollo de la identidad sexual y de género en la primera infancia, y explica cómo la inclusión de la perspectiva de género supuso una nueva forma de pensar en términos más flexibles esta conformación.

En su texto, Erikson, como se cita en Lora (1996), es quien define a la identidad como la “vivencia subjetiva de mismidad y de continuidad histórica que implica un proceso localizado en el núcleo del individuo, pero también en el núcleo del entorno cultural común en el que el individuo vive” (p. 19).

Esta definición enfatiza el aspecto continuo de la adquisición de la identidad (al definirla como un proceso, es decir, algo que se desarrolla a lo largo del tiempo) y su aspecto relacional, es decir, la influencia del entorno cultural en el que el individuo está inserto. Asimismo, cita a León y Rebeca Grinberg (1980), para quienes la identidad es el resultante de un proceso de interacción continua de tres vínculos de integración: uno espacial, en el que un *self* corporal se percibe con una cohesión y en contraste con otros objetos (de forma física y palpable); uno temporal, en donde el ser se percibe con una continuidad y mismidad con las diferentes representaciones del *self* en el tiempo; y uno social, en donde el *self* se relaciona con otros de los cuales se diferencia en contraste con aspectos de sí mismo (Lora, 1996, p. 20).

Lora destaca, en la definición de Erikson de la identidad, el aspecto en el cual su construcción se concibe como un proceso que no acaba sino hasta la muerte del individuo. Por otro lado, el aporte de la definición de los Grinberg es importante al momento de sugerir una diferenciación sexual, ya que el aspecto corporal es tomado en cuenta como un factor clave en este proceso de relación con su entorno espacial. De este resumen, deseo resaltar los elementos que conforman a la identidad como, en primer lugar, un proceso continuo que ocurre en un marco temporal; en segundo lugar, como algo que involucra el contexto cultural en el que el individuo está situado; y, en tercer lugar, como un proceso que involucra individuos sexuados, los cuales vivirán este proceso de forma diferenciada.

Freud es considerado como el fundador del psicoanálisis clásico por sus teorías sobre la adquisición de la identidad sexual en la dimensión inconsciente o psíquica. Para Freud, el proceso por el cual el infante se identifica como varón o mujer está pautado por el descubrimiento de las diferencias anatómico-genitales, el complejo de castración y la

resolución de la crisis edípica (Lora, 2007, p.23). Para el psicoanálisis, este proceso se da de forma diferenciada. Así, mientras los niños varones experimentan la crisis a través de la pérdida del cuerpo maternal y su imaginada unidad con ella; las niñas experimentarían esta crisis con el descubrimiento de no poseer un pene, y, por lo tanto, se sentirían “castradas” o incompletas. Es preciso mencionar que la incorporación de la perspectiva de género en los estudios de la identidad se dio a partir de dos hechos fundamentales: la incorporación de las mujeres en las diferentes escuelas psicoanalíticas, quienes se dedicaron a rebatir los postulados freudianos sobre la diferencia sexual; y los aportes que la antropología y las investigaciones en ciencias sociales pudieron dar sobre la construcción de la diferencia sexual desde una dimensión histórica. (Lora, 1996, p.24)

Desde entonces, muchas pensadoras desde diversas disciplinas se han encargado de reelaborar el pensamiento freudiano. Una de las primeras pensadoras feministas que lo realizó, fue de Beauvoir (1962) en su libro *El segundo sexo*, publicado originalmente en 1949, en donde, respecto a Freud, si bien le otorga el haber consolidado una teoría basada en lo vivido por el sujeto, tomando en cuenta sus experiencias en “el cuerpo vivido por el sujeto” (1962, p. 126), le critica la existencia de puntos ciegos en su teoría, o el haber establecido la humanidad en términos de diferencia sexual exclusivamente desde el punto de vista masculino, tomando este como un “universal”. Simone de Beauvoir se adscribe solo parcialmente a los planteamientos de Freud y Adler, expresando que, dado este “complejo de inferioridad” por la ausencia del pene, la mujer busca en su maternidad un mecanismo de compensación frente al varón. Esta crítica se enriquece en gran medida cuando Beauvoir hace hincapié en la diferencia de la experiencia de la maternidad con respecto a si la persona nacida es hijo o hija.

Por otro lado, Lora (1996) señala el aporte del psicoanálisis en el debate sobre la adquisición de la identidad genérica como un proceso que, en gran medida, ocurre en una dimensión psíquica. Es decir, que no solamente se subraya a la cultura en el sentido de contexto o intervención exterior –usos y costumbres– por el cual las relaciones de género son regidas, sino a cómo es interiorizada esta representación cultural de las diferencias de género. Esta perspectiva ayuda a visibilizar la forma en la que la diferencia biológica sexual produce comportamientos y reacciones, en su mayor parte

inconscientes, que se manifiestan en los procesos de construcción de la identidad como la separación, la diferenciación y la identificación.

Lora revisa los trabajos de Nancy Chodorow para enfatizar el rol de la figura materna dentro del proceso de la conformación de la identidad sexo-genérica. Es preciso mencionar que, para Chodorow, la infancia temprana posee una singular importancia. Así, afirma que “los infantes tendrán en su experiencia inicial la identidad, la referencia y el vínculo con una figura femenina [la madre]” (Lora, 1996, p. 24). Para el psicoanálisis, el hecho de que esta figura sea femenina supondrá una diferencia en la medida en la que el niño/a se relacione con ella. Asimismo, también se reflejará en la manera en la que esta figura femenina se relacione, también de forma diferenciada, con la criatura, según el sexo con el cual lo identifique de acuerdo a sus rasgos anatómicos. Uno de los principales aportes del psicoanálisis feminista estará en subrayar a la madre como una mujer, es decir, no como un ser neutro y establecer que en esa relación con el infante existe una diferencia recíproca.

En su libro *Política sexual*, Millett (1969) acuña el término “patriarcado” para denominar al sistema cuyo resultado es el control de la mitad de la población (las mujeres) en función de la otra mitad.) Equipara esta dominación con las diferencias de razas y las clases sociales, afirmando el carácter más arraigado de la diferencia sexual debido a que está sustentada en una serie de aspectos ideológicos, biológicos, sociológicos, económicos, antropológicos, religiosos y psicológicos.

En su explicación de los aspectos biológicos que conforman dicha política de dominio, menciona el término “identidad psicosexual”, para enfatizar el desfase de las teorías que hasta ese entonces insistían en su carácter innato e inmutable. Millett (1969) insiste en el carácter cultural del género, y para diferenciarlo de la palabra “sexo” cita a Robert Stoller, ya que es él quien diferencia, por primera vez, el término género para hablar de los fenómenos psicológicos ligados al sexo (la conducta sexual, los afectos, los pensamientos y las fantasías) y el sexo en sí para designar las características relacionadas a la anatomía o la fisiología. Así, el vocablo “género”, explica Millett (1969), no tendría un significado biológico sino mas bien psicológico y cultural. Además, Millett (1969) menciona a la identidad genérica como un conjunto de rasgos adquiridos “en virtud de un aprendizaje”, en un proceso que inicia después del nacimiento, pero puede

durar hasta la mayoría de edad. También enfatiza sobre la importancia de la etapa infantil y la influencia del medio del sujeto en este proceso:

El desarrollo de la identidad genérica depende, en el transcurso de la infancia, de la suma de todo aquello que los padres, los compañeros y la cultura en general consideran propio de cada género en lo concerniente al temperamento, carácter, a los intereses. (Millett, 1969, p. 80)

Millett se aproxima, con las definiciones de Stoller (1968) y Money (1955), a establecer la importancia del proceso de la adquisición del lenguaje en la formación de la identidad genérica. Si bien el psicoanálisis se aproximaría a esta conclusión en décadas posteriores, para la época de Millett (1969), la única base con la que se contaba eran los postulados de Freud, por lo cual ella se encarga de realizar su crítica sobre estos postulados. Señala a la “envidia del pene” como un reconocimiento de la superioridad masculina. Sin embargo, su mayor crítica al psicoanálisis radica en que, para Millett la teoría freudiana se concentra en exceso en la biología como única raíz de la opresión de las mujeres, sin considerar el contexto histórico, político, social y cultural en el que se encuentran inscritas. Asimismo, objeta que la teoría freudiana considere como “desviación” cualquier escenario que aleje a la mujer de su rol reproductor, de la maternidad y la crianza, asumiéndolos como parte de su “normalidad” y “naturaleza”. Cualquier otro escenario, para Freud, sería patologizado por el psicoanálisis, nos dice Millett. De esta manera, los planes de vida que involucren un desarrollo fuera de la maternidad (como las aspiraciones intelectuales, concebidas como “masculinas”) serían suficientes para calificar a las mujeres de “inadecuadas” o “neuróticas”. Para Millett (1969), “Freud no solo se propuso limitar la vida femenina al ámbito de la sexualidad reproductora, sino que además trató de convencernos de que la mujer es incapaz de superar el bajo nivel cultural que le ha asignado la naturaleza” (p. 354). Esta perspectiva, insiste Millett se disfraza de una glorificación de la maternidad, pero no hace sino limitar a la mujer a una existencia meramente biológica.

La crítica de Kate Millett a Freud en este texto germinal ha sido observada por diversas investigadoras. Moi (1995) señala que su teoría insiste sobre las características sexuales innatas que ella misma critica al psicoanálisis. Asimismo, citando a Cora Kaplan, Moi indica que la teoría de Millet sobre el patriarcado como un conjunto de ideas falsas

desplegadas contra las mujeres como una conspiración organizada por los hombres es miope ante la naturaleza inconsciente de algunas ideas misóginas y el hecho de que algunas mujeres también son capaces de tener actitudes y pensamientos sexistas. (p. 42)

Pero, ¿Cuál es la relación entre la identidad femenina y las concepciones de “lo materno”? Para elaborar sobre esto, he encontrado particularmente útil el trabajo de Chodorow (1979), quien, como menciona Lora, resalta a la figura materna dentro del proceso de construcción de la identidad según el psicoanálisis.

En su ensayo “Género, relación y diferencia desde la perspectiva psicoanalítica” Chodorow (1979) evalúa el aporte de la teoría psicoanalítica a la comprensión de la diferencia sexual, al mismo tiempo que busca rebatir la perspectiva esencialista de las feministas de la diferencia, cuyos postulados se volvieron muy populares para el movimiento feminista de entonces, las cuales establecían la existencia de una “esencia” del género, tanto para el caso de las mujeres como para los varones.

Chodorow (1979) enfatiza que la diferencia es el producto de una relación, en la cual se entrelazan el mundo psíquico del individuo, así como sus afectos y relaciones, con la figura encargada del cuidado. Asimismo, define la diferenciación “o separación-individuación” como el “llegar a percibir una demarcación entre el *self* y el mundo objeto, llegando a percibir al sujeto/*self* como distinto o separado del objeto/otro” (p. 3) es decir, el proceso mediante el cual el infante, en un primer momento, se entiende como unidad distinta de otros individuos. En este proceso, Chodorow enfatiza que la figura de la madre es primordial ya que la diferenciación se da sobre todo “...en relación con la madre, o con quien cuida a la criatura. Se desarrolla a través de las experiencias del alejamiento de la madre y de su retorno [...]” (p. 4). Dado que la mayoría de las personas encargadas del cuidado son mujeres, el proceso de diferenciación casi siempre se dará en función de una figura femenina al margen del sexo de la criatura cuidada. Chodorow (1979) apunta que si la explicación psicoanalítica solo toma en cuenta la perspectiva del infante como un *self* (en desarrollo), entonces la madre será percibida o retratada solo como un objeto. (1979, p. 5) Reducidas a esta posición de objeto, la cual luego será reforzada por los mensajes sociales de la hegemonía masculina, las mujeres

permanecen en esta significación inferior y subordinada. Chodorow (1979) explica este proceso con mayor detalle:

[...]aprendemos que las actitudes esenciales, importantes, hacia las madres y las expectativas de las madres –actitudes y expectativas que forman parte de las experiencias de las mujeres con más frecuencia–, surgen en la diferenciación temprana del self (...) Dado que la diferenciación y la separación son problemáticas en términos del desarrollo, y dado que las mujeres son cuidadoras primarias, la madre, que es una mujer, deviene y permanece, para los infantes de ambos géneros, como el otro, el objeto. (p. 8)

En otras palabras, la diferenciación no implica solo alcanzar la separación en el sentido de individuación, sino una manera particular de estar conectados con los otros. Se trata de una manera singular que proviene, particularmente, de los procesos de incorporación e internalización que hemos logrado y que nos permiten experimentar suficiente empatía y confianza para reconocer al otro como otra persona. Este proceso se vuelve oscurecido en lo que se refiere a las madres debido al rol subordinado que tiene la figura femenina en la sociedad pese a la evidente importancia del rol de cuidado para el desarrollo del infante. En tal sentido, el hecho de que los cuidados sean responsabilidad exclusiva de la figura materna sería un impedimento para alcanzar la empatía con el resto de seres identificados como femeninos, al ser un género socialmente percibido como inferior. Sin embargo, para Chodorow (1979), si bien la diferenciación ocurre en la infancia temprana, la identidad de género central (el conocimiento de que se es hombre o mujer) es reforzada a lo largo de la vida y desarrollo del infante:

En el desarrollo de la identificación de género de las niñas, no es la existencia de la identidad de género central –el conocimiento incuestionable de que una es mujer– la que es problemática. Más bien, son los conflictos desarrollados más tarde respecto a esta identidad [femenina], y las identificaciones, aprendizajes, y elecciones cognoscitivas que implican (...) surgen de la identificación con una categoría de género valorada negativamente. (p. 11)

Cuando se refiere a conflictos desarrollados “más tarde” habla en particular de la forma en la que las niñas, a lo largo de su desarrollo como mujeres, perciben los mensajes de

la sociedad sobre las características asociadas a la feminidad. En una primera etapa, la diferenciación para las niñas es más difícil, pues si bien se identifican genéricamente con la madre, necesitan afirmarse distintas para confirmar su individuación. De esta manera, para las mujeres, la respuesta al “¿Quién soy yo?” es un proceso que persistirá a lo largo de toda la vida, en la cual las relaciones que entable con las personas hacia quienes muestren afecto serán clave. En particular, la relación que se establezca tanto con la figura materna como con la significación cultural de “La Madre” será fundamental.

Como hemos mencionado anteriormente, este proceso vital, para Chodorow, no solo ocurre en una dimensión individual, sino que está fuertemente entrelazado con la sociedad en la que el individuo se encuentra inserto. En este sentido, existe una diferencia significativa entre la construcción cultural de la identidad masculina y la de la femenina y una de las principales distinciones se encuentra relacionada con la maternidad. Ragúz (1996), en su ensayo *Masculinidad, femineidad y género: Un enfoque psicológico diferente* insiste en el papel de los roles sexuales en la diferencia genérica, así como su papel en perpetuar la desigualdad. Así, define a estos roles como:

[...]prescripciones de comportamiento (no solo de conducta, sino de habilidades y capacidades, maneras de pensar y evaluar, procesos internos). Los roles son los papeles que, como actores de una sociedad sexuada, nos toca actuar. La cultura define sus ideales de hombre y mujer en base a una ideología de la reproducción, con la mujer con un rol reproductivo y expresivo (maternal, nurturante, de cuidado y de realización a través de otros); el hombre, con un rol productivo (remunerado) e instrumental [...]. (p. 43)

De esta definición podemos confirmar el carácter dual y opositivo de los roles, así como resaltar el término “ideología de la reproducción” que la autora usa para referirse a las cualidades esperadas que vinculan a la mujer con la reproducción y el cuidado del infante. Los roles son los que determinan las actitudes que ambos géneros deberían tener de acuerdo a su función principal, así, podemos visibilizar una asociación de “lo masculino” con la esfera pública mientras que “lo femenino” permanece relacionado a su papel en la esfera privada en cumplimiento de sus funciones de cuidado y reproducción de la vida.

Los atributos, las características de personalidad, las capacidades y conductas son asignados culturalmente a uno u otro sexo, habiendo algunas que se libran de ser estereotipadas. El rol femenino supone atributos relacionados con la maternidad y “maternalidad”, como las emociones y la expresividad, la intuición, la moral de cuidado, así como una postura de delicadeza, debilidad, dependencia, inseguridad, incapacidad aprendida, docilidad, sumisión [...]. (p. 43)

Este conjunto de atributos relacionados al rol materno, según Ragúz suelen ser transformados en estereotipos capaces de superar las barreras transculturales. Señala: “No es que sean universales, sino que se universalizan” (p. 44). Asimismo, la diferencia entre ambos roles sexuales es rápidamente aprehendida por los infantes, y permea el proceso de construcción de la identidad. Ragúz señala que entre los dos y tres años de nacimiento, las diferencias de identidad genérica ya son perceptibles por los infantes incluso antes de tener conocimiento de una diferencia morfológica o genital. Así, a lo largo de la vida del individuo, esta identidad genérica se iría enraizando como sustento de las relaciones de poder e inequidad, reforzada por los mensajes que reciba en un primer momento, del núcleo familiar, y luego del resto de relaciones que establezca en su vida.

Como se ha podido observar en este breve resumen, el aporte del psicoanálisis en relación con las teorías de género se encuentra en resaltar la forma en la que el ámbito familiar influye en la constitución de la identidad genérica. Asimismo, hemos podido definir y establecer diferencias entre los términos de identidad, identidad genérica, identidad de rol genérico e identidad nuclear del género en términos teóricos. Al tomar en cuenta el ámbito familiar y su influencia en el individuo en tanto reconocida como mujer, podemos resaltar también la importancia de la maternidad para este proceso.

De igual manera, este breve resumen hemos podido dar cuenta de la estrecha relación entre la constitución de la identidad femenina y la maternidad, en el sentido que, en el proceso de construcción de la identidad genérica, la figura materna es esencial para definir la diferenciación, la cual luego es vista como parte esencial de los roles sexuales que la niña asume a lo largo de su vida. Con esto, pretendo resaltar la importancia de la

maternidad en la construcción de la identidad femenina, puesto que ese será el punto de partida que tomo para el análisis de las dos novelas en la presente investigación.

Es en esta línea que a continuación propongo discutir las diversas posturas que se han establecido sobre la maternidad a lo largo de la historia del pensamiento feminista. Para ello, he elegido algunos de los textos de las autoras que se han ocupado de la maternidad, desde diferentes perspectivas con el propósito de examinar los cambios y las permanencias en las posturas sobre este tema hasta llegar a la actualidad.

1.1 Simone de Beauvoir y “La Madre”

Una de las primeras pensadoras feministas que problematizan la maternidad es la filósofa francesa Simone de Beauvoir, quien en su libro *El segundo sexo*, publicado originalmente en 1949, revisa muchas cuestiones feministas que se retomarían en las vindicaciones a favor de los derechos de las mujeres de las siguientes décadas.

Sobre la maternidad, De Beauvoir (1962) señala que, para las mujeres, la imposición de la maternidad –a través del recorte de las libertades de la mujer en torno a sus elecciones con respecto a esta capacidad– tiene una relación estrecha con su posición subordinada. En dicho sentido, las mujeres, para de Beauvoir serían “víctimas” de sus capacidades fisiológicas, lo cual la lleva a afirmar de forma rotunda que el control de la natalidad y el aborto legal permitirán a la mujer asumir libremente sus maternidades. Asimismo, De Beauvoir toma en cuenta la situación y la variedad de formas en las que se puede manifestar la maternidad para las mujeres. Es preciso mencionar que esto es clave en el análisis de Beauvoir y algo sin precedentes en el feminismo hasta su época. Beauvoir pone énfasis en la importancia de las circunstancias para concluir que no es lo mismo elegir ser madre libremente que hacerlo por mandato o imposición.

La prevalencia de la libertad por encima de cualquier tipo de mandato, sobre todo los que se encuentran sustentados en la “naturaleza femenina” o su “biología” es clave en el pensamiento beauvoiriano. Esto también la lleva a rechazar tajantemente la idea de un “instinto maternal”, pre-existente en la condición femenina de forma biológicamente inscrita, lo cual la lleva a afirmar que “[...]no existe ningún ‘instinto’ maternal; la palabra no se aplica en ningún caso a la especie humana” (De Beauvoir, 1962, p. 306).

Por otro lado, de Beauvoir insiste en la importancia de la relación entre la madre y la situación familiar en la que sus hijos nacen, en el desarrollo mental del individuo. En esto, también diferencia entre la relación entre una madre y sus hijos o hijas, pero, a diferencia del psicoanálisis, describe, para cada caso, cómo la influencia no se detiene en la infancia y puede determinar el desarrollo de las relaciones afectivas del hijo o hija hasta su vida adulta.

No obstante, en general, De Beauvoir (1962) se muestra pesimista ante la vindicación de la maternidad como una estrategia útil para lograr la liberación de la mujer. Para De Beauvoir, bastaba con mirar las victorias pasadas del feminismo –como el movimiento sufragista– para ver que no se había generado un movimiento importante dentro del feminismo que ponga a la maternidad al centro. Señala: “La mujer encerrada en el hogar no puede fundar por sí misma su existencia, pues no tiene los medios necesarios para afirmarse en su singularidad” (p. 324). Dentro de la esfera privada, que la aliena de la colectividad, la encierra en los cuidados, le impide acceder al escenario político principal, y supedita su existencia a la protección de la existencia de otros, –Beauvoir afirma– las mujeres no podrán obtener ninguna victoria importante. De Beauvoir ubica en la maternidad y su “naturalización” (a través de discursos biológicos, médicos, psicológicos y religiosos) el origen de la subordinación de las mujeres. Es por ello que, desde su perspectiva, solo tras la superación del rol materno (a través de la libre elección sobre su propio cuerpo) las mujeres podrán dejar de ser “el otro”.

1.2 Betty Friedan y la mística de la maternidad

Otra pensadora que teoriza sobre la maternidad es Friedan. En 1963 publica *La mística de la feminidad* en donde expone “el malestar que no tiene nombre”. Frente a una tasa preocupante de enfermedades psiquiátricas, alcoholismo, adicciones y suicidios de mujeres norteamericanas en la década de los cincuenta, Friedan realiza una investigación extensiva, entrevistando a amas de casa de clase media.

Para Friedan, la maternidad es cuestionable en la medida en que el argumento de que las mujeres son encargadas de la crianza de los hijos y responsabilidades en el hogar era la principal razón para mantener a las mujeres dentro del ámbito privado y privadas de tener un plan de vida que suponga el uso pleno de sus capacidades. Friedan reconoce la

problemática y las trágicas consecuencias de no “seguir la norma” o no encontrar el “goce” en esta, lo que se evidenciaría en las cifras altas de suicidios y otras enfermedades mentales. Friedan sentencia: “que el problema sea asociado ‘a mujeres’ no equivale a que su origen sea ‘sexual’” (p. 57). Si bien no llega a profundizar sobre la pluralidad de las mujeres ni se preocupa por cómo se establece la diferencia sexual, sí separa la femineidad del sexo, y por tanto niega el origen biológico o natural del “malestar que [aún] no tiene nombre” (p. 93). Si el origen del problema no es sexual, pero está relacionado a las mujeres –Friedan reflexiona– debe encontrarse en algo en común que consuman por igual y tenga influencia en su pensamiento. Es ahí que acertadamente encuentra en los productos culturales dirigidos a ellas, como las revistas femeninas (pero también en la política, los gobiernos, la economía, la educación y los medios de comunicación) donde las mujeres habían dejado de tener modelos de representación que las afirmen como sujetos en sí mismas, capaces de generar una narrativa propia fuera de la vida hogareña y el matrimonio. Friedan apunta hacia la creación de una subjetividad femenina que no concibe a la mujer sin hijos como un ser pleno o completo: “Una y otra vez, las novelas de las revistas femeninas insisten en que la mujer solo puede sentirse en la plenitud de su femineidad en el momento de traer un hijo al mundo (p.100). Para Friedan (1963), el principal problema de la maternidad estaría en que la sociedad reduce el rol de las mujeres a la procreación como su fin único. Friedan reconoce encontrarse en una época en donde las mujeres están siendo parte de un “despertar de conciencia de una crisis de identidad” al no encontrarse satisfechas con el rol materno. Este despertar, para Friedan, contribuirá a que las mujeres puedan llegar a ser personas plenas.

De esta perspectiva de Friedan deseo resaltar dos aspectos. El primero, la relación que encuentra entre los objetos de consumo culturales, específicamente las ficciones que leían las mujeres en las revistas femeninas y las narrativas que crean, sobre esta base, de la vida propia; así como la forma en la que, consciente o inconscientemente, negocian con estas narrativas impuestas. El segundo aspecto que deseo destacar, es la influencia directa que las representaciones de la maternidad tienen sobre su conformidad o no conformidad con los roles expuestos. Si bien su visión de la maternidad no es positiva, Friedan enfatiza su desacuerdo sobre “cierto” tipo de maternidad, es decir, el ideal

retratado en las revistas que busca suprimir la ambivalencia de los sentimientos de las mujeres con respecto a el ser madre y la diversidad de experiencias que cada mujer tiene. No obstante, un aspecto problemático de su análisis es que a menudo universaliza la experiencia de “la mujer” en lo que realmente es cierto tipo de mujer, el de ama de casa de clase media de Estados Unidos en los años cincuenta e inicios de los sesenta.

1.3 La maternidad dentro de la Política sexual de Kate Millet

En la sección anterior he mencionado el libro clásico de Millet (1969), *Política sexual* en relación con su postura sobre la teoría psicoanalítica. Aquí veo necesario detallar su posición sobre la maternidad. Como hemos mencionado, Millet define al patriarcado como el origen de la subordinación de las mujeres. Como patriarcado entiende todo un sistema de dominación masculina que se sostiene en diversos discursos e instituciones, tan universales como longevos, sobre el cual se sostiene la sociedad contemporánea. Millet señala que “el patriarcado gravita sobre la institución de la familia” (p. 83), aunque también se apoye sobre la sociedad y el Estado. Millet trae a debate la cuestión de la legitimidad de los hijos como una forma de asegurar que la reproducción y socialización de los hijos estén supeditados al seno familiar. La figura del varón, por lo tanto, es de la cual depende la posición social tanto del hijo legítimo como de la madre. ¿Y cómo se realiza esta subyugación? Sin duda, a través de concesiones sociales que, a juicio de Millet (1969), sirven para mantener las apariencias. Una de estas concesiones sería el amor romántico, el cual: “[...]es un instrumento de manipulación emocional que el macho puede explotar libremente ya que el amor es la única condición bajo la que se autoriza (ideológicamente) la actividad sexual de la hembra” (p. 90). La sexualidad, para Millet es parte de la estrategia mediante la cual los hombres ejercen su dominación. Siendo el amor romántico la única vía lícita, desde una ideología patriarcal, por la cual la mujer podría acceder a vivir la sexualidad; la familia surge como el único destino para su realización. Dado que, dentro de la familia patriarcal, la mujer ve reducido su rol al de la procreación, la maternidad es también parte de las formas de subordinación femenina.

Es por ello que Millet defiende la separación de la vida sexual y la reproductiva, y aboga por un rol más activo de las mujeres en las decisiones sobre su sexualidad, que se

asienten en su autodeterminación y posibiliten su independencia económica. Retomando la línea de pensamiento de Beauvoir, Millet concluye que la maternidad no solo es un obstáculo para el desarrollo de las mujeres en la sociedad, sino que también las lleva a tener una vida sexual y sentimental insatisfactoria. Apuntando en particular que esto, también ha sido una forma importante de control de las mujeres en manos del patriarcado. Es importante señalar que los apuntes de Millet se desarrollan en una época conocida como Revolución sexual, entre la década de los años 60 y 70. Entre dichos años, surgen tecnologías de control de la reproducción como la píldora, el dispositivo intrauterino y el diafragma. Millet vindica su uso a medida que registra este fenómeno. Propone la revisión de los aspectos relacionados a la sexualidad femenina, siempre considerada desde el punto de vista de la reproducción, y el embarazo, el parto y los trabajos relacionados al cuidado de los hijos y la crianza. El patriarcado, en su definición mínima, sería la aceptación tácita y sin cuestionamiento de un sistema de valores cuya índole no es biológica; y la familia sería la institución por antonomasia, encargada de transmitir estos valores. Las mujeres, en este sistema, se han visto interiorizando culpas relacionadas con la vivencia de su sexualidad y asumiendo su función reproductora como único destino.

En conclusión, la crítica de Millet amplía las nociones propuestas por Beauvoir y Friedan y hace una crítica sistémica a la forma en la que la opresión de las mujeres se desarrolla en la sociedad. Hace un esfuerzo por enumerar y reconocer las raíces de la opresión que ella identifica con el patriarcado. Con respecto a la maternidad, identifica su reproducción en el seno de la institución familiar, la cual se encarga de la procreación y al mismo tiempo de la transmisión de los valores patriarcales que encierran a la mujer en una existencia supeditada a su función biológica.

1.4 Adrienne Rich y la maternidad como experiencia/institución

Ocho años después de la publicación de *Política sexual* de Millet, Rich publica en 1976 *Nacemos de mujer*, uno de los libros más importantes que se ocupa en forma exclusiva de la maternidad. El enfoque de Rich (2019) parte de concebir a la maternidad desde dos perspectivas: como experiencia e institución. En sus propias palabras:

En este libro me propongo distinguir entre dos significados superpuestos de maternidad: la relación potencial de cualquier mujer con los poderes de la reproducción y con los hijos; y la institución, cuyo objetivo es asegurar que este potencial –y todas las mujeres– permanezcan bajo el control masculino. (p. 57)

Habla de la experiencia de maternidad como la forma personal en la que las mujeres viven la relación con su cuerpo tomando en cuenta este potencial de concebir, si así lo decidiera, así como la forma en la que atraviesa las diferentes etapas desde la concepción, gestación, alumbramiento y crianza de los hijos. Al concepto de experiencia, Rich opone el de la institución de la maternidad. A esta, la define como un elemento que regula las condiciones, de manera que la mujer que es madre se encuentra con un inminente peligro de oprobio social ante cualquier elección que la aleje del ideal de la maternidad como: “el aborto, el suicidio, el abandono del hijo, el infanticidio, la educación de un hijo calificado de ‘ilegítimo’, generalmente fuera de la ley” (p. 56). En la institución de la maternidad, se exige temer el poder de las mujeres y se vindica el rol masculino en la procreación expropiando el “poder maternal”, indica Rich. Esta expropiación no se limitó a la exigencia de la legitimidad de la descendencia, sino que también se extendió hacia otras etapas de la experiencia de la maternidad. Para Rich, no hay sistema político en el que la maternidad se pueda ejercer de forma plena. En tanto estos sistemas sean concebidos desde una perspectiva patriarcal, existe una persecución e intento de control de los cuerpos de las mujeres que son madres, y una sospecha perenne hacia las mujeres que no son madres.

Rich se refiere a los cuerpos de las mujeres, pero desde el punto de vista fisiológico se aleja del pesimismo de sus predecesoras –como Beauvoir y Millett–, quienes veían la función biológica de la maternidad como un lastre, como algo a controlar. Para Rich en este potencial biológico, el cual no está de ninguna manera limitado a la función maternal, existe también la posibilidad de vindicación y plantear una nueva experiencia en base a un “poder inherente a la biología femenina” que se oponga a una forma clásica de poder, a un poder “culturalmente desviado” (2019, p. 85). No se debe, por lo tanto, prescindir o renegar del cuerpo (aunque es clara en exponer los motivos que han llevado a las mujeres a hacerlo) sino proponer sobre él una nueva forma de relacionarse con él, de manera que su potencial materno no sea cárcel sino emancipación, libertad.

Sin embargo, esta emancipación no sería tan fácil de lograr puesto que, para Rich “las teorías masculinas han conformado toda nuestra historia intelectual y moral” (2019, p. 107) De esta manera, Rich continúa un camino iniciado por Simone De Beauvoir y que, posteriormente, las intelectuales feministas francesas como Luce Irigaray, Julia Kristeva y Hélène Cixous se encargarían de pavimentar (Moi, 1995, pp.105-106). Esto es, la noción de que existe una captura de la conciencia sobre la experiencia de ser madre (o la experiencia femenina, en general) lo cual deriva en la forma en la que la maternidad ha sido invisibilizada y acallada, a través de imágenes (en el arte o la literatura) que vienen filtradas “...por una conciencia masculina individual y colectiva” (Rich, 2019, p.111). Rich expresa que existe un “orden” universal masculino que ejerce su dominación simbólica a través de estas imágenes.

Rich concluye su libro advirtiendo que es la violencia la que termina consumiendo la experiencia de la maternidad en su totalidad. Es la institución la que devora a la experiencia, en última instancia. Señala que, si uno tuviera una visión privilegiada al interior de las fantasías de las madres, sus sueños e imaginarios, “contemplaríamos la encarnación de la furia, la tragedia, la sobrecargada energía del amor y la desesperación [...]” (p. 355). Rich (2019) expresa que la culpa y la violencia se originan en la maternidad institucionalizada. Por lo tanto –expresa– es sumamente necesario destruirla, desde la colectividad.

Pese a esto, el libro de Rich (2019) es optimista con respecto a las posibilidades que existen dentro de la maternidad para proporcionar nuevos significados que subviertan a lo que ella define como “la institución”. Propone que solamente la convergencia del sinfín de experiencias de mujeres, y la multiplicidad de historias de maternidades, podrá transformar el mandato de la institución de la maternidad. Expresa la importancia de deshacer el “silencio materno” impuesto por la institución a través de la teoría, pero también, de la poesía (o el arte en general).

Es preciso mencionar que, a lo largo de la presente investigación, nos referiremos constantemente a la institución y a la experiencia de la maternidad, de acuerdo a la definición de Rich (2019), para hablar de las formas de representación de la maternidad en las novelas de Karina Pacheco que se analizan.

1.5 La maternidad para los feminismos de la “diferencia”

En la década de los setenta, el movimiento feminista se enriqueció con una multiplicidad de perspectivas que desde diferentes vertientes intelectuales se ocuparon de la situación “de la mujer” para problematizar el lugar subordinado que había denunciado De Beauvoir con *El Segundo Sexo*. Dentro de estas diferentes tendencias, se encontró la del feminismo francés o feminismo de la diferencia. Este tipo de revisiones surgen en un contexto posterior al “mayo francés” o “mayo del 68”, revuelta política encabezada por estudiantes que resultó en un clima político optimista y favorable para la discusión intelectual (Moi, 1995, p.105).

En primer lugar, se criticó la postura feminista que buscaba la igualdad con respecto a los varones denunciando que esta, lejos de subvertir el orden patriarcal establecido, más bien contribuiría a su continuación en detrimento de las necesidades “específicas” de las mujeres. Es así que surgen nuevas propuestas políticas para el movimiento de las mujeres, mientras que, en el campo intelectual, se buscó el debate sobre el origen de la diferencia sexual, tomando como punto de partida el psicoanálisis freudiano para estudiar las relaciones de la mujer en los campos del lenguaje y la lingüística (Moi, 1995). Asimismo, se insistió en destacar “la diferencia” como aquella que supone los valores y necesidades particulares de “la mujer”. Si bien no se ocuparon de la maternidad de forma tan específica como en el caso de la teoría angloamericana (en cuya tradición estaría inscrita, por ejemplo, Adrienne Rich) sí problematizaron a la madre en tanto signo, y usaron como metáforas de “lo femenino” aquellos elementos de las mujeres que tienen lugar dentro de la reproducción (como la leche materna, el pezón o la matriz) para oponer al “falo” freudiano de una manera simbólica. Es preciso mencionar, además, que las pensadoras de esta corriente, hacen revisión tanto de las ideas originales de Freud como de la interpretación posestructuralista que Lacan hizo de estas (Moi, 1995, p.110), sobre todo en lo que respecta al proceso de adquisición de lenguaje en donde se establece el Orden Simbólico (fase edípica) una vez superado el Orden Imaginario (fase pre-edípica). Son importantes representantes de esta corriente Hélène Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva. No obstante, en el siguiente apartado solo describiremos, de forma resumida, el pensamiento de Hélène Cixous y Julia Kristeva, con énfasis particular en sus perspectivas sobre la maternidad.

1.6 Hélene Cixous sobre la maternidad y el lenguaje femenino

Sobre Hélene Cixous podemos decir que su proyecto teórico se basa en deshacer la ideología subordinada dentro de la construcción binaria del lenguaje y, por añadidura, dentro del pensamiento. Cixous parte de la premisa que, si el lenguaje nace de la construcción de significados por oposición (día/noche, actividad/pasividad, vida/muerte, etc.) entonces lo masculino/femenino también se construye según esta lógica, lo cual remite a lo masculino como el par “activo” (y por añadidura, vivo, iluminado, positivo); lo femenino, inevitablemente estará supeditado a lo “pasivo”, negativo, inerte, vacío. En palabras de Moi (1995), lo que busca Cixous es “deshacer esta ideología *logocéntrica*: proclamar a la mujer como fuente de vida, poder y energía” (p. 115), y, para ello, crear un lenguaje femenino que supere el esquema de pensamiento binario y machista.

El campo ideal para subvertir esta desigualdad, para Cixous, se encuentra en la “escritura femenina”, ya que, para la autora, en la escritura se encontraría un vínculo esencial entre las mujeres y “la madre”, quien sería una figura de “origen y voz” de los textos escritos por mujeres, pues ellas, al incurrir en la creación literaria, conectarían con “las capas más profundas de su psiquis” (Moi, 1995, p. 124), en donde se encuentra La Voz de la Madre, “figura omnipotente que domina las fantasías del bebé pre-edípico” (Moi, 1995, p. 124), Como cita Moi:

Al encontrar su origen en un tiempo anterior a la existencia de la Ley [del padre], la voz es innombrable, está firmemente arraigada en la fase pre-edípica anterior a la adquisición del lenguaje y con él, la capacidad de nombrarse a sí mismo y a los objetos. La voz es la madre y el cuerpo de la madre: ‘voz: leche inagotable. La hemos vuelto a encontrar. La madre perdida. Eternidad: es la voz mezclada con la leche’. (p. 124)

Para Cixous, esta separación sería favorable (y más fácil) para las mujeres puesto que ellas no necesitan oponerse tan radicalmente a la Madre como los varones lo hacen en la fase de la separación pre-edípica, por lo cual tienen el privilegio de mantener su cercanía a la Madre.

Para la crítica literaria Moi (1995), esta “madre” en la obra de Cixous se asemeja a lo que Melanie Klein llamaría Diosa Madre: “la proveedora omnipotente y generosa de amor, alimento y plenitud”. Así, la mujer que escribe gozaría de una libertad inmensa para Cixous, pues estaría siempre “protegida por la Buena Madre todopoderosa” (p. 126). A esa protección, que remite a la unidad característica de la fase pre-edípica, es a la que mujer que escribe retornaría en el acto creador, con un poder análogo al de su “naturaleza reproductiva”. “La voz de la madre, su pecho, la leche, la miel, las aguas femeninas, se invocan como pertenecientes a un espacio eternamente presente en torno a ella y sus lectores” (p. 127).

Una de las críticas que se le hacen a este enfoque es que Cixous parte del pensamiento utópico: reflexiona sobre el símbolo y el privilegio de la mujer escritora sin tomar en cuenta las condiciones materiales que impiden a las mujeres acceder a la escritura (descritas anteriormente, por ejemplo, por Virginia Woolf en *Una habitación propia* en gran detalle) Otra crítica es que la insistencia de características que favorecerían a la escritura de mujeres de forma particular reforzaría las dicotomías que precisamente busca denunciar. Finalmente, este modelo dualista es expresado por Cixous en otros pares femeninos: madre/hija, alumna/profesora, mentora/discípula; mostrando una escasez de referencias de comunidades de mujeres más amplias que representen una verdadera colectividad (Moi, 1995, p.134). Sin embargo, deseo resaltar el énfasis de Cixous sobre la naturaleza creadora y productiva de la maternidad, no solo como experiencia corpórea sino como signo. La búsqueda de crear un nuevo lenguaje que se oponga a una lógica patriarcal sobre el cual está estructurado el lenguaje y el pensamiento también es un esfuerzo válido que hablaría de vindicar palabras que se refieran no solo a la maternidad, sino a aquellas partes del cuerpo femenino que no suponen una “falta de” o mera oposición a la del cuerpo de los varones. Incluso bajo riesgo de incurrir en el esencialismo que supone insistir en una “diferencia” natural, este énfasis permite crear nuevos significados dentro de un orden falocéntrico.

1.7 Julia Kristeva, la maternidad y la creación femenina

Julia Kristeva se ocupó de las formas de creación disponibles para las mujeres bajo el “Orden simbólico”. Su perspectiva sobre este puede ser explicada de la siguiente

manera: en primer lugar, el acceso al Orden simbólico (al lenguaje, la cultura y la Ley del Padre, según Lacan) es particularmente difícil para las mujeres. En este sentido, la maternidad les daría a las mujeres un medio privilegiado y exclusivo para entrar en este Orden de una forma diferente, tanto en comparación con las mujeres que no son madres como con los hombres, cuya relación con lo simbólico es problemática debido a que les exige una ruptura con la madre. En este sentido, para la mujer que es madre, su vínculo con su hijo y ese amor (material, en tanto a las evidencias físicas y naturales que deja un embarazo) sería similar al acto –también creador– de escribir. Desde esta perspectiva, un hijo y un libro de autoría femenina, no serían tan diferentes, pues ambos nacerían de este goce femenino o *jouissance* (Suleiman, 2020).

En “*Sobre las mujeres chinas*” (*Des Chinoises*) artículo publicado originalmente en 1974, Kristeva sitúa temporalmente el inicio del patriarcado occidental en la transición de un culto a las divinidades femeninas, maternales, relacionadas con la fertilidad hacia una religión estructurada monoteísta, el judaísmo, con una organización social que favorecería una descendencia patrilineal en vez de matrilineal que centraría el erotismo en el Fallo, el cual tiene una autoridad simbólica abstracta que rehúsa reconocer el crecimiento del niño en el cuerpo de la madre (Kristeva, 1986). Kristeva describe cómo en esta tradición, luego, con el cristianismo y la figura de la Virgen María, el goce femenino (*jouissance*) de la madre se convierte en un placer que debe ser reprimido a cualquier precio. Esto, para Kristeva (1986), haría que las mujeres entren en una relación masoquista con la representación: “Para una mujer que no ha reprimido fácilmente la relación con su madre, la representación en el orden simbólico paternal tal y como la Cristiandad la define, solo puede ser masoquista” (p. 147). Es así que las mujeres solo tendrían dos opciones: o permanecer identificadas con su madre, siendo partícipes de su propia exclusión y relación marginal con la sociedad patriarcal, o identificarse con su padre, en represión del cuerpo materno, y alcanzar el nivel simbólico de este; lo cual la privaría del acceso a su propio cuerpo. Además, Kristeva define el embarazo como:

Un escape para la temporalidad de las obligaciones sociales del día a día, una interrupción de los ciclos mensuales regulares, donde las superficies—la piel, la vista—son abandonadas en favor de un descenso a las profundidades del cuerpo, donde una oye, prueba y huele la infinitesimal vida de las células. (p. 147)

Un proceso en el cual el producto (el hijo) sería la única evidencia, para el orden simbólico, de la *jouissance* materna gracias a la que la mujer siempre estará codificada en la cadena de producción del orden simbólico y su temporalidad (Kristeva, 1986). La perspectiva política de este artículo, también denuncia la forma en la que “[nosotras] hemos sido capaces de servir o derrocar el orden social-histórico jugando a ser superhombres”, comportamiento para el cual Kristeva propone como ejemplo a Louise Michel y Alexandra Kollontai.

Asimismo, en *Un nuevo tipo de intelectual: el disidente (Un nouveau type de intellectuel: le dissident)* publicado en 1977, Kristeva (1986) acompaña su reflexión sobre las posibilidades de la disidencia intelectual en la cultura occidental con observaciones sobre la relación entre la creación femenina y la maternidad. Así, se cuestiona: “After the Virgin, what do we know of a mother’s (introspective) speech?” [Después de la Virgen [María], ¿Qué sabemos sobre el discurso (interior) de una madre?] (1986, p.297), una cuestión provocadora que al mismo tiempo pone en evidencia el lugar que las madres han tenido en la creación textual, tanto artística como teórica. Después de todo, ¿Cuántos textos de filosofía, religión o ciencia, para la época de Kristeva son enunciados desde un “yo” maternal?

Para Kristeva (1986):

But simply through being pregnant and then becoming a mother, a woman finds a way that is both natural and cultural (...) not to live out this temptation towards paranoia, but to spread it over the social body to alleviate the strain [Simplemente a través del embarazo y luego volverse madre, una mujer encuentra una vía que es tanto natural como cultural (...) no para vivir esta tentación hacia la paranoia si no para extender sobre el cuerpo social para aliviar la tensión [de la represión de lo femenino]]. (p. 297)

Esto, debido a que, para Kristeva, los intereses de la madre, el deseo hacia su hijo, y el del hijo hacia su madre, estarían en esta instancia, alineados. Kristeva (1986) va más allá y define el embarazo como una “forma institucionalizada de psicosis” en donde no se distinguen “(...)me or it, my own body or another body. It is an identity that splits, turns in on itself and changes without becoming other: the threshold between nature and culture, biology and language.” [(...)yo o ello, mi propio cuerpo u otro cuerpo. Es una

identidad que se divide, se vuelve hacia sí misma y cambia sin convertirse en otra: el límite entre la naturaleza y la cultura, la biología y el lenguaje] (1986, p. 297). Es decir, la maternidad –empezando en el embarazo– sería una oportunidad exclusiva para las mujeres de relacionarse con el reino de lo Simbólico. En el embarazo, de naturaleza simbiótica desde una perspectiva biológica, es decir, un estado en donde la naturaleza del “yo” es dual en simultáneo, se daría este primer encuentro con la integración, la conexión; y esta relación especial podría proyectarse sobre todo hecho de creación femenina, incluyendo la creación artística. Finalmente, la postura política de Kristeva (1986) insiste en tomar a la maternidad como un tema prioritario para el movimiento, incluso advierte contra cierto tipo de feminismo que confunda su propio aislamiento con la protesta política o incluso la disidencia (...) pues la innovación femenina, en cualquier campo, solo vendrá cuando la maternidad, la creación femenina y la relación entre ambas sea mejor entendida.

Una de las principales críticas a Kristeva (1986), en relación a su postura como “lo femenino” y “lo materno”, es que en ningún momento distingue entre lo uno y lo otro. Para Kristeva, lo femenino es lo materno, y viceversa; sobre todo al momento de enfatizar en esta relación la única forma en la que las mujeres podrían acceder, de modo preferencial, al discurso hegemónico. Esto, para Suleiman (2020), puede resultar en un esencialismo, tanto del cuerpo de las mujeres en forma de “fetichización”, como de los textos escritos por mujeres, los cuales siempre serían vistos en una posición excéntrica con respecto al poder, el cual subordina toda enunciación artística que sea emitida desde un “yo” explícitamente femenino. (pp.205-206) Este análisis, tanto del pensamiento de Kristeva como de sus críticas, nos servirá en la presente investigación para problematizar el lugar de la enunciación, femenina y materna, de los personajes de las novelas investigadas.

1.8 Lina Meruane y una mirada contemporánea sobre la maternidad

Para abordar a la maternidad desde una óptica contemporánea, hablaré del libro *Contra los hijos* de Lina Meruane. Publicado en el año 2018, *Contra los hijos* ingresa al debate sobre la maternidad con un desafío. Meruane adopta allí un tono interrogatorio frente

a un público espectador: “¿Qué ha sucedido? ¿No nos habíamos liberado, las mujeres, de la condena o de la cadena de los hijos que nos imponía la sociedad?” (p. 19).

Meruane nos anima a mirar hacia atrás, revisar los logros del feminismo desde la época de las feministas clásicas y mantener la postura vigilante: “Presten atención, a cada logro feminista ha seguido un retroceso, a cada golpe femenino, un contragolpe social destinado a domar los impulsos centrífugos de la liberación” (p. 20). Meruane sostiene que los modelos que exaltan la mística de la maternidad, lejos de desaparecer, apenas han cambiado sus máscaras y discursos por otros más frescos y versátiles que les permitan sortear la vertiginosidad del nuevo milenio, sin que cambie algo sustancial en la situación de las madres.

Según Meruane es en estos discursos renovados para el siglo XXI, teñidos de ecologismo, neo-naturalismo y progresismo, que las vindicaciones feministas anteriores fueron dejadas de lado. Ante el reclamo del feminismo de segunda ola de querer una igualdad legal, económica y cultural, surgieron voces en respuesta que –desde una enunciación vindicativa de la diferencia femenina, como hemos revisado en la sección anterior, optaron por defender el cuerpo femenino y el simbolismo detrás de sus ciclos y la diferencia sexual: “Son estas feministas-de-la-esencia quienes se opusieron frontalmente a que las nuevas tecnologías médicas y los médicos mismos participaran en algo ‘tan propio de las mujeres’ como la gestación y el dar a luz” (p. 119). Estos discursos, advierte, no han hecho sino retroceder los avances logrados sin necesidad de una verdadera transformación. Es en este contexto en que surge una variedad de madres a quienes Meruane se aventura a clasificar en su capítulo “Clases de madre”. Madres que van desde la súper-mamá hasta la madre-a medias, se clasificarían por la forma en la que responden a este nuevo mandato de forma subjetiva o por sus condiciones materiales. Sin embargo, todas estarían, en mayor o menor medida, sintiendo la culpa materna de la cual ya han hablado extensamente Beauvoir, Friedan, Millet y Rich.

La ambivalencia que las madres modernas sienten ante el dilema entre necesidad de trabajar y la ansiedad de no estar el tiempo suficiente con sus hijos, para Meruane (2018), es una de las formas en las que la mística o el ángel-moderno se hace presente. El modelo del ángel materno, no obstante, está lejos de reflejarse como universal ya que

existen muchas mujeres que, sin acceso a los mecanismos estatales de promoción de educación sexual o planificación familiar, sienten miedo frente a las precarias formas de vivir la maternidad que ofrece el mundo de hoy y optan por abandonar a sus hijos. Meruane trae a colación esta cifra para recordarnos los peligros de la hipocresía en torno a los discursos pro-maternidad y sus omisiones:

El abandono de su [de la madre] rol prevalece como asunto principal de la incomprensión y crítica proletaria, aun cuando en la realidad el rechazo a los hijos alcanza, desde entonces, cifras asombrosas: cien millones de niños dejados solos en el mundo, año tras año, tendría que decirnos algo sobre la frecuencia del abandono materno. (2018, p. 73)

Meruane considera que existen factores del mundo contemporáneo que promueven el profundo abandono que sienten las madres en la labor de crianza. Esto, sobre todo, se explica por las relaciones económicas desiguales sobre las cuales las familias se sostienen. Estas familias, son aún consideradas la unidad económica básica de un Estado convenientemente desentendido de generar leyes que protejan a las madres. Citando a Marta Lamas, Meruane explica los obstáculos que las mujeres en edad fértil encuentran al momento de postular a un empleo. Asimismo, la privatización del cuidado no solo ha agudizado estas desigualdades sino también permitido que la clase empresarial lucre con esta negligencia estatal. Meruane expresa que serían necesarios reclamos colectivos de las madres trabajadoras unidas, sería importante una unión que exija mejor educación y mejores servicios de seguridad social que visibilicen esta desigualdad genérica y utilicen el enfoque para crear reformas a la medida de las necesidades de las mujeres.

Sin embargo, al finalizar el ensayo Meruane (2018) retorna su crítica al ámbito de lo privado poniendo énfasis en un nuevo tipo de crianza la cual ella nombra como “El imperio de los hijos”, señala que, bajo este nuevo modelo, se implanta: “la inversión de la relación jerárquica dentro del hogar: antes eran el padre y la madre quienes detentaban el poder, ahora son los hijos quienes mandan, exigiendo como nunca sumisión e incondicionalidad absoluta de sus padres” (p. 188). El argumento es que, dado que “el hijo” es ahora único indicador del éxito o fracaso del proyecto familiar (y, sobre todo, de la madre), se invierte la relación de poder dentro del seno familiar

causando una complacencia extrema de los padres para con los hijos. Las consecuencias de esto serían terribles: una generación de dictadores y tiranos insensibles contra sus propios progenitores. Finaliza su diatriba expresando: “Es contra esos hijos temibles que me rebelo. Contra el advenimiento del imperio de esos tiranos” (p. 189).

Meruane nos ofrece un bosquejo de la mirada contemporánea del feminismo sobre la maternidad. He decidido incluir este ensayo porque me pareció uno que expresa una posición bisagra entre las ideas de las pensadoras mencionadas anteriormente, así como una posición escrita en idioma español y desde una situación latinoamericana. Rescato de Meruane (2018) su tipificación de las madres puesto que, en el análisis del presente trabajo, se hará hincapié sobre cómo ingresan estos modelos actuales dentro de la literatura latinoamericana; así como la crítica a la esfera pública que ha ido precarizando la vida de las madres y los hijos.

1.9 *La voluntad del molle* y la narrativa del secreto familiar

En *La voluntad del molle* (2006), Karina Pacheco nos presenta la historia de dos hermanas que viven en Cusco alrededor del año 2004. La novela se encuentra dividida en cuarenta capítulos y posee una estructura temporal de carácter lineal. Al inicio de la historia, nos enteramos de que Elena, la madre de las hermanas Elisa y Elena, ha fallecido recientemente a causa de un infarto. Las hermanas la evocan mientras van guardando sus pertenencias. Elena, la narradora, tiene 30 años y es antropóloga. Su hermana, Elisa, es una abogada dos años menor que ella. El padre de ambas falleció tres años antes, debido a un accidente mientras hacía montañismo junto a su madre.

Mientras revisan las pertenencias de su madre, encuentran un baúl escondido en el fondo de su clóset. Deciden abrirlo y al descubrir una serie de documentos, se dedican a leer su contenido. Las hermanas descubren, a través de una serie de cartas, que su madre tuvo un amante antes de contraer matrimonio con su padre, y que, además, su correspondencia se mantuvo a lo largo del matrimonio y mucho después del nacimiento de ellas. Entre las fotografías que encuentran, descubren también que su madre estuvo embarazada antes del nacimiento de Elena, la primera hija del matrimonio de sus padres. A partir de ese momento, comienzan a sospechar del papel de sus abuelos maternos en la desaparición de su desconocido hermano.

Con ayuda de su tía Julia Solís, ex esposa de su tío Fernando y hermano de su madre; descubren que, en efecto, su madre había tenido un amante. Ella se enamoró de su profesor de historia cuando era alumna de secundaria. Su nombre era Alejandro Ramírez Carhuarupay. Sin embargo, sus padres –los abuelos de Elena y Elisa– no consintieron a la relación por considerar a Alejandro una pareja no apta para su hija, por su origen racial, llevar un apellido indígena y no provenir de una familia adinerada. La joven pareja huye a Puno en donde permanecen una temporada. Allí, son vistos por Tía Charo, hermana de su abuela Gema, quien delata su paradero. La familia encuentra a su hija Elena y descubren que ella se encuentra embarazada. La encierran en casa, sin decir a nadie de su estado. Por otro lado, el padre de Elena hace que encarcelen a Alejandro Ramírez con una acusación falsa de violación.

Las hermanas descubren, por relato de su tía Julia, que su madre vivió encerrada durante todo su embarazo, salvo por una escapada breve a un estudio fotográfico que es donde toman la foto que luego descubrirían en el baúl. También conocen que, tras dar a luz, la abuela de las hermanas se encargó de desaparecer al recién nacido y le comunica a su hija que lo habían dado en adopción a una familia de extranjeros. Luego de esta noticia, Elena queda devastada.

Al cabo de unos años, conoce a su futuro esposo en Cusco, el hijo de una familia amiga de la suya. Ellos finalmente se casan en 1973 y luego de ocho meses nacería su primera hija, Elena. Cuando Elena madre está embarazada de su segunda hija, Elisa, descubre la verdad sobre el paradero de su primer hijo. En realidad, la abuela Gema había entregado al niño a una familia de campesinos muy pobres, padres de la empleada doméstica de Tía Charo, Otilia, quienes lo aceptaron a cambio de dinero. Estos padres adoptivos eran alcohólicos y maltrataban a todos sus hijos. Pese a que, por su embarazo, no puede ir físicamente en búsqueda del hijo, se descubre que durante ese tiempo ha mantenido contacto con Alejandro, a quien, desde la prisión, le informa lo ocurrido con su hijo.

Durante estos descubrimientos a partir del hallazgo del baúl rojo, las relaciones de las hermanas se van transformando. En primer lugar, la relación con sus abuelos, especialmente con mamá Gema, se va tornando más desapegada y hostil. Ella parece notarlo, por lo cual sufre una “descompensación” que la lleva al hospital. Las hermanas sospechan de la veracidad de este episodio, al encontrarla bien de salud, pero pese a los

descubrimientos del baúl muestran preocupación legítima por la salud de su abuela. Ambas deciden ocultar su descubrimiento a la abuela con el fin de encontrar más información sobre el paradero de su hermano. Asimismo, por estar concentradas en la búsqueda, Elena no le presta atención a su relación sentimental con un colega suyo de la oficina, llamado Eduardo, quien termina con ella poco tiempo después. Nos enteramos también de que Elisa está comprometida con Carlos, pero considera deshacer el compromiso con él. De vuelta a la lectura de las cartas del baúl, las hermanas descubren que, inmediatamente cumplida su condena, Alejandro Ramírez acude en búsqueda de su hijo y lo recupera. Sin embargo, nota que este se encuentra desnutrido y muestra signos de maltrato físico.

Las hermanas acuden a la casa de la tía Charo, con el fin de interrogar a su sirvienta, Otilia, sobre lo ocurrido con su hermano, Javier. Esto, lo hacen a espaldas de la tía Charo, con el fin de no despertar sospechas. Otilia les cuenta lo ocurrido con el niño, quien es maltratado por sus padres, así como hicieron con ella. También, Elena y Elisa aprenden a través de las cartas entre Elena y Alejandro que este hizo todo lo posible por recuperar el carácter y afecto de su hijo, pero nada funcionó. Alejandro se enfrentó con un niño temeroso, que luego se vuelve hosco y rebelde. Hace lo posible por darle educación en un colegio en Cusco, pero es discriminado en este colegio por hablar quechua y tener dos apellidos de origen indígena, los de sus padres adoptivos. (Alejandro nunca pudo llevar los apellidos de sus verdaderos padres) Las hermanas también encuentran que su padre se opuso a que Elena vaya en búsqueda de su hijo, por lo cual comienzan a tener un cambio en el afecto y en la visión que tienen de él.

Otilia les da el dato de un taller de carpintería en donde Alejandro trabajó luego de salir de prisión. Ellas visitan este taller y el ex compañero les dice que no busquen a Alejandro, pues se encuentra en la cárcel cumpliendo condena por terrorismo. Asimismo, alude al comportamiento extraño de su hijo, Javier, quien también trabajó un tiempo en ese taller. El carpintero les comenta sobre una pesquisa del ejército en su taller, indicando que los oficiales buscaron a un “camarada Arnulfo”.

Las hermanas regresan al baúl y encuentran numerosas noticias referidas a las acciones del camarada Arnulfo, relacionadas con el grupo terrorista Sendero Luminoso, en el periodo de 1989 a 1993. Encuentran sentido en estas noticias y reconstruyen la historia

a partir de este descubrimiento. Junto a más cartas descubren que Alejandro alude a numerosas “desapariciones” de su hijo, sin embargo, previene a Elena de ir a buscarlos a Calca. Finalmente es Elena hija quien acude a Calca, buscando a la madre de Alejandro.

Encuentra a Matilde Carhuarapay gracias a su sobrina, Matis, quien hace de intérprete entre las dos del español al quechua. Matilde le cuenta la historia de Javier, mencionando la cercanía de este con su hermana adoptiva y los maltratos que sufrió. Asimismo, Elena se entera de que Javier había desaparecido y que su madre continuó visitando a Matilde tiempo después de esto.

De regreso a Cusco, Elena le cuenta lo descubierto a Elisa. Ellas visitan a sus abuelos e interrogan a Florinda, la empleada doméstica de sus abuelos. Ella les comenta sobre la actitud de su padre cuando supo de la existencia de Javier. A través de este testimonio y la lectura de más cartas descubren los motivos de la desaparición de Javier y el encarcelamiento de Alejandro: Javier, al terminar el colegio, se había unido a Sendero Luminoso junto a su hermana adoptiva, Maruja.

Asimismo, por los recortes periodísticos del baúl, las hermanas logran determinar que Javier, conocido como “camarada Arnulfo” estuvo involucrado en numerosas acciones terroristas contra comunidades campesinas y sus autoridades, incluyendo el asesinato masivo en la Yanaorco, en donde él y su hermana adoptiva Maruja, “camarada Yolanda”, mutilaron a sus padres adoptivos delante de la población de la comunidad.

La policía se encontraba tras los pasos del camarada Arnulfo, quien huye a Cusco y le pide ayuda a su madre Elena. Durante este tiempo, Elena había estado en su casa, junto a su esposo y criando a sus hijas, sin poder huir y vigilada de cerca por su esposo. Sin embargo, sabemos por recuerdo de sus hijas que ella siguió viendo las noticias del posible paradero de su hijo a través de las noticias del periódico y la televisión, lo cual también le causó ansiedad y anemia. Javier acude a Elena por ayuda y esta lo esconde en el desván de su casa, sin comentarle a nadie de la familia, proporcionándole alimento de forma clandestina. Su esposo, sin embargo, descubre el secreto y denuncia a Javier a la policía. Javier es capturado, torturado y asesinado. Elena madre sufre mucho a raíz de este suceso, viaja a Lima con excusa de extirparse un lunar, para realizar trámites y recuperar el cadáver seccionado de su hijo, con evidencias de tortura. Luego de esto, Elena madre se encarga de planificar la muerte de su marido en un accidente de

montaña, como acto de venganza por entregar a su hijo. Las hermanas descubren en el desván de la casa donde su hermano estuvo escondido, un documento oficial que da constancia de la entrega de los restos humanos (la cabeza y las manos) de su hermano a su madre, en el año 2000. Las hermanas también se enteran de que durante ese tiempo su madre mantuvo contacto con Alejandro, a quien iba narrándole los sucesos y sus decisiones, por lo cual deciden ir a visitarlo a la cárcel de Qenqoro. Alejandro las recibe, conversa con ellas y les entrega la mitad faltante de la correspondencia, es decir, las cartas de su madre, con promesa de devolvérselas pronto.

La historia termina con Elena y Elisa regresando a Calca, en donde se reúnen con Matilde y juntas, recuerdan el momento en que su madre enterró los restos de Javier (la cabeza y las manos), en su tierra, a los pies de un árbol de molle sembrado por Matilde cuando nació Alejandro, en el centro del patio de su casa.

1.10 La construcción de la identidad femenina en *La voluntad del molle*

Las novelas son el medio ideal para estudiar los discursos que las sociedades tienen sobre sus familias, ya que en esta construcción de la historia familiar se ponen en entredicho las ideologías que nutren los discursos. Es por ello que, para analizar estas novelas de Karina Pacheco, nos basaremos en las nociones que Hirsch (1989) recoge de Sigmund Freud con respecto a la novela familiar. Para Hirsch, la novela familiar describe la experiencia de las estructuras familiares como un discurso. Este tipo de novela vendría a ser la historia que nos contamos sobre la realidad social y psicológica de la familia en la que nos encontramos. Asimismo, nos hablaría sobre los patrones de deseo que motivan la interacción entre los miembros de la familia. En esta parte, se analizará *La voluntad del molle* como una novela familiar para visibilizar los discursos que dan cuenta de las estructuras familiares formadas alrededor de la institución de la maternidad, tal y como la define Adrienne Rich. También, se analizará la forma en la que la protagonista, Elena, cambia su noción de identidad dentro de su estructura familiar con respecto al descubrimiento de la historia oculta de su madre y, finalmente, se explicará la realidad social de machismo y violencia racista en la que la historia se desarrolla.

La historia de las madres es una de silencios. En *La voluntad del molle*, Karina Pacheco nos trae una historia que busca romper con ese silencio anticipado por Rich (2019)

cuando afirma que “Las mujeres han sido madres e hijas, pero han escrito muy poco sobre este tema” (p. 111). Así, aquí se nos presenta el relato de una madre a través de la perspectiva de su hija.

Solo al comienzo de la novela, la madre habla con su propia voz confesándoles a sus hijas que desearía morir súbitamente, para que “se descubriera todo lo que había callado y acallado” (2006, p. 19). Es a través de la correspondencia que las hijas encuentran al interior de un baúl rojo, los recuerdos de sus hijas y los testimonios de familiares que, como lectores, podemos reconstruir la historia acallada de Elena Suárez Aragón. Este descubrimiento es el que pone en marcha toda la novela.

Es preciso resaltar que la historia de Elena Suárez nunca nos llega de forma directa: a través de los descubrimientos de las cartas de Alejandro podemos tan solo inferir sus respuestas. Cuando Elena-hija evoca a su madre, su voz es filtrada a través de los recuerdos de Elena, quien nos narra episodios de su infancia o de los últimos días de su madre. En la novela no llegamos a escuchar la historia directamente desde la voz de Elena Suárez.

Sobre esto, Marianne Hirsch (1989) nos recuerda un paradigma propio del siglo XIX y del realismo: en este tipo de novelas, la heroína, decidida a forjarse una vida diferente, tiende no solo a separarse de la figura y la historia de su madre, sino que ella misma intenta evitar la maternidad a toda costa. Sin embargo, lo que observamos en esta novela es que, si bien es narrada desde la perspectiva de “la hija”, presenta matices propios. Elena-hija es soltera, profesional (antropóloga), tiene alrededor de 30 años de edad y no tiene hijos. Hasta este punto de la historia se cumple la condición de novela familiar realista para Hirsch, salvo porque Elena busca en la historia de su madre la unión entre ellas en la posteridad. Unión que, en la historia, se le vio negada por la carga del secreto y la carga trágica de la historia oculta. La separación de la figura materna no se manifiesta como un rechazo explícito, por el contrario, existe un anhelo de identificación que se pone de manifiesto durante toda la novela.

Al inicio de la novela, Elena señala sobre su madre: “Nunca la vimos como a una madre común y corriente, pero tampoco hubiéramos imaginado nada demasiado sorprendente en su vida. Hasta que llegó su muerte, repentina” (2006, p. 20). Esta aparente normalidad, se vuelve rápidamente interrumpida por el hallazgo del baúl en su

habitación como elemento desestabilizador. Al debatir sobre si abrir el baúl o no, las hermanas expresan opiniones confusas sobre su madre y lo que pudo haber implicado este ocultamiento. Como respuesta a la calma que guardaba su hermana Elisa, quien muestra escepticismo a que lo que pudieran hallar en el baúl pueda ser algo sorprendente, Elena le responde: “[...]a mí más bien me decepcionaría no hallar nada. Porque en todo este tiempo he presentado que ella dejó muchas cosas sin decir” (p. 25). Así, desde un primer momento, Elena se posiciona como la hija que, pese a no guardar el mayor parecido físico con su madre, es quien siente una identificación mayor a nivel emocional, y sobre esa búsqueda interior se despliega el resto de la historia.

Como se mencionó anteriormente, la protagonista se refiere muchas veces a cómo su hermana es la que guarda semejanza con su madre. “[Elisa] Volvió a sonreír. Se parecía tanto a mi madre. Era su clon” (p. 27). Asimismo, nos enteramos de que la diferencia física estaba sobre todo anclada en una diferencia racial: “Mi hermana tiene la piel muy blanca y los ojos grandes y verdes; yo soy morena y mis ojos son negros y achinados” (p. 48). Elena recuerda en la novela algunas diferencias en el trato de sus abuelos para con ella, en particular de su abuela Gema. Elena asocia esta diferencia a un prejuicio racial existente en la sociedad peruana solamente recién cuando estudia en la universidad sobre el tema.

Con el descubrimiento del baúl, de las cartas de Alejandro y de la foto de Javier, esta falta de identificación física materna plena adopta otros matices: lo que la diferencia físicamente de su madre y de su hermana es lo que la asemeja a esta otra persona que le devuelve la mirada a través de los recuerdos de su madre, su hermano Alejandro. Existe, por lo tanto, una distancia que establecen las hermanas, un recelo formado en el primer encuentro con estas dos figuras desconocidas: las de su medio hermano y el amante de su madre. Elisa señala semejanzas entre Alejandro y el muchacho: “son morenos, con ojos achinados y cejas pobladas” (p. 31). Sin embargo, existe resistencia a asumirlo como hijo de su madre (y, por lo tanto, hermano suyo también), pese a las evidencias encontradas. Elena hija excusa: “Pero si ya entonces eran amantes, mejor le hubiera mandado fotos tuyas y no las de ese *atorrante*” (p. 32). Con el uso de este insulto, Elena establece no solo distancia entre ellas y su (aún desconocido) hermano, sino también hostilidad frente a la idea de alguna cercanía. Pese a esto, luego ella

admitiría en monólogo interior: “Finalmente, cuando levanté la vista, me encontré como yo sabía que me encontraría: tremendamente parecida a este muchacho *antipático* cuyas fotos mamá había atesorado” (p. 35). Se forma, por lo tanto, un conflicto interior en el personaje de Elena-hija: el descubrimiento de la historia de su madre y el resto de personajes, los cuales al parecer tendrían mayor relación con ella de la que está dispuesta a admitir, podría poner en peligro lo que ha percibido como identidad hasta el momento. Esta nueva información, reta a Elena a enfrentar un racismo interiorizado que en la novela se muestra a través de monólogos interiores. Según Celis (2019), esta novela demuestra un cambio de conciencia hacia “una subjetividad formada por hábitos reflexivos” (2019, p. 95) que pongan en entredicho el racismo crónico de la sociedad peruana.

A medida que la historia avanza, el conflicto entre los prejuicios raciales de la familia de Elena-madre y la percepción personal de Elena-hija se pone de manifiesto al ser enfrentados por el discurso de otros personajes. Esto se ve evidenciado de forma particular cuando las hermanas contactan a Julia Solís, tía suya anteriormente casada con el hermano de su madre, quien también manifiesta haber sufrido de racismo a manos de los abuelos de las hermanas. Es tía Julia quien revela la historia del enamoramiento entre Alejandro y Elena, la oposición de sus abuelos a la relación – también a causa del racismo– y sus nefastas consecuencias; las mismas que ella sufrió de primera mano durante la relación con su primer esposo. Es Julia quien les explica a sus sobrinas que: “En una sociedad como la nuestra, muchas personas que han pasado por un matrimonio como el mío, sienten que sus parejas más blanquiñosas les han hecho un favor al casarse con ellas, y les aguantan todo [...]” (Pacheco, 2006, p. 53). Este es otro momento clave en donde se evidencia que la subjetividad de las hermanas comienza a variar. Sin embargo, es Elena quien presenta mayor resistencia a creer cosas negativas sobre su abuela, pese a las evidencias y testimonios brindados por el baúl y tía Julia. Elisa es quien se torna más realista y enfrenta sus dudas mencionándole que: “Los abuelitos son lindos, pero acuérdate que también tienen detalles bastante desagradables” (p. 42), y luego; cuando ambas descubren el posible papel de sus abuelos en la desaparición del hijo de su madre, Elisa le dice a Elena: “–¡Y tú querías ser objetiva! ¡Con esos monstruos! – me reprochó de pronto Elisa–. Si estaba claro desde el

principio que fueron ellos, ¡malditos!” (Pacheco, 2006, p.58) Sin embargo, Elena se resiste a perder el afecto profesado, sobre todo, por su abuela, a quien recuerda como: “[...]Mamá Gema, mi abuelita, la de las manos más suaves del universo, la de los dulces, la de los mimos, la que inventa cuentos para que yo disfrute mirándola con la boca abierta” (p. 43).

A medida que la historia transcurre, el descubrimiento de la historia de su madre lleva a Elena a recordarla más. Su vida profesional y sentimental se vuelve secundaria con respecto a la evocación de la vida de su madre:

Lo que me ocurría es que pensaba cada vez más en mi madre. Ahí estaba yo, con treinta años, disfrutando de una pareja que me quería mucho, de un trabajo que me gustaba, de la posibilidad de tomar varias copas en un ambiente agradable, sin ninguna responsabilidad, sin ninguna pena abrumadora. A mi edad, mamá se había quedado sin estudiar en la universidad, nos tenía a mi hermana y a mí, y aunque tuviera un marido que la quería, no tenía a su hijo mayor, probablemente también seguía atormentada por el recuerdo de aquel Alejandro Ramírez que se había pasado en la calle sin olvidarla. (p.62)

Elena sugiere en este fragmento que siente desidentificación con su madre a raíz de paralelos establecidos en su vida en determinada coincidencia temporal (30 años). Descubrir la historia de crueldad ejercida por sus abuelos con su madre la lleva a manifestar lástima por las circunstancias en las que su madre experimentó su maternidad. Si lo expresamos en términos de Rich (2019), la *institución de la maternidad*, que se manifiesta en la ley familiar de los abuelos (racista, clasista, capaz de ejercer violencia contra los suyos), captura la experiencia de maternidad de su madre: la priva de estar con su primer hijo, secuestrado al nacer, la priva de desarrollarse como persona a través de estudios superiores y ha capturado parte de la experiencia de maternidad con sus hijas Elisa y Elena, pues el recuerdo de su hijo y el conocimiento de Alejandro en la cárcel la mantendrían sumida en la tristeza.

Añade Elena-hija a la reflexión: “Mientras yo o mi hermana podíamos disfrutar plenamente de una fiesta, mamá nunca lo pudo hacer, más aún cuando la presencia de su propia madre le traía recuerdos feroces y continuamente le infligía disgustos” (Pacheco, 2006, p. 62).

Aquí Elena alude a la diferencia abismal que existe entre la relación que ella misma tuvo con su madre a la que su madre tuvo con su abuela. Mientras su relación con su madre, pese a haber estado teñida por el secreto y los silencios de su madre, tuvo también recuerdos alegres que ella evoca a lo largo de la novela; la relación de su madre con su abuela estuvo marcada desde la adolescencia por la privación de libertad y el control cruel de su madre sobre su destino. Este control es ejercido por la creencia de la madre (la abuela Gema) de conocer lo mejor para su hija dentro de sus concepciones sociales y prejuicios de raza y clase, incluyendo la justificación ideológica del secuestro de su hijo.

El conflicto de la identidad es acentuado cuando, por la cronología de las cartas, Elisa y Elena descubren que la correspondencia entre Alejandro y Elena-madre continuó hasta coincidir con el año del matrimonio de sus padres. Se sabe, además, que un mes antes del matrimonio de sus padres, hubo una visita de Elena a la celda de Alejandro. Esta nueva evidencia hace que Elena termine por admitir las dudas sobre su verdadero origen a su hermana Elisa:

–Yo, sabes, apenas duermo desde hace una semana divagando si también soy hija de ese hombre y no de papá.

Elisa arrojó las cartas sobre la cama y se levantó nerviosa.

–**¡Qué tonterías estás diciendo!** ¡Óyeme tú! ¡Tú eres mi hermana!

(...) Yo adoraba a mi padre. Me había dado una niñez llena de amor y juegos, me había dado seguridad en mí misma. Hubiera preferido vivir para siempre con la duda a descubrir que él me fuera **ajeno**. (énfasis personal, 2006, p. 109)

Elisa se exalta ante la mención de esta duda. El diálogo la muestra exclamando y señalando las sospechas de Elena como “tonterías”; sin embargo, la duda está instalada. Mientras tanto, Elena comienza a asimilar que esta duda la aleja de la “legitimidad” o la certeza de ser hija del padre al que conoció. Poner en duda esta consanguineidad, basta para sentirlo como “ajeno”. Esto habla de la importancia de los lazos consanguíneos y la legitimidad de los hijos como única vía para el parentesco en este paradigma familiar. Sin embargo, esta es una legitimidad paterna. La legitimidad materna, por otro lado, nunca se pone en duda. Cuando Elisa le vuelve a increpar el tono dubitativo con el que Elena se expresa sobre su propio origen, ocurre el siguiente diálogo:

–¡Óyeme tú! No seguirás con la idea de que eres hija de aquel hombre, ¿verdad?

–...La verdad es que ahora empiezo a creerlo más. Acuérdate, yo nací prematura, ocho meses y medio después del matrimonio de mamá.

–**¡Oye! ¡Deja de decir tonterías!** –exclamó, apagando su cigarrillo en el cenicero de cristal.

–¿Por qué te molesta tanto la idea? Porque si resulta que alguien no es hija de papá, seré yo, no tú.

–¡Cállate, tarada!

[...]

–Pero **está claro que tenemos la misma mamá**, en cualquier caso, seguimos siendo hermanas–le dije.

–Sí, pero yo te quiero entera, quiero que seas mi hermana **por completo**–repuso y comenzó a sollozar. (p. 121)

He subrayado en negrita las frases del diálogo para hacer énfasis sobre lo siguiente: Elena, ante la posible pérdida de la identidad de filiación paterna se consuela con mantener la certeza de su vínculo con su madre. Desde la visión de Elena, la pérdida de la identidad filial paterna es tolerable, pero la pérdida de la identificación con la madre es inconcebible. Pese a que las instituciones y leyes le otorgan más importancia a la legitimidad paterna dentro de una cultura patriarcal, en la novela familiar de Karina Pacheco, las relaciones madre-hija surgen con una importancia única en el nivel de la identidad personal, sobre todo durante el proceso de identificación como mujer.

Rich (2019) nos hablaría de esta importancia cuando señala que: “La primera noción que tiene una mujer de la calidez, el alimento, la ternura, la seguridad, la sensualidad, la reciprocidad, proviene de su madre” (p. 291). Para Elena, el vínculo con su madre es un elemento clave para su identidad, como iremos descubriendo más adelante. El diálogo también evidencia que, para Elisa, la idea de perder a su hermana “por completo” sería intolerable. La sola mención a esta posibilidad la pone “a sollozar”. Se puede inferir de esto que el vínculo entre hermanas también estaría sustentado –en la subjetividad de las personas– en la consanguineidad más que en la experiencia compartida de infancia.

Conforme avanza la historia se descubre, en total dimensión, las consecuencias de la decisión de la abuela Gema sobre el destino del hijo de Elena, Javier. Al descubrir que el niño había sido maltratado por sus padres adoptivos, lo cual habría dado como resultado su afiliación a Sendero Luminoso y su posterior tortura y asesinato, la percepción de las hermanas sobre su abuela cambia por completo. La verdad es proporcionada por Otilia y Florinda, las trabajadoras domésticas que atendieron a toda su familia y guardan los horrores del secreto familiar. Ellas conocen de cerca a los abuelos y conocen la magnitud del horror que generaron en su propia familia, con la finalidad de “mantener las apariencias” en conformidad con la idea de familia en la sociedad. Sobre esto, Elena-hija piensa: “Me estremecí al pensar que, si los empleados domésticos peruanos se atrevieran a escribir los relatos de la vida de las familias a las que han servido, las historias que saldrían podrían ser escalofriantes, terroríficas” (Pacheco, 2006, p. 103). Al descubrir la verdad del horror, Elena anticipa que esto podría suponer “cortar la última hebra que me unía a ellos” (Pacheco, 2006, p. 141) con respecto a sus abuelos. Pese a esto, ella continúa, junto a su hermana, su búsqueda de la verdad.

Los relatos de Florinda y Otilia también le revelan a Elena que su padre tuvo un papel fundamental en mantener el sufrimiento de su madre. Primero, al impedirle ir en búsqueda de su hijo perdido y, en segundo lugar, al entregar a la policía a Javier cuando este se escondió en su casa. Florinda le revelaría que su padre “parecía un demonio” (p. 218), cuando supo de la relación previa de su esposa y de la existencia de un hijo a quien ella pretendía buscar. Páginas antes, Elena había reflexionado sobre su padre:

Yo no podía olvidar que mi padre, sin llegar a ser un cavernícola, era un hombre machista. No creo que pasara como una pildorita la rabia al descubrir que mamá le había mentado, que jamás había sido suya **exclusivamente** y que además tenía otro hijo. **Nunca se le quitó esa rabia** (...) en múltiples ocasiones le había proferido palabras humillantes, hirientes. Yo llegué a observar en él un cariz de gozo mientras decía cosas como “tú no eres precisamente profesora de ética para hablar de quién es corrupto en este país”. (Pacheco, 2006, p. 155)

La desazón y transformación del recuerdo familiar son suficientes para acrecentar la crisis de identidad que Elena sufre. Si, según la noción de novela familiar, conformamos nuestra identidad en base a las historias que contamos sobre nuestra familia, el relato

de Elena se ve desestabilizado y la lleva a reflexionar sobre el tiempo durante el cual la verdad le fue vedada:

Me había pasado los 30 años de mi vida creyendo que nuestra historia familiar era como cualquier otra carente de grandes secretos. En apariencia lo seguía siendo [...]en mi familia jamás hubo un papá y una mamá que se llevaron estupendamente, unos abuelos solamente amorosos ni unas hijas con planes definidos y grandes proyectos. (Pacheco, 2006, p.215)

Cierto apaciguamiento a esta crisis ocurriría cuando Elena viaja a Calca para terminar de descubrir el destino de su hermano, Javier. En el trayecto, Elena va asumiendo como parte de su identidad la historia que la relacionaría más con la historia acallada por su madre, recordando al hombre que amó su madre y que fue apresado injustamente por sus abuelos: “En ese momento pensaba en Alejandro e intentaba **convertir mi mirada en la suya**, concederle la posibilidad de ver los paisajes por los que tantas veces habría pasado desde niño” (Pacheco, 2006, p. 165). Elena expresa así, un deseo de ponerse en contacto con el lado dentro de ella en donde se encuentra este posible padre biológico suyo –la verdad sobre la paternidad legítima de Elena nunca es dilucidada del todo en la novela– pero, sobre todo, con su madre, cuando nos relata:

Mientras el autobús ascendía por las faldas de Sacsayhuamán, la vista de miles de casas que dejaba la ciudad me comenzó a oprimir. (...) En cuántas habitarían mujeres como mi madre soportando el peso del pasado, la angustia de unas paredes indiferentes, **sus propios silencios**. (Pacheco, 2006, p. 164)

Es en la historia oculta de su madre que Elena encuentra la parte de sí que sentía faltante. Su incertidumbre frente a los silencios de su madre va disminuyendo a medida que va descubriendo retazos de la vida oculta de su madre en los testimonios de las personas que la conocieron.

En Calca encuentra a Matilde Carhuarupay, madre de Alejandro. No puede hablar con ella salvo a través de Matis, una intérprete. En ese momento, Elena lamenta no haber aprendido quechua, y no haber sentido el interés por hacerlo:

Tuvo que llegar ese momento para que me diera cuenta de qué manera ese desencuentro que yo había elegido me impedía la comunicación con una de las

pocas personas, **quizás la única, que podría explicarme de dónde venía yo, quién era yo.** (Pacheco, 2006, p. 173)

Al haber sido devastado su ideal familiar, al haber sido desengañada de las historias que le fueron contadas, Elena-hija encuentra en Matilde, esta posible abuela paterna, alguien que podría darle la verdad que buscaba. En esta identificación con Matilde y conocer la otra parte de la historia de su madre y la historia trágica de su hermano, Elena encuentra las explicaciones que buscaba sobre sí misma. Le confiesa a Matilde ser hija de Elena –la madre que continuó visitando a Matilde a escondidas– y se funde en un abrazo con ella, sintiendo la mirada de su madre en este acto de afecto:

[...]podía sentir que ella nos miraba, aliviando la pesada carga de secretos que había arrastrado sola, durante tantos años. Podría sentirse feliz que yo, su hija Elena, su Nena, **la que llevaba su nombre**, no hubiera rechazado a aquella mujer, la misma a la que tanta gente en mi familia había despreciado sin piedad (Pacheco, 2006, p. 180)

La identificación nominal cobra un nuevo sentido en este fragmento de la historia. Apenas una página antes expresa nostalgia por la belleza de su madre (señalada por todas las personas que la conocían), la cual Elisa había heredado: Elisa era, en palabras de Elena, el clon de su madre. Y no sólo en cuanto a los rasgos físicos, también en “...su risa, en sus gestos, en su forma de ser”. En contraposición, Elena confiesa que: “me afanaba por imitarla, pero en cuanto me descuidaba volvía a mis maneras más toscas de saltar, de caminar, de hablar” (2006, p. 179). Sin embargo, es Elena quien lleva el nombre de su madre. Al encontrarse con Matilde, esta similitud nominal cobra un sentido de conciliación con la semejanza interior que ella guarda con su madre. Esto es, sentir de alguna manera que en el nombre se encuentra la esencia de la personalidad de las personas. Elena aprende que su madre “había tenido una experiencia mucho más compleja y generosa” (Pacheco, 2006, p. 180), que la que ella jamás llegó a percibir. Parte de esa existencia se encontraba en no haber compartido los prejuicios de su familia y haber logrado amar a una familia que había sido despreciada por la propia, solo por sus rasgos raciales y su idioma.

Parte de este reconocimiento también ocurre a través de la aceptación total de Javier como su hermano y las heridas en él que siente como propias. Es en la identificación con

este dolor que Elena se encuentra a sí misma. Se encuentra en las heridas que sufrió su hermano en el colegio, al relacionarlas con sus propias heridas de infancia, como cuando desea interpretar a un ángel en una actuación y una compañera le grita “¿Acaso hay ángeles con cara de cholo?” (2006, p. 177) Asimismo, Elena asimila la posición privilegiada que le evitó el sufrimiento dentro del contexto histórico en el que vivió, reconoce los prejuicios que fueron incorporados a ella y su hermana a través del medio en el que crecieron y reniega de ellos, pues reconoce que esa perspectiva la hubiera llevado hoy a rechazar a ese hermano que hoy asume como suyo, desde el duelo compartido con su madre.

Finalmente, la historia lleva a que Elena y Elisa conozcan a Alejandro en la cárcel, en donde aún se encuentra cumpliendo prisión injustamente. Frente a él, Elena aún tiene dudas, las cuales son acalladas por la confianza en la identificación materna, mencionada anteriormente:

“La imagen de mi padre volvía a aparecer frente a este hombre. **Y también la inquietud anudada al recuerdo de mi madre.**

–Hay tanto de Elena en ustedes– señaló él” (p. 252).

Alejandro les entrega las cartas de su madre (la otra parte de la correspondencia que leyeron durante todo este tiempo) y ahí, Elena tendrá la oportunidad de recuperar la voz de su madre de forma directa. Manifiesta un deseo por, como menciona Cárdenas “ingresar a ella desde la escritura” (2018, p. 183), y conocer ese relato que le fue acallado para poder, por fin, así, recuperar su historia de forma plena.

1.11 Maternidad, construcción identitaria y heridas intergeneracionales en *Las orillas del aire*

Con el propósito de relacionar cómo *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) como novelas familiares abordan el tema de la identidad femenina, se presentará a continuación un breve resumen de *Las orillas del aire*. Si bien existe una diferencia de once años entre la fecha de publicación de ambas obras, encuentro que en la lectura de ambas se evidencian las mismas preocupaciones con respecto a la búsqueda de la

identidad a través del descubrimiento de las relaciones familiares en las que se entreteje la trama. Se puede identificar, en ambas novelas, a una narradora que es, a su vez, protagonista y que no cumple con los roles tradicionales en los que las mujeres suelen ser representadas en la literatura peruana: la experiencia de vida narrada se centra en la búsqueda interior, sus preocupaciones son de carácter personal, el lado afectivo de relaciones de pareja surge como un trasfondo de la novela (y no en un plano principal). Asimismo, se sabe que las protagonistas han recibido educación superior y se desempeñan como profesionales. Además, como se mencionó antes, estamos frente a protagonistas que descubren las historias de figuras maternas, pero ellas mismas no han pasado por una experiencia de maternidad. Desde su posición de hijas, cuestionan la maternidad en todo momento a partir del descubrimiento de los sufrimientos relacionados con la maternidad de sus antepasadas.

Las orillas del aire (2017) narra la historia de una mujer, Rada Ruiz, dispuesta a desentrañar los secretos de su familia a partir de la indagación de la desaparición misteriosa de su abuela paterna, quien dejó huérfano de madre a su papá cuando este aún era un niño. La historia transcurre entre dos líneas temporales principales. El presente, en el año 2002, cuando la protagonista, una mujer de 33 años llamada Rada Ruiz se encuentra afrontando el reciente fallecimiento de su padre. Este presente es alternado con recuerdos de la juventud de Rada, específicamente en su época universitaria en el año 1990, a inicios del primer gobierno de Alberto Fujimori. La novela está dividida en 52 capítulos distribuidos en cuatro partes, cada uno con un título particular: “Las piedras”, “Las orillas”, “El agua” y “El aire”, sucesivamente.

A lo largo de la primera parte de la novela, correspondiente a “Las piedras”, se nos ofrecen datos sobre la juventud de Rada. Nos enteramos de que tiene una hermana dos años mayor que ella, llamada Ayda Ruiz, y que sus padres se divorciaron cuando Rada tenía diez años. Ella narra el conflicto en la relación de sus padres a raíz del nuevo trabajo de su madre y la crisis económica que acaecía en el país durante la segunda mitad de la década de los ochenta. También cuenta cómo su padre inicia una relación extramatrimonial con una cajera en el banco en donde trabajaba, llamada Magda. Indica esa circunstancia como un hecho que definió el final del matrimonio de sus padres.

Conforme avanza la historia y se intercala con el presente, notamos una constante reflexión de la protagonista sobre la tristeza de su padre provocada por la muerte de su madre cuando él era muy pequeño. La tragedia de su muerte es particular: su padre fue testigo de cómo su madre se ahoga en una laguna y su cadáver nunca es recuperado.

A través de los recuerdos de la protagonista-narradora, también se nos indica que los años sucesivos para aquel niño no fueron fáciles: su padre (abuelo de la protagonista) era un hacendado violento que maltrataba tanto a su hijo como a la servidumbre que se encargaba de sus tierras. Luego de la muerte de su esposa, no solo se acentúan los maltratos físicos contra su hijo, sino que le hace comentarios que sugieren una duda sobre su identidad como hijo suyo. También culpa a su hijo de la muerte de su esposa. La protagonista comenta cómo estas heridas calan tan profundo en Blas Ruiz que lo llevan a buscar un destino radicalmente opuesto al del hacendado Eugenio Ruiz: Blas no solo se traslada lejos de su padre al comenzar sus estudios universitarios, sino que se vuelve un abogado defensor de los derechos de los campesinos.

Esta parte de la historia sucede en un Perú anterior a la Reforma Agraria del general Juan Velasco Alvarado en 1979. Rada Ruiz, al fallecer su padre, considera que la herida emocional dejada por la súbita muerte de su abuela fue la causante no solo del divorcio de sus padres sino también del deteriorado estado de salud que provoca la muerte de su padre.

De vuelta a la línea de la historia que transcurre en la década de los noventa, nos enteramos de que Rada Ruiz también iba a estudiar Derecho como su padre, hasta que se cambió a la carrera de Arqueología. Sus estudios universitarios transcurren durante una época turbulenta para la política peruana como el “Fujishock” económico del año 1990 y el autogolpe de Alberto Fujimori en 1992. Rada, en aquella época, mantuvo una amistad con Emilio y Patricio, compañeros de universidad igualmente preocupados por su destino frente a las circunstancias del momento, atrapados en un dilema ético entre el compromiso social frente a los crímenes del gobierno de la época y las posibilidades de desarrollo laboral en una época de crisis. Rada narra cómo Emilio se muda a Europa, al igual que otros profesores y jóvenes profesionales; y Patricio, el amigo más comprometido en la política, tras ser detenido en una protesta, cambia radicalmente de posición y se inserta con éxito como funcionario del gobierno. Mientras tanto, en la vida

personal de Rada las relaciones sentimentales se suceden sin mayor relevancia –se nos narra un matrimonio breve con un colega arqueólogo seguida de dos relaciones más– hasta que la crisis también la obliga a marcharse a Europa hasta finales de los años 90.

Luego regresa a Perú poco antes de la renuncia de Fujimori, en el año 2000, para trabajar en algunos proyectos arqueológicos de duración corta. Finalmente, consigue algo estable en Lima e inicia una relación sentimental con Emilio, quien había regresado a Perú, pero la relación termina por la imposibilidad de Rada para concebir un hijo.

Esta primera parte culmina con la noticia del traslado de Rada a la región Amazonas, en la selva norte de Perú para trabajar en un proyecto como arqueóloga. Rada le comunica esta noticia a su padre, cuyo estado de salud es cada vez más frágil.

La segunda parte, denominada “Las Orillas”, transcurre en el año 2011. Empieza con el descubrimiento fortuito de la narradora, de una misteriosa lápida en el cementerio de un pueblo de la selva norte llamado Erabamba. En dicha tumba, la inscripción señalaba el fallecimiento de su abuela con una fecha diferente a la de la historia contada por su padre. Asimismo, en el sepulcro estaba acompañada por quien habría sido su esposo: Blas Girán, un desconocido para Rada Ruiz. Sobrecogida por el descubrimiento, solicita información en el pueblo sobre la familia Girán y lo proporcionado la lleva a un fundo llamado “Corazón de la tierra”, un lugar alejado del pueblo y en medio de un trecho algo peligroso, por estar rodeado por zonas dedicadas al narcotráfico. Rada acude hasta el “Corazón de la Tierra” y conoce a Ilana, una enigmática anciana quien, luego descubre, conoció y cuidó a la abuela de Rada. Confirmar la identidad de su abuela y la noticia de su doble vida genera conflictos internos en Rada, por lo cual, ofuscada, se despide con hostilidad de Ilana y abandona la hacienda.

A su regreso a Lima, su relación con Emilio sufre algunos problemas debido al ocultamiento de los verdaderos motivos de Rada para quedarse en Erabamba más días. Con el propósito de conocer más sobre la finca en Erabamba, Rada acude a su antiguo amigo Patricio, quien ahora es un exitoso funcionario en el Ministerio de Agricultura. Ella también le oculta los verdaderos motivos de su interés por la información solicitada. Al regresar a casa, le cuenta la verdad a Emilio sobre lo sucedido en Erabamba y la nueva información sobre su abuela Rada/Aira. Mientras tanto, en Cusco, la salud de su padre, Blas Ruiz, se deteriora cada día más. Entre delirios pronuncia el nombre Ayda Rada, en

recuerdo de su madre. De esta manera, a Rada no le queda duda de que la mujer enterrada en Erabamba es, en efecto, su abuela paterna.

En la tercera parte, “El agua”, la línea temporal retorna al presente en el que se inicia la obra, luego del fallecimiento de Blas Ruiz. Rada y su hermana Ayda entierran las cenizas de su padre en Quillabamba. Luego de ello, Rada se contacta por correo electrónico con Eduardo Girán— el hijo que su abuela tuvo en Erabamba con Blas Girán—, y coordina su retorno a Erabamba, esta vez acompañada por Emilio.

A su retorno a Erabamba y con mayor disposición a escuchar los relatos de Ilana, descubre la historia de Blas Girán y Aira, quienes compartieron una amistad durante su infancia en Lara. Asimismo, descubre el verdadero motivo de la huida de Ayda/Rada de la hacienda de Amantay: su violento esposo podría descubrir que llevaba en el vientre un hijo, poner en duda la paternidad de este, y acabar con la vida de Ayda. Con la ayuda de una sirvienta indígena de la hacienda, Lorenza, Ayda finge su muerte en la laguna y huye abandonando a sus hijos Blas y Mayra. Al otro lado del Perú, al norte, en Erabamba, da a luz a Eduardo a quien apellida Girán y años después tiene otra hija con Blas Girán, Marilia.

El desenlace de la novela ocurre en la última parte, “El aire”, en la que finalmente Rada Ruiz conoce a Eduardo Girán, en quien percibe un enorme parecido a su padre. Este le revela que es hermano de padre y madre de Blas Ruiz, ante la sorpresa de Rada. Es decir, hijo natural de Eugenio Ruiz, tío suyo y hermano de su padre. Esta confesión, le cuenta Eduardo, había sido hecha por Aira en su lecho de muerte, así como la revelación de su anterior vida en Cusco. Libre del misterio de la verdadera historia de su abuela, Rada viaja a Moyobamba con Emilio, y finalmente viaja a Cusco, para enterrar las cenizas de Blas y Aira en su hogar de infancia: Lara. El final es un retorno circular al capítulo inicial, un monólogo de Rada Ruiz hacia su difunta abuela, con quien se identifica y le ofrece un entierro simbólico. De esta manera, la narradora expresa la aceptación de su pasado, la reconciliación con su historia familiar y la resolución de su conflicto identitario en la figura de la abuela desaparecida, devuelta a su lugar de origen.

En el capítulo inicial de la novela, nos encontramos a Rada Ruiz, de 33 años, evocando a una figura aún desconocida para los lectores: “He venido siguiendo tus pasos, Aira. Quiero creer que me estabas esperando” (Pacheco, 2017, p. 11) ¿Por qué había venido

siguiendo los pasos? ¿Por qué cree que la estaba esperando, pese a nunca haberla conocido? Las respuestas a estas preguntas son las que ponen en marcha la trama.

Nos encontramos con similitudes en los personajes protagonistas entre *Las orillas del aire* y *La voluntad del molle*. Ambas son mujeres profesionales, cuya edad rodea los 30 años y tienen una hermana. Ambas se enfrentan a la pérdida reciente de uno de sus padres (madre en el caso de Elena en *La voluntad del molle*, padre en Rada Ruiz y *Las orillas del aire*) y ambas se embarcan en una búsqueda personal para encontrar algo de sí mismas dentro de la historia oculta de sus familiares. Esta idea de encontrarse a uno mismo en la historia familiar también resuena con el concepto de novela familiar que mencioné en la sección anterior. En esta parte, deseo profundizar en las particularidades de la protagonista de *Las orillas del aire*, Rada Ruiz, y cómo se revela en la historia su proceso de búsqueda identitaria.

Rada Ruiz es una arqueóloga. Su profesión podría ser leída como una metáfora, pues en este proceso de búsqueda identitaria, ella realiza una suerte de arqueología familiar. Siguiendo los vestigios arqueológicos de su memoria familiar, intenta reconstruir a la figura de su abuela materna. Este proceso se devela de forma lenta durante la historia y empieza con un proceso de identificación con su padre.

Al comienzo de la historia, Rada narra cómo su mundo familiar se viene abajo con el divorcio de sus padres. Mientras evoca al padre que acaba de fallecer, recuerda la vez en la que este, con el propósito de eliminar el recelo de sus hijas por su hijastro, les dice:

Ustedes nos han tenido a mamá y a mí siempre, quizás no pueden entender cómo es vivir sin madre y sobrevivir con un padre a quien intentas agradar y que nunca termina de quererte. Fue la primera vez que le oí hablar de la herida de su infancia. (2017, p. 40)

La alusión a esta herida basta para que Rada se interese por descubrir más del pasado de su padre y por el origen de esta herida, la cual ella rastrea hasta el origen de este abandono materno. Una herida, que, luego aprendemos, ocurrió cuando su padre tenía apenas cuatro años de edad. La orfandad materna, para Rada, había marcado a su padre de forma permanente: “Ese ritual, que ratificaba su muerte, también me hizo pensar en el huérfano que fue. Tan vivo él a los cuatro años y sin contar más con la madre que se

había encargado de bañarlo, vestirlo y desvestirlo hasta entonces” (Pacheco, 2017, pp. 33-34). Y sería la que luego repercutiría en la herida de abandono de su padre, que generó problemas dentro del matrimonio de sus padres y su posterior divorcio.

A través de la voz de Rada nos enteramos de que su padre comenzó a experimentar inseguridades a partir de la incursión laboral de su esposa, la madre de Rada y Ayda. Este cambio en la dinámica económica en su relación se dio, en primer lugar, por la crisis que atravesaba el país en esos años y la participación de su padre en una protesta campesina, que supuso su encarcelamiento:

A lo largo del año que estuvo preso, ella había conseguido trabajo en dos colegios, algo que no solo la reconfortaba en términos emocionales, sino que le había supuesto una autonomía económica de la que ya nunca querría prescindir. Él le reclamaba que no permaneciera más tiempo en casa y se ponía celoso de las visitas interdiarias que ella dedicaba a sus padres (...) Papá le reprochaba que no pasara más tiempo con mi hermana y conmigo, aunque ambas sabíamos que en realidad buscaba que pasara más tiempo a su lado. (pp. 61-62)

Estos celos son los que, en última instancia, terminan causando la crisis matrimonial de sus padres. Pese a esto, la protagonista insiste en señalar a Magda, la amante de su padre, como el “detonante”:

El divorcio de mis padres hubiera ocurrido tarde o temprano. *Magda fue el detonante*. A veces he pensado que mi madre en silencio le agradeció que la sacara de una vida de conflictos y así le permitiera realizar otros sueños. (p. 60)

Hasta este momento, desde la perspectiva de Rada tenemos una historia lineal de los hechos, de los cuales podemos inferir la siguiente línea de razonamiento causa-efecto: el fallecimiento de la madre de su padre a los cuatro años de edad le causó una herida profunda de infancia. Esta herida se manifestó a lo largo de la vida de su padre, pero en particular, en el matrimonio de sus padres. La inseguridad de su padre causada por esta pérdida materna es acentuada durante “el abandono” de su esposa, cuando ella decide participar del mercado laboral, lo cual causa una crisis en el matrimonio. La crisis final ocurre cuando su padre le es infiel a su madre con Magda, con quien finalmente se establece, adoptando incluso a su hijastro.

Una confirmación de que esta es la línea de razonamiento de Rada (y quizás compartida por Ayda) se nos brinda a través de una conversación entre ellas.

–Qué diferente habría sido todo si ella [la abuela] no hubiera muerto, ¿verdad?

–insistió mi hermana.

Otra vez elevé los hombros y me quedé mirando la lluvia.

–La vida de papá habría sido muy distinta ¿no crees? – reiteró Ayda.

–Y habría sido otra nuestra vida...–susurré. (Pacheco, 2017, p. 90)

Esta sugerencia de “otra vida” distinta, en este punto de la historia, alude al duelo por la muerte de su padre, pero también por el recuerdo del duelo por el divorcio de sus padres, muchos años atrás. Para la protagonista, la tristeza de su padre originada por la orfandad de madre también repercutió en su muerte, dejándole una tristeza permanente de la cual nunca se recuperó, y le afectó físicamente.

Al mismo tiempo que se narra esta historia, vamos recordando junto a Rada, la juventud propia. Se narra que, durante unas prácticas universitarias de arqueología, en Vilcabamba, se casa con Juan, un bachiller de arqueología. Rada narra que se gradúan juntos y viajan a España, en donde sus celos “habían comenzado a ser obsesivos” (Pacheco, 2017, p. 84). La situación se torna inestable al salir una oferta laboral para Juan en Lima y, en vez de acompañarlo, Rada decide quedarse en España. Sobre este episodio Rada menciona: “...más tarde llamó para advertirme que si no volvía de inmediato, se divorciaría de mí” (p. 85). La separación se vuelve inminente. En los años siguientes, Rada menciona cómo su vida personal “...siguió siendo un caos” (p. 94). Menciona, a continuación, una serie de relaciones sentimentales que se suceden sin mayor relevancia en la trama.

Pronto surgió un romance hasta que un año después él tuvo que marcharse de vuelta a Turín. Creí que aquello podría haber durado, me hubiera encantado que me invitara a acompañarlo. Durante meses me quedé con el corazón roto (...). Cuando volvió el tiempo de lluvias inicié un nuevo romance. Fue corto, pero terminó con frescura. (Pacheco, 2017, p. 94)

En contraposición a su vida sentimental y su vida familiar, su vida profesional parece ser su principal fuente de alegría. El hallazgo de un felino andino o *qoa* en la excavación en

la que participaba la “sostuvo” (p. 93), e incluso cuenta cómo “deseaba brincar de contento por su carrera de arqueóloga” (ibid.).

Continuó trabajando hasta el año 2007, cuando se muda a Lima y se reencuentra con su amigo de juventud, Emilio, quien había regresado de Londres y además se había divorciado. Pronto, ellos inician una relación:

No nos soltamos. Cuatro meses más tarde ya estábamos viviendo juntos y juntos volvimos al Cusco para visitar a nuestros padres. Todo parecía marchar perfectamente, pero yo deseaba tener un hijo y al cabo de un año no había novedades. Abordamos varios tratamientos y en los tres años siguientes tampoco hubo resultados. Él decía que no le importaba. Por momentos yo caía en silencios, incluso en iras que pocas veces lograba contener. Una mañana le dije que no tenía por qué aguantarme, no deseaba que mi frustración lo lastimara. Acordamos separarnos por un tiempo. No nos dijimos por cuánto tiempo. (Pacheco, 2017, p. 96)

Aquí la narradora realiza una primera mención a su deseo de ser madre. Deseos, no obstante, frustrados por la imposibilidad física de concebir de la pareja. El tema es mencionado de forma ligera, sin embargo, se alude a “silencios e iras” que la protagonista siente a causa de esta frustración en sus planes. Rada considera a Emilio la única persona con la que había querido concretar una familia, sin embargo, este sentimiento de impotencia la lleva a alejarse de él.

Cuando se lo comenta a su padre, tras volver a Cusco por un pre-infarto que sufre él, este le menciona:

Le dije que a veces pensaba que tantas idas y venidas en mis relaciones personales se debían al temor de amarrarme a una relación vacía por la única seguridad de tener compañía.

–¿No estarás a contracorriente de cómo he vivido yo?– inquirió. (Pacheco, 2017, p. 97)

Su padre sospecha de los deseos inconscientes de hija como una forma de estar “yendo a contracorriente” suya. Lo que se establece en esta novela familiar, además de una Des-identificación con la figura paterna, es un deseo de la protagonista de evitar el destino

(y lo que ella misma considera) la tragedia familiar. Sin embargo, dicha tragedia no se refiere al divorcio de sus padres. Como se ha explicado antes, Rada siente que la herida ocurrió desde la muerte de su abuela, la cual considera como determinante para el destino familiar. Su actitud al evitar conformar una familia propia (o intentarlo y frustrarse por no poder concebir y, por lo tanto, no llegar a conformar una familia *de verdad* según la norma social) tendría que ver con su deseo de evitar un posible destino que preconiza como trágico. Aquí como lectores nos enteramos de una forma no tan sutil que Rada censura la relación de su padre con Magda por considerarla “vacía”. Su padre capta la indirecta y la pone en evidencia.

Una vez más, la protagonista evocaría a aquella figura materna perdida. Se encuentra con su padre, recorriendo la carretera por un paraje cusqueño cuando recuerdan a aquella “abuela guapísima” que no conocieron, mientras cantan canciones mexicanas. Rada aquí presenta un elemento irruptor en la línea temporal de la narración (a través de una prolepsis)

No éramos sentimentales, éramos patéticos. Nos habíamos pasado la vida cantando a una mujer de la que apenas quedaban recuerdos, una mujer cuya imagen era la de una madre amorosa que había muerto ahogada. Y esa mujer jamás murió en un lago. (Pacheco, 2017, p. 68)

Rada juzga “patéticos” a ella y a su padre. Reconoce que las evocaciones son inútiles para deshacer el dolor de la ausencia en su padre. Sin embargo, nos anticipa la resolución de la trama al mencionar que “esa mujer jamás murió en un lago”.

Al inicio de la tercera parte, Rada Ruiz le habla directamente a esa abuela Aira/Rada. Una vez más, la identidad nominal cobra un lugar protagónico en la historia cuando Rada menciona, en tiempo presente y haciendo referencia al descubrimiento de una lápida que, como lectores, estamos a punto de descubrir: “El rayo entonces me quebró, partió en dos mi nombre que es tu nombre y me descubrió perdida” (2017, p. 101).

Rada es el nombre que la protagonista comparte con su abuela. Al igual que en *La voluntad del molle*, este hecho subraya un elemento importante de la narrativa de Karina Pacheco: la concepción del nombre como parte de la identidad. Así, podemos establecer una relación directa entre lo mencionado por la narradora-protagonista de

Las orillas del aire: “Nos perdemos en el nombre de nuestros padres y en el de nuestros antepasados reales e inventados” (Pacheco, 2017, p. 103). Y declaraciones de la autora, cuando en una entrevista sobre esta novela menciona:

Tantas veces heredamos nombres que nos vienen de abuelos o de personas a las que nuestros padres vieron con admiración o cuyo sonido simplemente les llamó la atención. Hay [en la novela] esta abuela que desaparece mientras le enseña a nadar a sus hijos. Pero su nombre queda casi partido en sus descendientes. Quise presentar una especie de juego de espejos. La novela tiene mucho de eso. (“Karina Pacheco: “El interés por saber de dónde venimos marca quiénes somos””, 2017)

Asimismo, en la misma entrevista se refiere al epígrafe de César Calvo en *Las orillas del aire*:

Somos nuestros propios antepasados. (...) Así que siempre es mejor buscar resolernos a nosotros mismos para entender mejor de dónde venimos. Los seres humanos nos convertimos en tales aprendiendo de quienes nos anteceden. Pasar por la vida como si no hubiéramos venido de toda una complejidad, quita el sentido a la humanidad de la que todos somos herederos (“Karina Pacheco: “El interés por saber de dónde venimos marca quiénes somos””, 2017)

Rada se identifica a través de su nombre con esta abuela a la que jamás conoció y, por azar, la redescubre a la edad de 33 años. Rada asume en la historia que, al conocer más de la historia de esta abuela desaparecida, aprenderá más sobre ella misma y conocerá esos aspectos de su personalidad que aún no comprende. Una de ellas, como parte de la identidad asociada a la feminidad, es la maternidad. Si para Rich “Parir un hijo y criarlo es haber cumplido lo que el patriarcalismo, unido a la fisiología, convierte en la definición de la feminidad” (2019, p. 82). Rada, entonces, no posee una feminidad completa por definición. Ambas hermanas han heredado los fragmentos del nombre de esta abuela, como un intento de recuperación de su padre, de evocación a la insuperable pérdida de su madre. Sin embargo, Rada es la que ha heredado el nombre completo y quien en el presente de la novela se encuentra con interrogantes sobre ella y su historia familiar, la cual se presenta como una gran decepción. Cuando “el rayo la parte en dos”

y la encuentra perdida, es una forma de la protagonista de expresar este sentimiento de desconcierto ante las decisiones que tomar sobre su plano afectivo y su futuro familiar, un “yo escindido” que amerita una exploración de su subjetividad. La búsqueda interior, entonces, se vuelve una búsqueda física, al desplazarse a la hacienda del “Corazón de la tierra” en Erabamba. La metáfora de encontrar a su abuela dentro de sí misma se convierte en una búsqueda literal al interior del país persiguiendo los rastros dejados tras su muerte.

En esta búsqueda, surge una voz que enfrenta las perspectivas de Rada (y, por lo tanto, también a nosotros como lectores, que hasta ese momento hemos escuchado su historia a través de su perspectiva). Esta voz está encarnada por un personaje enigmático: Ilana. Es ella quien, desde su refugio en el Corazón de la tierra, será la primera voz que interroga a Rada sobre las verdaderas motivaciones de su búsqueda: “Lo que me fastidia– y esto lo dijo mirándome a los ojos– es que parece que nunca te has preguntado por qué necesitas tanto conocer la historia de Aira” (2017, p. 183). Ilana la obliga a respetar sus tiempos y escuchar la historia de Rada/Aira sin juicios. Pese a esto, el dolor de Rada es impaciente y solo busca conocer la verdad sobre esta abuela que, según descubre, no murió, sino que abandonó a su padre. Entre ellas, ocurre el siguiente intercambio:

–¿A qué Rada buscas tú?

(...)

–A la madre de mi padre– repuse.

–Yo no sé qué decirte de esa mujer. No la conocí– respondió con voz pausada.

–Claro que la conociste–repliqué–. La conociste muy bien desde el día en que llegaste aquí. (p.121)

Ilana es también el personaje que pone a prueba nuestra simpatía por Rada, como lectores identificados con su búsqueda personal y con posible empatía por su historia trágica. Es Ilana quien, como personaje, cumple el papel de enfrentarnos con esta visión idealizada de Rada y nos muestra la falta de tacto en su trato:

En cuanto te has ganado mi confianza de nuevo, vuelves a apurarme para que te cuente lo que tú necesitas; no respetas mis tiempos, no respetas mis maneras

de contar, ni aunque te haya recibido con hospitalidad desde la primera vez que viniste. Porque **te crees una buscadora de verdades**, te crees con derecho a mirarme como un objeto que tiene que actuar según tus conveniencias; ni cuenta te das de que los secretos de una vida no se abarcan en una noche. ¿Y así te crees una buena persona? (énfasis personal, Pacheco, 2017, p. 198)

Nos enteramos por Rada, también (pues seguimos escuchando el relato a través de su perspectiva) que ella se ve interpelada por este personaje y cuestiona la idea de que recibiría en la identificación con su abuela todas las respuestas que necesitaba sobre sí misma, y también, sobre su padre.

Sobre esto Hirsch (1989) explica la riqueza de la novela familiar como género óptimo para estudiar la interacción entre voces hegemónicas y disidentes, dentro de un mismo núcleo ideológico. Además, Hirsch señala que la polifonía en la novela puede revelar los discursos conflictivos que hacen posible, dentro de su estructura, el cuestionamiento de los códigos y supuestos culturales dominantes. El enfrentamiento entre las voces de Rada e Ilana es perfecto para ilustrar esto, así como el tono álgido que este conflicto adquiere en este punto de la novela. De pronto, las obviedades que habíamos asimilado hasta ese punto (la lógica mecanicista de la protagonista con respecto a la desaparición de su abuela, al divorcio de sus padres y la muerte de su padre) se ve enfrentado por Ilana, quien nos muestra las evidentes falacias en este razonamiento:

¿Por qué echas toda la culpa de los males de tu padre a la madre que no tuvo cerca? Seguramente hay otras muchas cosas que lo han hundido en la pena, y tú lo debes saber, pero siempre es más fácil buscar una sola causa, un solo culpable y eso es lo que estás haciendo. (Pacheco, 2017, p.133)

Ya nos advertía Rich (2019) que: “Bajo la maternidad como institución, siempre se acusa primero a la madre...” (p. 295). En esta novela, el discurso dominante de la institución de la maternidad está siendo ejercido por Rada, quien considera esta ausencia materna de su abuela en la infancia de su padre como el único motivo de toda la desgracia acaecida posteriormente. Es falaz porque, por supuesto, en el transcurso de una vida (y sobre todo en la de un hombre maduro como Blas Ruiz) muchos hechos pueden haber causado esta tristeza. Hechos que, también, pueden haber pasado desapercibidos o ser

del total desconocimiento de su hija. Sin embargo, bajo el paradigma de novela familiar, hay una sucesión lógica de los hechos que ponen de manifiesto la ideología social (o construcción de la fantasía) y la realidad social; ambos elementos son básicos para la construcción de la noción de la familia (Hirsch, 1989, p.9). El papel de Ilana es el de desestabilizar estos sentidos comunes sobre la familia, en particular, sobre la responsabilidad de la figura materna.

En este punto de la historia, Rada Ruiz toma también en cuenta la otra figura que hasta ese punto apenas había pasado desapercibida como un mal recuerdo, Eugenio Ruiz, el esposo del cual Aira/Rada huyó. Mientras Rada elabora conjeturas sobre si su abuela extrañó o no a sus hijos abandonados, o si se arrepintió en un momento de sus actos, se cuestiona: “Y había otra pregunta incesante: ¿quién fue el padre de mi padre? Seguí dando vueltas intentado dormir, en vano” (Pacheco, 2017, p. 135). Pronto descubre, a través de Ilana, que su abuelo fue un hombre muy distante de ser ejemplar. Fue un hacendado machista y violento que golpeaba a su esposa. Es por esos exabruptos de violencia contra ella y el temor a su reacción al descubrir que estaba embarazada que ella huye, en última instancia. Cuando Rada se entera de esto entiende mejor la tristeza de su padre: una tristeza no solo causada por un abandono materno, sino por una niñez marcada por la violencia ejercida sobre él por su propio padre. Como menciona Rich (2019):

El dolor punzante y la ambivalencia que experimentan nuestros hijos no debe achacarse solo a la responsabilidad de las madres, de las mujeres anti tradicionales; son los padres tradicionales quienes – aun cuando vivan bajo el mismo techo– han abandonado a sus hijos cada hora y cada día (pp. 282- 283)

En el caso de Eugenio Ruiz, este ha sido la encarnación de la Ley del Padre o la figura del patriarca. Este poder que, durante la infancia de Blas Ruiz, todo lo ha penetrado. A la pérdida de la seguridad, la ternura y la confianza causadas por la pérdida materna se le superponen el aprendizaje de la masculinidad a través de un mandato de violencia o en el dolor causado por el rechazo de su padre. Esto, en Blas, causa una des-identificación con este modelo. Se sabe por Rada que su padre “eligió” distinto y optó, a través de la carrera de Derecho, por defender a los campesinos a los que su padre maltrataba, eligiendo así un destino diferente, que lo sitúa como opositor ideológico de la

perspectiva de mundo de su padre. Sobre esto, la protagonista experimenta un cambio en su entendimiento familiar:

Quién sabe, si Aira no hubiera abandonado a mi padre, él nunca se habría convertido en el abogado que una tarde de enero de 1961, por la antigua vía de tren arribó a Chaullay y desde su puente caminó hasta Quillabamba para fundirse en la historia única que allí se forjó, y pasara lo que pasara después, fue una historia invencible. (Pacheco, 2017, p. 170)

Entonces la pérdida materna, como lo asimila Rada, no solo causó tragedia familiar sino también fue la causa de la elección vocacional de su padre al querer des-identificarse de su propio padre y escoger una profesión que, como hemos visto antes en la novela, también fue causa de episodios de felicidad para él. Rada comienza a asimilar el peligro de tener una historia única con respecto a lo sucedido, o la futilidad de hacerse muchas conjeturas sobre “lo que hubiera pasado”. Asimila en este punto que la historia familiar simplemente “es”, por factores en los que intervienen en igual medida las decisiones personales y el azar. De igual manera, esta reflexión la incorpora a su búsqueda personal y a su tiempo presente.

Junto a Emilio, el fantasma de la incapacidad de tener hijos reaparece como un dolor punzante. Es mencionado con ligereza, pero, en su aparente irrelevancia en el discurso, se refleja la verdadera molestia que causa: se convierte en lo impronunciable, lo que se desea olvidar. Se nos alude a este dolor en Lima, cuando el hijo de Emilio que se encuentra en Londres con su madre, lo llama: “Desde que acordamos borrar el deseo de tener descendencia, no me hablaba mucho de él, como si atisbara que al hacerlo me recordaría al hijo que pese a tantos intentos yo no había podido tener” (Pacheco, 2017, p. 177).

La última mención a esta imposibilidad ocurre cuando Emilio y Rada regresan juntos a Erabamba: “...y estábamos Emilio y yo sin haber podido tener hijos, desolados en el Corazón de la tierra” (Pacheco, 2017, p. 203). No se aclara en la novela la resolución de la protagonista sobre el conflicto de su propia decisión de tener hijos. Nos enteramos de su imposibilidad para concebir, pero no si resuelve adoptar junto con Emilio. La novela vuelve a centrarse en la búsqueda interior de la protagonista y se centra en la reconciliación con la figura de su abuela. Al aprender lo trágico de su historia y las

complejidades de su situación como víctima de violencia, llega a identificarse con su dilema:

[...]y yo no te veía, Aira, como a una desalmada de nuevo capaz de dejar a un hijo pequeño al cuidado de una nana con tal de sumergirte en un rumbo alucinado. Sentía que yo hubiera hecho lo mismo, aun sin saber quién tú (...) (2017, p. 190)

También, el enfrentamiento con Ilana, en particular el cuestionamiento que ella le hace al propósito de su búsqueda, ayuda a Rada a que se encuentre a sí misma, reconociendo parte de su identidad en el nombre heredado de su abuela:

Tantas veces me había sentido perdida en mi nombre, sintiéndome extraña en su sonido, tratando de encontrarle un significado exclusivo, creyendo que era en vano que papá hubiera querido prolongar la existencia de su madre en las hijas que tuvo; tantas veces había sentido que ese nombre no era mío y, en efecto, no lo era, pues ningún nombre terminará de pertenecernos. [...]pero Rada era mi nombre, al fin y al cabo. (pp. 239- 240)

Cuando lleva las cenizas de Blas Girán y Aira/Rada al pueblo de origen, Lara, en donde se conocieron en la infancia, Rada está, de forma simbólica, reconciliando estas dos identidades. Asimismo, está reconociendo sus propios orígenes y los significados de su nombre, aceptando la infancia de su padre y su vida, la cual resultó, al fin y al cabo, en su existencia. Finalmente, asume ese nombre no solo como el de una abuela sino suyo, con identidad propia y capaz de labrar su propio destino, así se lo comunica a su hermana Ayda al regreso de Erabamba, cuando se dispone a contarle toda la verdad sobre su abuela: “Soy Rada, pronuncié con certeza cuando llamé a mi hermana para avisarle, por fin, que la mujer cuyos nombres habíamos heredado nunca había muerto en un lago” (p. 241). Vemos aquí una vez más, cómo se repite el ejercicio de la recuperación nominal como parte de la formación de la identidad. Como menciona Cárdenas (2019), los nombres que Ayda y Rada heredan son un intento de recuperación del afecto materno por parte de su padre. Al conocer la historia completa, vemos cómo este acto es más que el mero homenaje y se trata de un intento desesperado de superar el olvido generado luego de la muerte. La nominación es deliberada, pensada. El peso de la identidad pasada a través del nombre es el fantasma que cargan las protagonistas de ambas novelas, y la recuperación de las historias silenciadas se convierte en un

intento de encontrar la identidad propia, el sentido de la existencia individual dentro de una historia familiar oscurecida por la tragedia. Esto es mucho más visible cuando se considera el análisis de estas dos novelas en paralelo.

Hirsch identifica un tipo particular de novela familiar que surge durante los años setentas en la literatura escrita por mujeres y la denomina “novela familiar feminista”. En este tipo de novelas, la narrativa le pertenece a la hija, quien se ve entrelazada con su madre a través de la identificación y su lucha contra esta, y quien se ubica cada vez más distante del padre, del hermano y del amante masculino; sin problemas sólo en la conexión con su hermana o amante femenina. (1989, p.138). Podemos reconocer algunas características descritas por Hirsch en las novelas que mencionamos. Ambas protagonistas tienen una hermana. Su identificación con la figura materna se realiza a través del descubrimiento que realizan sobre la historia de su madre apoyadas por sus hermanas. Esto se evidencia más en *La voluntad del molle* que en *Las orillas del aire*, cuando hacia el final podemos ver una diferenciación con la actitud de la hermana en pos de la afirmación de la propia identidad.

Asimismo, ambas novelas evidencian en diferentes momentos la posición contemporánea de las protagonistas y la conciencia de su situación como mujeres de una época distinta a la de sus madres/abuelas. Existe un diálogo y reflexión con respecto a las desventajas que había en años anteriores para la libre determinación de las mujeres con respecto a su destino y maternidad. Elena-hija no deja de examinar los paralelos entre su vida a los treinta años con los de Elena-madre. Rada llega a la empatía con su abuela a través del conocimiento de la violencia que vivió a manos de su esposo, y los pocos recursos que tuvo para buscar auxilio o crear una vida aparte que no implicara el abandono de sus hijos. Como explica Hirsch (1989): “The process of subject-formationn has become a major preoccupation for the narrator/protagonist who sees herself as part of a newly emerging feminist generation” [El proceso de la formación del sujeto se vuelve una preocupación principal para la narradora/protagonista que se ve como parte de una nueva y emergente generación feminista] (pp. 138-139) En estas novelas de Karina Pacheco, existe una conciencia de sí en las protagonistas, lo que las lleva a pensarse como hijas pertenecientes a una generación privilegiada, con mayor autonomía para poder tomar decisiones en su vida (sobre su carrera, sobre sus

relaciones amorosas, sobre la decisión de convertirse en madres) a diferencia de las limitaciones que tuvieron sus antepasadas. Esta mayor conciencia les exige, además, un reconocimiento del pasado de las figuras maternas para satisfacer esa necesidad de identificación. Si Rich (2019) define la matrofobia como el miedo, no solo a la maternidad o a la madre sino a convertirse en la propia madre (p. 310), es posible afirmar que en estas novelas se trasciende el miedo para generar vínculos con el deseo, reconocer la necesidad de conocer la historia a partir de la cual se puedan reconocer las protagonistas, como sujetos de su propia historia. La madre, al final de las historias, no permanece en la posición de “otro”. Si bien la historia permanece en el discurso de las hijas (las figuras maternas no llegan a enunciar un “yo”) no se las busca diferenciar tajantemente. Si bien, en ambas novelas es la mujer “como hija” quien enuncia, ocupa el centro de la trama y del proceso de reconstrucción de la subjetividad y no llegamos a “oír” la voz de la madre, su discurso problematiza a la institución de la maternidad y no exige la ruptura con la figura materna, sino al contrario, favorece la identificación con esta.

Tanto Elena como Rada realizan el proceso de mirar hacia atrás a través de diversas fuentes. En el caso de Elena, son las cartas escritas por su madre. Por otro lado, Rada realiza un traslado físico para recoger los testimonios de la gente que conoció a su abuela. En ambos casos existe una protagonista que, a la luz de una nueva conciencia, tiene el privilegio de mirar la historia de sus antepasados desde la posición ventajosa del futuro, con un conocimiento previo del desenlace de la historia de sus personajes, pero queriendo encontrar, en los datos faltantes, una explicación que les ayude a resolver temas de su presente. Rich (1971), en su texto “Cuando las muertas despertamos: escribir como re-visión” define la re-visión como “el acto de mirar atrás, de mirar con ojos nuevos, de asimilar un viejo texto desde una nueva orientación crítica” (p. 48). Para Rich (1971), realizar esto sería de suma importancia, “un acto de supervivencia” ante la situación subordinada de las mujeres, de tomar conciencia de sus ataduras y poder seguir hacia adelante. Esta urgencia, para Rich vendría también de una necesidad de autoconocimiento y sería, más que una búsqueda de identidad, un rechazo explícito al carácter autodestructivo de la sociedad de la dominación machista (ibíd.) Elena y Rada se embarcan en una re-visión, tanto literal (revisión textual de las cartas de su madre,

consultas a archivos sobre propiedades) como metafóricamente. Se muestra en las constantes evocaciones de los diálogos de sus parientes, un nuevo sentido adquirido a través del conocimiento de las historias silenciadas.

En la primera parte de este apartado he explicado la relación entre la identidad femenina y la maternidad. Sin embargo, al tomar en cuenta los elementos comunes y la estructura narrativa de ambas novelas una vez descritas, encuentro la necesidad de situarlas en un contexto narrativo occidental, herederas de una tradición clásica y de discursos sobre la familia que permanecen. En el siguiente apartado, discutiremos la relación de la trama materno-filial en la novela familiar de ambas historias con dos ejemplos de la mitología griega, con el propósito de visibilizar mejor el proyecto narrativo de Karina Pacheco en estas dos novelas.

1.12 *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire* y los mitos clásicos: un análisis intertextual

En este apartado, propongo realizar una revisión de los paradigmas literarios clásicos para determinar los cambios y permanencias que existen en torno a la noción de novela familiar y novela familiar feminista sobre la cual la presente investigación se sostiene. El objetivo no es tanto encontrar una influencia directa de la mitología griega sobre la literatura de Karina Pacheco sino poner en evidencia cómo algunos patrones narrativos tienden a influir en la forma en la que se cuentan las historias familiares en la novela contemporánea. Para esto, me he valido de la reflexión de Hirsch sobre el “potencial explicativo” que los textos clásicos poseen. De esta manera, estableceré una relación entre los mitos eleusinos (*Himno a Deméter*) y el mito de Orestes (*La Orestíada*) y las novelas analizadas en esta investigación. En ese sentido, intento establecer una relación entre ambos mitos y las novelas de Karina Pacheco con la finalidad de ver cómo los marcos de referencia de la novela familiar son transformados para ofrecer posibilidades de una nueva identificación de la hija con la figura materna y una reconciliación que sea posible, frente a la inevitabilidad de la muerte.

1.13 *La voluntad del molle, Las orillas del aire y un retorno a Eleusis*

Al igual que en *La voluntad del molle*, en *Las orillas del aire* hay un entierro simbólico al finalizar la novela que expresa la reconciliación con el pasado. “Tú ya estás de vuelta, Aira”, son las palabras finales que Rada le dedica a su abuela “A pesar de todo, aquí estoy, contigo. Para siempre” le dice Elena al hermano que perdió su madre en *La voluntad del molle*. Ambas novelas hablan, por lo tanto, de la reconciliación con la figura materna (en el pasado de su madre y en el pasado de su abuela, respectivamente) como un elemento clave para la construcción de un “yo” femenino. Ya he descrito en el apartado anterior cómo la identificación con la figura materna es un elemento clave de la identificación y reconciliación femenina. “La mujer que se ha sentido huérfana de madre puede pasarse la vida buscando a la madre” nos advierte Rich (2019). Es a través de este principio que las novelas de Karina Pacheco se ordenan, conformando un nuevo modelo de tragedia femenina. Modelo a menudo omitido por la literatura occidental:

Para la madre, la pérdida de la hija, y para la hija, la pérdida de la madre, constituye la tragedia femenina esencial. Reconocemos las historias de Lear (escisión padre-hija), Hamlet (hijo-madre) y Edipo (hijo-padre) como las tragedias más importantes de la humanidad; pero hasta ahora no existe reconocimiento alguno de la pasión y ruptura madre-hija. (Rich 2019, p. 312)

En el mito homérico, la diosa Deméter es madre de Cora/Perséfone, con quien vive de forma apacible lejos del monte Olimpo. Esta paz es alterada cuando Hades se enamora de Perséfone, la secuestra y la lleva al inframundo, para que allí viva como su esposa y reina. Deméter, entonces, recorre el mundo en búsqueda de su hija, aunque de forma infructuosa. En ese recorrido llega a la región de Eleusis, en donde la acogen princesas sin sospechar de su origen divino, pues se hace pasar por una anciana. La pena por haber perdido a su hija provoca que Deméter reniegue de sus funciones divinas como diosa de la tierra y sus frutos, por lo cual la tierra se vuelve árida e improductiva. Los humanos sufren por la desolación de la diosa al no tener qué comer. Zeus, el dios supremo, alerta esto y sospecha lo que puede estar pasando. Mediante el dios Hermes, envía un mensaje a Hades, para que libere a su esposa y pueda reencontrarse con su madre. No obstante, antes de dejarla partir, Hades le ofrece a su esposa comer del fruto de una granada. Con esto, Perséfone es retornada a la tierra junto a Deméter, pero es obligada a regresar al

inframundo durante un tercio del año. De esta manera, durante el tiempo que permanece al lado de su madre, la diosa Deméter vuelve fértil a la tierra, produciendo la primavera y el verano; sin embargo, cuando retorna al inframundo, la pena que Deméter experimenta vuelve árida a la tierra, símbolo de la llegada del invierno. Es preciso mencionar que este mito, cuya versión más conocida es la del Himno a Deméter, tradicionalmente atribuido a Homero, fue central al culto de Deméter y Perséfone y suponen la fundación de los Misterios de Eleusis, un rito religioso celebrado en la región griega de Eleusis durante casi dos mil años, (Eliade, 1999). En una sociedad fundamentalmente agrícola como la griega, los mitos eleusinos y su relación con las estaciones, los ciclos agrícolas y el origen de la agricultura ordenaron gran parte de la vida religiosa durante este periodo.

Una lectura contemporánea de este mito, en relación con las novelas de Karina Pacheco, es posible si se invierte el papel de quien realiza la búsqueda. En el mito original es Deméter quien sale en búsqueda de su hija alrededor del mundo. En las novelas de Pacheco, en cambio, son las protagonistas-hijas (Rada Ruiz y Elena) quienes persiguen el rastro de sus madres. Las “Perséfontes” de estos textos contemporáneos desean salir del infierno que supone la negación de la voz de sus madres/abuelas. Sin esta recuperación, se encuentran en un tiempo “suspendido”, que transcurre como una vida a medias, sin la mitad de la historia de estas figuras. La búsqueda en estas novelas ordena la historia y actúa de “pieza faltante” en la resolución del misterio, pero también en la búsqueda identitaria de las protagonistas. Existe una reconstrucción de la identidad femenina al combinar este mito con las grandes preocupaciones temáticas de la autora en estas novelas: la maternidad y la memoria.

De esta manera, Hades es representado por las formas violentas en las que la institución de la maternidad se impone. Hades, en *La voluntad del molle*, podría representarse en la violencia que supuso el rapto del hijo perpetrado por los abuelos de Elena-hija, la cual condena a Elena-madre a tener una media vida, expresada en silencio, en la tristeza, en sus aflicciones físicas y envejecimiento prematuro. Luego, Hades es la traición del esposo, al delatar el escondite de este hijo poco antes de ser recuperado. Por otro lado, Hades, en *Las orillas del aire*, es primero Eugenio Ruiz, el hacendado violento del cual Rada/Aira escapa. Hades es también el maltrato que Blas sufre a manos de su padre, el

cual provoca que se vuelva un hombre inseguro que vierte estos conflictos en el matrimonio con la madre de Rada Ruiz. Sin embargo, Hades es, ante todo, el silencio y ocultamiento de las historias de ambas figuras maternas que las protagonistas se deciden a deshacer. En suma, Hades es, en ambas novelas, la tragedia familiar.

En las novelas de Karina Pacheco, existe el reconocimiento de los peligros de esta ruptura madre-hija, la cual genera un sentimiento de inadecuación en la hija. Sin embargo, la reconciliación se eleva a un nivel simbólico similar al existente en los mitos eleusinos, pues es la unión entre las madres y las hijas que deshace la tragedia y el silencio causado por la muerte de la figura materna. Al igual que Deméter, Elena-madre y Aira/Rada abuela, en el ofrecimiento de su historia, logran deshacer el silencio impuesto por la institución de la maternidad en su dimensión más violenta. Del mismo modo, como Perséfone, Elena-hija y Rada Ruiz se reconcilian con su yo-perdido luego de descender a los abismos, reconocer la tragedia en el seno de sus propias familias y rescatar simbólicamente a sus madres de la muerte.

En algunas interpretaciones del mito griego, la granada que Perséfone come en el inframundo simboliza el matrimonio (González, 2009, p. 47). La unión con Hades se vuelve permanente con este rito de la misma manera en la que el vínculo matrimonial obliga a los cónyuges a habitar el mismo hogar. Según la versión del Himno a Deméter, este hecho ocurre de la siguiente manera: “[...] Alegróse la prudente Perséfone y en seguida saltó de júbilo; más él, atrayéndola a sí, le dio a comer dolosamente un dulce grano de granada, para que no se quede por siempre allá, al lado de la venerada Deméter” (Wasson et al., 2013, p. 118). Sin embargo, una lectura más alegórica de este mito es posible cuando se tiene en cuenta que Hades, como dios del inframundo, simboliza la muerte; y el fruto que le ofrece a Perséfone, la granada, simboliza el olvido¹.

¹Existen varios significados atribuidos al simbolismo de la granada en la literatura griega (Kerényi, 2004), que van desde la fertilidad, su asociación con lo femenino y la sangre menstrual, hasta lo sacrificial, como sinónimo de muerte violenta y sangre derramada. El arqueólogo australiano Damien Stone, en su libro *Pomegranate: a global history* (La granada: una historia global) señala que varios escritores griegos relacionan el crecimiento de la granada con las tumbas de Meneceo (quien se suicidó en lugar de su padre, Creonte) y de los hermanos Etéocles y Polinices, quienes se mataron mutuamente en combate, por lo cual la granada se usaba simbólicamente para relacionar un espacio físico real con la tradición mítica. En todo caso, podemos decir que el simbolismo de la granada en el mito eleusino sería la de, al ser un fruto del inframundo, quien la pruebe ya no puede retornar entre los vivos (Eliade, 2019), que es lo que le ocurre a Perséfone.

Si continuamos esta línea de reflexión, es el olvido lo que nos une de forma permanente con la muerte. Es la imposibilidad de recordar lo que provoca que, al morir las personas, ocurra lo mismo con sus historias de forma irrevocable. Es así como Hades también representaría el silencio impuesto por el olvido. Bajo esta perspectiva, la búsqueda de las protagonistas de las novelas de Karina Pacheco es también un ejercicio de recuperación de memoria, la misma que lidiaría contra el olvido impuesto por el silencio de Hades. Cuando las protagonistas descubren estas historias ocultas tanto en la correspondencia, como en la visita a los lugares que recorrieron sus figuras maternas y en lo narrado por las personas que las conocieron, deshacen la posibilidad del olvido. Se borran los efectos de la granada ofrecida por Hades.

Es también preciso señalar que este ejercicio de memoria, en las novelas, no ocurre de forma espontánea. Existen grietas dolorosas en el presente familiar de las protagonistas que necesitan ser explicadas. El olvido se hace inviable, de algún modo. El elemento irruptor de la realidad de las protagonistas aparece como un descubrimiento fortuito (un baúl oculto, una lápida desconocida) pero la decisión de recuperar la memoria es voluntaria en la medida que el sentimiento de inadecuación de las protagonistas es pre-existente a su búsqueda. O incluso, causa de ella. Sobre esto, Beatriz Sarlo (2005), indica:

El recuerdo insiste porque, en un punto, es soberano e incontrolable (en todos los sentidos de esa palabra) El pasado, para decirlo de algún modo, *se hace presente*. Y el recuerdo necesita del presente porque, como lo señaló Deleuze a propósito de Bergson, el tiempo *propio* del recuerdo es el presente: es decir, el único tiempo *apropiado* para recordar y, también, el tiempo del cual el recuerdo se apodera haciéndolo *propio* (p. 10)

Las protagonistas, con el recuerdo de sus figuras maternas, son obligadas a la persecución de sus pasados para tener un sentido de completitud. Para retomar la alegoría del mito griego: en el olvido no hay fertilidad. Es solo con la unión de la madre/abuela con la hija, a través de sus historias, que el presente se vuelve fértil de nuevas posibilidades para las protagonistas. Esta búsqueda, en las novelas, también ocurre en el tiempo presente, como señala Sarlo. Sin embargo, esta recuperación de la fertilidad y la dicha no llega a anular del todo el daño hecho por Hades. Así como en las

novelas, los entierros simbólicos no dejan de ser una evidencia del paso de la muerte por la vida de las protagonistas. Para el filólogo clásico Carl P. Ruck:

Deméter se reúne con su hija, pero descubre que, al igual que la tierra en la que ha estado, Perséfone ha aceptado unas cuantas semillas y por lo tanto pertenece a ambos mundos, está obligada a regresar (...) al reino de la muerte donde gobierna su marido. (Wasson et al., 2013, p. 170)

Elena entierra a los pies del molle a su hermano perdido, expulsado por su abuela, exiliado por la sociedad y finalmente asesinado por el ejército. Rada, de igual manera, regresa a la tumba de su abuela con el conocimiento de su historia y su dolor, transformada por el nuevo conocimiento de su historia familiar.

Para el psicoanálisis tradicional, el rechazo materno es necesario para la adquisición de la subjetividad humana. En el orden simbólico, el cual regula la vida en la sociedad, no se acepta una relación entre la madre y la criatura a riesgo de caer en el tabú del incesto y formar personas psicóticas (González, 2009, p.50). Es la pérdida materna la que se convierte en el paso necesario para la construcción de la cultura. Es también importante señalar que el psicoanálisis tradicional, en gran medida, considera al mito de Edipo, – también de origen griego– como su base. El mito de Deméter/Perséfone, señala Rich (2019), “no se trata de la rebelión de la hija contra la madre, ni del rechazo de la segunda por la primera” (p. 315). La separación entre ellas es involuntaria. No exige el rechazo de una figura femenina; al contrario, es la reunión la que favorece la creación, la que satisface el deseo mutuo de reconexión. En muchos sentidos, la recuperación de este mito supone una propuesta diferente sobre el proceso de adquisición de la identidad femenina al que se conoce tradicionalmente por el psicoanálisis, desde una perspectiva androcéntrica y adulto-céntrica, como bien apuntaban las pensadoras feministas mencionadas al comienzo del capítulo. En las novelas de Karina Pacheco, este proceso se hace evidente puesto que las protagonistas, hacia el final de ambas novelas, muestran signos de sentir una renovada seguridad en torno a la idea de sí mismas, y el conocimiento de un “yo”. Asimismo, el psicoanálisis a menudo parece considerar que la adquisición de la identidad sexo-genérica es un proceso que inicia y culmina en la infancia temprana, con la adquisición del lenguaje y la entrada al orden simbólico. La revisión de la permanencia del mito eleusino y otros mitos con historias materno-filiales

a través de la literatura nos permiten examinar las formas en las que, durante la adultez, también se presentan otras búsquedas identitarias, que, en el caso de la feminidad adulta, suelen girar en torno a las preocupaciones sobre la maternidad.

1.14 *La voluntad del molle y La Orestíada: representaciones de la ira materna*

Antes del entierro simbólico de Javier, se dan a conocer detalles sobre sus últimos instantes de vida. Hacia el desenlace, las protagonistas descubren que su hermano, perseguido por terrorista, busca ocultarse en casa de ellas, pidiéndole ayuda a Elena-madre. En 1998, ella lo oculta en el desván durante pocos días, antes de que su esposo lo descubra y llame a la policía para entregarlo. Elena-madre, al regresar del mercado, se da cuenta de lo sucedido. Transcurren semanas hasta conocer el destino de Javier. Tras buscar en cuarteles y comisarías, un coronel, amigo de la infancia, le da la trágica noticia. Elena entra en estado de shock, momento que su hija Elisa describe:

“Tenía la mirada perdida, la boca abierta, torcida. Un rastro de saliva le caía desde su labio izquierdo, deslizándose por su barbilla hasta caer como una larga catarata sobre su cartera” (Pacheco, 2006, p. 232). Al recuperarse de ese estado inicial, tras un largo descanso inducido por medicación, acude a la morgue de Lima con el propósito de reconocer los restos de su hijo. Lo que ve allí es una prueba del estado deplorable, producto de lo que seguramente fue una larga y cruenta tortura. Por ello, a Elena le cuesta aceptar esa verdad:

Pero ella insistía en que tal vez no era. El lunar en forma de media luna que nunca se le borró desde su nacimiento era el mismo que aparecía en la nalga derecha de aquel occiso. Pero ella siguió apegada a la idea de que no era. Que no era. No solo porque las quemaduras de cigarrillos que se expandían desde los genitales hasta cada uno de sus miembros bien podrían haber deformado ese lunar (...) porque ese cuerpo había sido cercenado de sus manos y de su cabeza. (Pacheco, 2006, p. 237)

Tras dos años en negación sobre el origen real de aquellos restos, finalmente en el año 2000, Elena obtiene evidencia irrefutable de que su hijo había sido torturado en sus últimos instantes con vida: los restos de las manos y la cabeza de Javier le son entregados, junto a una prueba de ADN y estudio forense que confirman tanto su

identidad como el hecho de que estos miembros fueron amputados en vida. Con esta nueva información, se revelan los verdaderos motivos de Elena para haber permanecido junto a su marido pese a que este fue quien entregó a su hijo a las autoridades, y, por tanto, responsable de su muerte:

Se había prometido que, si su hijo vivía aún, o si hubiera muerto en otro lugar y por otras circunstancias, no lo perdonaría, pero tampoco se vengaría de él. Pero había encontrado ya su cabeza y sus manos, y esa cabeza y esas manos habían sido profanadas cuando aún estaban vivas. Tal vez, quizás, quién sabe, si lo hubieran asesinado de forma fulminante...Pero había muerto de otras maneras, de otras maneras, de otras maneras [...]. (Pacheco, 2006, p. 244)

Es preciso recordar que la narración de estos hechos es realizada a través de su hija Elena, quien asocia lo que van descubriendo en la correspondencia, relacionando las fechas de las cartas con Alejandro desde la cárcel, con recuerdos de su madre que tenían de esa época. Es decir, nunca accedemos al relato de esta historia a través de la voz de Elena-madre. Es así que se nos narra cómo ella “vivió esos años pensando en cómo podía vengarse, si eso era lo único que podía hacer por su hijo (...)” (2006, p. 245). Al mismo tiempo que intentaba disimular la tristeza delante de sus hijas, camuflando sus momentos de llanto con crema humectante. Sabemos también que Alejandro, quien cumple condena por terrorismo, intenta disuadirla cuando ella le comunica sus intenciones, ya que “Ni su muerte [la de su esposo] ni mucho menos la tuya solucionará nada (...)” (p. 245). Pero ella ya había tomado una determinación y buscaba la forma de llevar a cabo el asesinato de su esposo sin que la hallen culpable pues “...no dejaría huellas para que la sentencien por algo que de verdad había hecho” (p.245) Así, planifica el asesinato de su esposo haciéndolo pasar como un accidente de montaña. Días antes, por motivos que resultan ambiguos para Elena-hija pero que presume como “acaso para quedar libre de todo juicio” (p. 245), su madre y su padre vuelven a revivir la pasión en su matrimonio, lo cual su hija llega a escuchar con rubor infantil, la noche anterior a la muerte de su padre. Elena lleva a cabo el asesinato de su marido arrojándolo de un abismo, mientras se encuentran acampando en las alturas de los Andes cuzqueños, los últimos instantes son relatados con detalle en el capítulo 39 del libro, de nuevo, mediada por la imaginación de la hija como narradora, quien intercala los recuerdos del relato de

su madre de este hecho con la verdad descubierta. De esta manera, las emociones de Elena-madre son descritas como una furiosa contradicción que transcurre en silencio: “No sabía con qué palabras clamar al mismo tiempo socorro y también muerte, no clemencia, socorro, ayuda, muerte” (Pacheco, 2006, p. 257). La trágica escena transcurre en contraste con la hermosura del paisaje natural, con picaflores y helechos.

En *La Orestíada*, del dramaturgo griego Esquilo, se narra la historia de Orestes. En esta historia, Agamenón, rey de Micenas y Clitemnestra tienen tres hijos: un hijo varón, Orestes; y dos hijas mujeres, Ifigenia y Electra. Agamenón es asesinado por Clitemnestra, quien lo culpa de sacrificar a su hija Ifigenia buscando el beneplácito de los dioses y obtener vientos favorables que aseguren el retorno de su ejército durante la Guerra de Troya (Agamenón vv.145-155, vv.1515-1420, vv.1431-1436) (Esquilo, 2000), en confabulación con su amante, Egisto. Tras el asesinato de su padre, Orestes es salvado por su nodriza y huye de la ciudad. Años después, tras consultar con el Oráculo de Loxias (consagrado al dios Apolo) sobre su destino, Orestes es persuadido de dar muerte a su madre pues, de no vengar a su padre, le ocurrirían numerosas desgracias. Orestes regresa para vengar a su padre y, al reencontrarse con su hermana Electra mientras ofrecía libaciones en la tumba de Agamenón, planean cómo matar a Clitemnestra. Cuando comete el asesinato, las Erinias, antiguas deidades encargadas de proteger la ley divina de lo materno, acechan a Orestes. Este, atormentado, reclama la protección prometida por el dios Apolo. Llega a Atenas, aún perseguido por las Erinias, y la diosa Atenea convoca al Areópago para celebrar un juicio que decida el destino de Orestes. Se celebra el juicio, con el dios Apolo como abogado defensor de Orestes y la mayor de las Erinias como fiscales. En dicho juicio se debate la importancia de la paternidad por encima de la maternidad para determinar si el crimen de Orestes contra su madre tiene menor gravedad por haber sido en venganza de su padre. Ante el empate de la votación del jurado, Atenea declara su voto a favor de Orestes, por lo cual este es absuelto.

Este mito, para el mitólogo Robert Graves (2022), es de crucial importancia debido a que supone la superación del principio matriarcal de la religión pre-helénica y su sustitución por la ley patriarcal helénica. (p.461) Bajo el antiguo principio, el matricidio es considerado un crimen abominable, razón por la cual las Erinias representan los

remordimientos de la conciencia, capaces de matar o enloquecer a quien haya violado un tabú. En la obra de Esquilo son representadas como seres terribles “[...]de color negro y en todo repugnantes: roncan con resoplidos repelentes y de sus ojos segregan humores odiosos (Las Euménides vv.54-55)” (Esquilo, 2000, p. 229), a quienes usualmente los mortales engañaban con libaciones rituales y sacrificios de animales, sin embargo, un matricidio era considerado un crimen de tal calibre que los medios usuales de purificación resultaban inútiles (Graves, 2022, p. 470).

Esto, no obstante, llega a ser cuestionado con la representación del juicio a Orestes en esta obra. El asesinato de Clitemnestra a manos de su hijo Orestes y la posterior absolución de este con el apoyo de Atenea (diosa nacida directamente de la cabeza de Zeus) junto a la intervención de Apolo, inclinan, de una vez por todas, la supremacía de la ley paterna por encima de la materna, y por añadidura, el reemplazo de la descendencia matrilineal por la patrilineal. Para entender la forma en la que se da esta sustitución ideológica, es preciso detenerse en los argumentos que proporciona Apolo en defensa de Orestes.

En primer lugar, Apolo indica que él fue quien convenció a Orestes de matar a su madre por orden directa de Zeus. En seguida, indica que:

No es la que llaman madre la que engendra al hijo, sino que es sólo la nodriza del embrión recién sembrado. Engendra el que fecunda, mientras que ella sólo conserva el brote— sin que por eso dejen de ser extraños entre sí— con tal de que no se lo malogre una deidad (...) Puede haber padre sin que haya madre. Cerca hay un ejemplo: la hija de Zeus Olímpico (Las Euménides vv. 657-665). (Esquilo, 2000, p. 253)

Con esta declaración, lo que busca demostrar Apolo es que, en la reproducción humana, el papel del padre “fecundador” es más importante que el de la madre, quien solo conserva, como un receptáculo, la vida ya depositada por el padre. Bajo este principio (de razón biológica, fundamentalmente), la maternidad no tendría importancia humana, pues los hijos eran, sobre todo, hijos del padre. Así, “la mujer no era más que el surco inerte en el que el marido depositaba su semilla” (Graves, 2022, p. 468), por lo cual no

tendría sentido establecer una descendencia matrilineal sino patrilineal, y el matricidio estaría justificado si es en pos de defender o vengar al padre².

Además, para enfatizar este hecho, escuchamos la declaración de la diosa Atenea, quien al dar su voto (el que supondrá la absolución de Orestes) afirma: “No tengo madre que me alumbrara y, con todo mi corazón, apruebo lo varonil, excepto el casarme, pues soy por completo de mi padre” (Las Euménides vv.735-740) (Esquilo 2000, p.257), así, dice ser “por completo” de su padre. Esto es importante debido a que el nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus deshace el equilibrio de poder en la antigua religión pre-helénica—conformado por seis dioses y seis diosas— y lo reemplaza por un Consejo Divino, presidido por Zeus (Graves, 2022). Por último, la recompensa que reciben las Erinias por parte de Atenea —quien buscaba su apaciguamiento luego de que el fallo no sea de su agrado— fue su elevación a nivel de deidades protectoras del principio materno llamadas las Euménides, un templo fijo en una gruta en Atenas y la garantía de adoración de todos los ciudadanos de Atenas, pues el hogar que no las adorase, no sería próspero ni fértil. Frente a estas compensaciones, las deidades cesan sus amenazas y aceptan de buena gana el fallo de Atenea. De esta manera, a nivel simbólico, se instituye la elevación de lo materno a nivel de lo divino, pero nunca por encima del principio paternal.

Me detuve en la descripción de este mito fundamental debido a que explica la sustitución del culto a las diosas por el principio patriarcal característico de los cultos posteriores. Es bien sabido que el cristianismo incorpora muchos elementos de las religiones grecorromanas a su propio culto, y el principio patriarcal no fue la excepción. (la forma en la que este principio es incorporado por el cristianismo se revisará en detalle en el capítulo siguiente) Estos paradigmas clásicos permanecerían durante muchos años, como parte de la tradición occidental. Sin embargo, en relación con lo que

² Esta teoría sobre la reproducción fue una forma de entender la reproducción y la gestación en la que la mujer no es más que un receptáculo de la generación masculina. Dicha perspectiva permaneció durante mucho tiempo en el pensamiento occidental. Es preciso diferenciar entre dos ideas contradictorias que existieron en la Antigüedad: la epigénesis y el premorfismo. Para algunos pensadores griegos (tal y cómo identificamos la postura de Esquilo en *La Orestíada*), el premorfismo era la respuesta: la idea de que todo ser estaba presente en el semen como un hombre en miniatura, que solo necesitaba de un espacio para crecer. Por otro lado, para Aristóteles, promotor de la epigénesis, el embrión evoluciona con el tiempo y desarrolla atributos que no existían al principio. Hoy en día, no obstante, que la biología y la genética han permitido estudiar mejor el proceso biológico del embarazo, se conoce que ocurre un fenómeno llamado *microquimerismo*: la placenta controla la migración de células de la madre al feto y del feto a la madre. No como fuga accidental, sino como un proceso controlado en el que dos ADN, dos constituciones genéticas, coexisten en un mismo tiempo (...) la esencia de la reproducción humana (Hustvedt, 2022).

mencionamos sobre *La voluntad del molle* en esta sección, podemos establecer las siguientes conexiones entre los patrones de trama:

En primer lugar, en ambas historias ocurre la muerte de un hijo: Ifigenia, hija de Clitemnestra; y Javier, hijo de Elena. En ambos casos, esta muerte no ocurre de forma natural. En *La Orestíada*, Agamenón, esposo de Clitemnestra, entrega a Ifigenia para sacrificio a los dioses pues cabía la posibilidad que dicho sacrificio contrarrestara los vientos poco favorables para el ejército aqueo en las costas de Áulide (Agamenón vv. 123-190) (Esquilo, 2000), según lo vaticinado por el adivino de los ejércitos. De esta manera, el sacrificio de Ifigenia puede ser leído como un sacrificio en favor del Estado, pues favorecía el interés del ejército aqueo por encima del interés familiar del rey Agamenón, quien expresa

“Grave destino lleva consigo el no obedecer, pero grave también si doy muerte a mi hija –la alegría de mi casa– y mancho mis manos de padre con el chorro de sangre al degollar a la doncella junto al altar (Agamenón, vv.205-215)” (Esquilo, 2000, p. 113). Por otro lado, en *La voluntad del molle*, Javier, acusado de terrorismo (un crimen en contra del Estado), es entregado por el esposo de Elena a la policía para ser torturado y asesinado.

En ambas ficciones, los hechos ocurren en un contexto bélico: La guerra de Troya y el Conflicto Armado Interno, respectivamente. La diferencia es que, mientras Ifigenia es sacrificada siendo casta, señal de inocencia femenina (Esquilo, 2000, p. 113), y sin haber cometido delito, Javier es acusado por terrorismo, por crímenes cometidos con el seudónimo de “camarada Arnulfo” entre los que se encontraba la matanza en la comunidad campesina de Yanaorco, en donde masacra a sus padres adoptivos. Otra diferencia es que, mientras Agamenón sí era padre natural de Ifigenia, razón por la cual su sacrificio le supone un dilema moral (o lealtad hacia su propia familia o hacia el Estado), Javier solo era hijo de Elena, no de su esposo. El dilema ético que le habría supuesto al esposo de Elena hubiera estado entre la lealtad a su esposa, más no a la de su familia. De hecho, la mera existencia de Javier (un hijo producto de una unión anterior) atentaba contra su propia familia, bajo la lógica patriarcal y el principio patrilineal. Sin embargo, sabemos por voz de su hija Elena que este dilema no tuvo lugar y carece de importancia: (“Probablemente lo pensó, ¿mucho, poco?, qué más da”), pues lo que decide al final es entregarlo a las autoridades para que lo ajusticien.

Ambas muertes de los hijos causan dolor en sus madres. Este dolor es sucedido por la ira y de esta brota el deseo de venganza. Dice Clitemnestra al matar a Agamenón:

Ni creo que indigna haya sido su muerte (...) ¿No causó ése a esta casa una desgracia mediante un engaño? Pero, cómo trató indignamente a la flor que me había brotado de él, a mi Ifigenia muy llorada, y ha sufrido su merecido, ¡que él no se jacte en el reino de Hades!, porque ha pagado lo mismo que hizo con la muerte que ha recibido mediante un puñal (Agamenón vv.1521-1529. Esquilo 2000, p. 166)

Elena, según su hija, estaba devastada por la muerte de su hijo, con la vida "...por los suelos, tan abajo, en el inframundo (...) su mirada triste no ofrecía paliativo alguno" (Pacheco, 2016, p. 204). Y durante el momento del asesinato de su marido "...no pudo emitir un solo grito, pero tampoco separó su mirada de la suya" y estaba "con los ojos abiertos, palpitantes, como los latidos que bombeaban su pecho, como la sangre que empezaba a fluir por debajo de su cuello" (Pacheco, 2016, p. 256). Ambas escenas poseen una fuerte carga emocional que dan cuenta de un álgido estado de ira, pero, al mismo tiempo determinación, un sentido de resolución. Nada restituiría la vida de sus hijos, pero con la venganza obtienen justicia.

Para lograr un análisis más profundo que vaya más allá que señalar las coincidencias en la trama de ambas historias, es necesario revisar algunas lecturas feministas que se le han dado a *La Orestíada*. Hemos citado previamente a Robert Graves, quien señala la suplantación ideológica –es decir, el tránsito de un culto matriarcal a una ley patriarcal en el origen de la *polis* ateniense– que representa *La Orestíada* con el juicio a Orestes en el desenlace. Para Julia Kristeva, Electra es el agente principal en la muerte de Clitemnestra más que Orestes mismo, que mata a su madre para liberarse de su familia y ascender a una nueva comunidad supra-familiar: la ciudad, cuya institución ya se había convertido en una necesidad económica y política en Grecia. En *La Orestíada* de Esquilo, Electra le suplica a su fallecido padre al pie de su tumba: "Concédeme que llegue yo a ser mucho más casta que lo es mi madre y más piadosa con mi mano" (Las Coéforas vv.141-143)" (Esquilo, 2000, p. 183) frase que expresa un posible juicio de Electra hacia Clitemnestra, no solo por el modo en el que Clitemnestra asesina a Agamenón (con engaños, envolviéndolo en una red cuando iba a tomar un baño y acuchillándolo una

vez envuelto) sino también por tener a Egisto de amante. Asimismo, Electra señala que Clitemnestra “...siempre ha tenido sentimientos impíos para sus hijos (*Las Coéforas* vv.191-192” (Esquilo 2000, p. 184), señala “odiarla justamente” (*Las Coéforas* vv.241, Esquilo, 2000, p. 186) y la acusa de ser “cruel y audaz en todo” al narrar el falso cortejo fúnebre que su madre organiza tras asesinar a su padre (*Las Coéforas* v.430)” Esquilo 2000, p. 193). Para Kristeva (1986), las *Electras* actuales—“prohibidas por siempre de sus himenes” se vuelven mujeres militantes de la Ley del Padre, figuras dramáticas que surgen en el punto donde el consenso social arrincone a cualquier mujer que desee escapar de su condición subordinada³.

Posteriormente, Luce Irigaray revisaría este mito y coincidiría con Graves al mencionar que el matricidio mítico, representado por el asesinato de Clitemnestra, es el momento fundacional de la civilización bajo la ley paternal (Hirsch, 1989, p. 31). Pero su lectura va orientada sobre todo hacia la subjetividad de los personajes. Ella ve en Clitemnestra un personaje transgresor que “debe morir, porque no es la madre virgen que es un ideal cultural: es apasionada y sexual, es culpable de haber asesinado a su esposo —y lo peor de todo— es políticamente activa y consciente” (Hirsch, 1989, p. 30). En *La Orestíada*, en muchos momentos Clitemnestra se atreve a contradecir a su esposo, el rey, por lo cual su carácter es juzgado como poco femenino. Por ejemplo, Agamenón le señala que “no es propio de una mujer estar deseosa de discusión” (*Agamenón* v. 940) (Esquilo, 2000, p. 141), cuando Clitemnestra debate con él sobre las formas de su recibimiento. Asimismo, tras asesinar a Agamenón, Clitemnestra acusa al Coro de juzgarla severamente por sus acciones, pero no haber hecho lo mismo con Agamenón cuando este ordenó el sacrificio de Ifigenia. Si bien estas acciones suceden en el contexto previo a la trama de *La Orestíada*, el Coro narra las acciones como lamentables y crueles: “Ni súplicas ni gritos de ‘padre’, ni su edad virginal para nada tuvieron en cuenta los jefes, ávidos de combatir” (*Agamenón* v.229) (Esquilo, 2000, p. 114). Asimismo, el mayor juicio hacia Clitemnestra viene por parte de sus hijos, como se ha ejemplificado anteriormente. Solamente una vez Electra menciona a Ifigenia, “Sacrificada sin piedad

³ Julia Kristeva basa su análisis en la Electra de la tragedia escrita por Eurípides en vez de la versión de Esquilo, sin embargo, he considerado los fragmentos en los que se expresa la ira de Electra hacia su madre para señalar las semejanzas en el sentir del personaje.

(*Las Coéforas*, vv.240- 242)” (Esquilo, 2000 p. 186), pero sin aludir directamente a su padre. Por todo lo expuesto es posible afirmar que, en la tragedia de Esquilo, quien es juzgada más severamente y recibe un castigo equiparable con su crimen es Clitemnestra.

Para la filósofa feminista Mary O’Brien, Esquilo niega la feminidad de tres maneras: “en la ausencia de madre de Atenea, en la transformación de Clitemnestra en agente de muerte en vez que de vida y en la conversión de las Erinias en seres benévolos conocidos como Euménides, es decir, en la erradicación de su “monstruosidad”. De esta manera, para O’Brien, Esquilo puede probar que la supremacía masculina y el control masculino de la ley son tanto objetivos como justos” (Hirsch, 1989, p. 32). Para Hirsch, no obstante, la obra de Esquilo es síntoma de algo más: el silenciamiento de las madres en la cultura, y, por añadidura, el silenciamiento de la furia materna ante la separación de la hija. La furia de Clitemnestra, para Hirsch, es vista como una amenaza al orden establecido, un orden que, como hemos revisado anteriormente, exige la separación del hijo/a de la madre para la adquisición de una identidad sexuada que le permita una entrada a la cultura, a “Lo simbólico”. Para ella, esta historia ilustra cómo la cultura occidental representa la posición de la madre en una configuración familiar y social en la cual las mujeres llevan hijos en su cuerpo, los paren y luego renuncian a ellos en un mundo donde ellas mismas son impotentes de determinar el curso del desarrollo del niño/a (Hirsch, 1989, p. 36). Si en el mito de Deméter/Perséfone, aún se permitía una identificación dual (con la madre y con el esposo, de forma intermitente); en *La Orestíada* la lealtad exige una completa identificación con la Ley del Padre, representada en los personajes de Orestes, Electra, Apolo y Atenea.

Es de esta manera que se representa la furia materna en el imaginario social: como una fuerza indomable e incontenible, capaz de destruir la vida y deshacer toda posibilidad de fertilidad. Recordemos la amenaza de las Erinias: verter sobre la tierra una lepra que “...al precipitarse sobre el suelo, sembrará en el país pestes destructoras de los seres humanos” (*Las Euménides* v.815) (Esquilo, 2000, p. 260). Atenea debe apaciguarlas para evitar que su venganza caiga sobre Atenas. Al ofrecerles un templo, las restringe a un solo lugar. En otras palabras, las Erinias son domesticadas. Su furia no llega a ser legitimada. De igual manera, en Clitemnestra, la ira por la pérdida de Ifigenia la lleva al

adulterio, la violencia, la ambición y, en última instancia, al asesinato (Hirsch, 1989, p.37). Su ira, pese a ser originada por el duelo de su hija, nunca es considerada como “maternal”; pues la ira está excluida de las emociones que encierran las concepciones de lo materno. Cuando el coro le reclama por el asesinato de Agamenón, Clitemnestra acusa su doble rasero:

Dictas ahora como sentencia mi destierro de la ciudad, el odio de los ciudadanos y maldiciones a gritos del pueblo; pero no te enfrentaste antaño a este hombre [Agamenón] que, sin darle importancia, como si se tratara de matar una res entre los rebaños de hermoso vellón, cuando superabundan las ovejas, sacrificó a su propia hija, mi parto más querido, como remedio contra los vientos de Tracia (*Agamenón* vv.1412-1420). (Esquilo, 2000, p. 163)

Como mencionamos anteriormente, en Esquilo la asimilación de la Ley del Padre y su identificación plena con ella se personifican en Orestes y Electra. Por un lado, Electra, la hermana que permanece en casa tras el asesinato de su padre, aborrece a Clitemnestra –se refiere a ella como homicida y la acusa de “siempre haber tenido sentimientos impíos contra sus hijos” (Esquilo, 2000, p. 184), en *Las Coéforas* (v.192)– y se reúne con Orestes para planificar el asesinato de su madre, del cual es cómplice. Por otro lado, si bien Electra planifica el matricidio, es Orestes quien lo comete, clavando el puñal en el mismo pecho que Clitemnestra desnuda para mostrarle el vínculo físico que los ata (Esquilo, 2000, p. 213). La alianza de Orestes y Electra sella el destino de Clitemnestra, sus propios hijos se vuelven en contra de ella y han suscrito la Ley del padre. Esta alianza fraterna simboliza el destino final de la ira materna: el silencio, a cualquier costo.

En este sentido, en *La voluntad del molle* observamos todo lo contrario. Se establece una alianza fraternal, sí, pero totalmente en favor de la madre. A lo largo de la novela, vemos cómo Elena y Elisa se acompañan en el atribulado transcurso de sus averiguaciones en el baúl de su madre. A través de los descubrimientos parciales en la correspondencia de Alejandro, unidos a los testimonios de los familiares, las hermanas comienzan a identificarse con su madre y con su dolor. Primero por el secuestro de su hijo a manos de su propia madre–la abuela de las hermanas–, luego, con las constantes humillaciones que sufrió por parte de su esposo–padre de las hermanas– y finalmente, con la noticia de la muerte de su hijo –su hermano. Este descubrimiento es gradual, de

manera que en la novela se puede identificar una transformación de la subjetividad en Elena-hija, la narradora, y en su hermana Elisa. De esta manera, se evidencia cómo las frases dulces reservadas para Mamá Gema y su esposo (“mi abuelita, la de las manos más suaves del universo” (Pacheco, 2006, p.43), se convierten en acusaciones tras conocer la verdad sobre “¡(...) esos monstruos!” (ibíd., p. 58). De igual manera, su padre, al que Elena “adoraba” y quien le había dado, “una niñez llena de amor y juegos”, y “seguridad en sí [mí] misma” (ibíd., p. 109), y de quien no tolera, “le sea ajeno” ante la posibilidad de que no sea hija suya, se convierte en “sin llegar a ser un cavernícola, [...] un hombre machista” que muestra señales de gozo al proferir palabras hirientes contra su madre (Pacheco, 2006, p. 155). Ante esto, la narradora recuerda cómo ella y su hermana “saltaban en defensa de mamá” (ibíd.). El momento en el que evocan aquel recuerdo es justo tras enterarse de que su padre se había molestado al conocer la existencia de Javier. Todos los episodios descritos darían cuenta de un desplazamiento afectivo, desde una defensa de la Ley del padre –personificada en su padre y en su abuela materna– hacia una defensa de su madre, de sus motivos y de su causa. Esto se evidencia, sobre todo, en dos escenas al final del libro.

La primera, se muestra en la visita a Alejandro, el amante de su madre, en la prisión de Qenqoro. Estando allí, se muestran múltiples señales de cómo empatizan con su dolor, e incluso sienten cierta responsabilidad por su apriamiento. En palabras de Celis (2019), las hermanas tienen el propósito de “hacer propio a Javier”, por lo cual la incomodidad causada por estar en un ambiente de naturaleza hostil, como lo es la prisión, para acercarse a Alejandro es necesaria pues es “uno de los pocos recursos que tienen disponibles para poder reestablecer los lazos afectivos con su hermano” (2019, p. 103). Cuando Elena hija ve a Alejandro, frente a un gesto de cortesía tiene “ganas de precipitar[se] a prepararle el asiento para que le fuera el más cómodo del mundo” (Pacheco, 2006, p. 252). Identifica, en la sonrisa de Alejandro, la sonrisa de su madre “cada vez que nos abrazaba o era feliz por alguna de nuestras alegrías” (2006, p. 252) y, en la conversación que “empezó a fluir” (p. 253), no se muestran reclamos o recelo, sino más bien regocijo en poder compartir, por fin, el secreto de las cartas y los recuerdos de su madre. Alejandro les entrega la otra parte de la correspondencia, es decir, las cartas escritas por Elena, y la narradora reflexiona: “Salvo mi madre, cada persona en mi familia

le había arrebatado todo” (Pacheco, 2006, p. 254). A lo largo de ese capítulo, el tono emocional que se percibe en la protagonista es tanto de deuda hacia Alejandro como de alegría por la reunión con él, como una oportunidad de compartir con alguien más el duelo por Elena. La visita a Alejandro es símbolo de la reconciliación de las hermanas con el pasado tortuoso de su madre, develado a lo largo de sus averiguaciones. Dicha visita también puede ser vista como signo del perdón hacia la doble vida que llevó su madre, motivado, en gran parte, por el entendimiento de que entre los motivos que la llevaron a hacerlo se encontraba el amor por ellas. Pese a que en este punto de la historia ya es evidente el papel de Elena en el asesinato de su marido y padre de sus hijas, no existe indicio de reclamo alguno ni de búsqueda de venganza. La protagonista, en la identificación con su madre, se ha alineado con su causa. Al mismo tiempo, el no demandar justicia por el asesinato de su padre, debido a que ha entendido los motivos que su madre tuvo para hacerlo, es una muestra de su ruptura con la Ley del Padre.

La segunda escena que evidencia esta ruptura se produce en el final, cuando ambas hermanas visitan a Matilde. Allí es que finalmente reconocen a Alejandro como hermano suyo, de forma plena. Junto a Matilde, recuerdan cuando Elena-madre llevó a la hermana menor, Elisa, y su primer encuentro con Javier cuando ambos eran niños. Al mismo tiempo, imagina el momento del entierro de los restos del cuerpo seccionado de su hermano, bajo el molle en el cual su madre y Matilde “escarbaron la tierra más negra y más fértil del valle sagrado” (2006, p. 258) y, luego de depositar los restos, la volvieron a cubrir “con la misma tierra, con sus propias lágrimas, con un puñado de azúcar” (Pacheco, 2006, p. 258). Elena abraza ese mismo molle y pensando en su madre “ya sin miedo, ya sin la menor duda”, le susurra al recuerdo de su hermano: “Aquí estoy, contigo. Para siempre” (p. 259). En este acto, pues, lo declara plenamente como hermano suyo. No como “medio hermano” pues asume el lazo materno como suficiente para legitimar su conexión con su hermano. Así, la novela muestra cómo importan más los lazos maternos que la Ley del padre, cuyos prejuicios machistas y racistas habrían impedido y juzgado esa reunión. Este es el lazo que resquebraja la institución de la maternidad, que involucró dolor, pérdida y muerte, para dar lugar a una reconciliación más allá de la muerte, que se da en el recuerdo y en la restauración de los lazos fraternales por vía materna.

Hemos visto cómo el cambio de alianza, de la Ley del Padre hacia la defensa de la madre se da en *La voluntad del molle* en dos momentos: el perdón hacia la madre expresado en la visita a Alejandro en prisión y la asimilación de Javier como hermano, en la visita a sus restos en la casa de Matilde. Se establece así una distancia frente a la lógica patriarcal, según la cual su madre habría sido juzgada de “poco maternal” por haber tomado la vida del padre de sus hijas, lo cual representaría, en cierta forma, el despertar de una conciencia feminista en la protagonista, quien se asume como parte de una nueva generación que es capaz de ver los paradigmas machistas y racistas con los que ha sido criada y decidir separarse de ellos. Según la clasificación de las tramas materno-filiales de Hirsch (1989), *La voluntad del molle* sería una novela familiar feminista, debido a que no solo se muestra una separación en relación con los padres del pasado sino también del patriarcado (...) en favor de las alianzas femeninas. Sin embargo, no llegaría a conformar un discurso materno, puesto que la historia de la madre, si bien recopilada y ordenada, nunca llega a ser oída en su propia voz. Como lectores, nunca llegamos a acceder a la voz de Elena-madre en primera persona, siempre es un “yo” mediado por su hija, quien reconstruye sus recuerdos a través de su propia subjetividad. Si bien para Cárdenas, las hermanas “...en este proceso, logran dar voz a la madre que en vida había sido obligada al silencio” (2018, p. 19), esto es solo parcialmente cierto, puesto que la historia que las hermanas recobran, siempre se encuentra narrada a través de sus propios recuerdos y de acuerdo con las partes de la historia de su madre que ellas desean averiguar. Incluso, la ira que sintió su madre al decidir la venganza sobre su esposo, es narrada de forma cautelosa por su hija, completando con silencios los deseos de su madre quien, para ella, “hubiera querido gritar”. La ira de Elena es justificada por su hija narradora, aplacada por el hecho de que quizás “sus piernas flaquearon al pensar en sus hijas” y por el alivio de que al menos su padre había estado feliz el último día de su vida, hasta el último minuto de conciencia, como las hermanas habían elegido creer antes de saber la verdad. En todo momento en la novela la historia de Elena es contada en función de las necesidades de su hija, quien es curadora inconsciente del recuerdo que ella desea guardar de su madre y de todo lo que le es útil para su proceso de auto-identificación. Si bien existe una reunión y un cambio de alianza, del padre hacia la madre, en ningún momento la madre pasa a ser sujeto: permanece como objeto. En corto, parafraseando a Suleiman (2020), la madre no narra, está narrada, o más bien, es

narrada por su hija. Sin embargo, aún así trasciende los cánones clásicos en los que lo materno se encuentra representado. Si en *La Orestíada*, Clitemnestra, al expresar su ira en forma de venganza, deja de ser maternal, en *La voluntad del molle* esta ira, esta venganza, es expresada como maternal. Por último, cuando Elena decide vengarse por la muerte de su hijo asesinando a su marido y las hijas legitiman esta elección al asumir a su hermano fallecido como propio, la ira maternal se muestra como aceptable. Pese a que Elena permanece silenciada, accediendo al discurso solo a través de la mediación de su hija (de la hija que lleva su mismo nombre), sus decisiones son justificadas. No existe un miedo inconsciente hacia la omnipotencia materna y su poder destructivo, por el contrario, su amor maternal (expresado en las cartas escritas por ella que reciben las hermanas de manos de Alejandro) tiene el poder de construir lazos de afecto incluso después de su muerte.

En conclusión, hemos visto cómo las novelas de Karina Pacheco pueden ser analizadas usando modelos clásicos de trama en función de las relaciones materno-filiales que presentan. Asimismo, he expuesto cómo el análisis intertextual de estas novelas con los mitos griegos elegidos permite visibilizar permanencias a nivel narrativo, pero también transformaciones profundas en la representación de la evolución de las relaciones entre madres e hijas, así como en la representación de la ira materna. Esto es importante debido a que, a menudo, estas narrativas son usadas para explicar el papel de la separación/reunión con la madre en el proceso de adquisición de la identidad de las mujeres y la formación de la subjetividad femenina. En este sentido, hemos mostrado cómo en las novelas de Karina Pacheco se ofrecen modelos que favorecen la reunión con la madre y alianzas fraternales, que transgreden el principio de la Ley del padre y, por último, que exponen y muestran una ruptura con los modelos machistas y racistas existentes.

CAPITULO II: LA MATERNIDAD BAJO LA VIOLENCIA EN LA VOLUNTAD DEL MOLLE Y LAS ORILLAS DEL AIRE

2.1 La ideología de la institución de la maternidad: virginidad, marianismo y legitimidad de los hijos en *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*

Las novelas de Karina Pacheco visibilizan la forma en la que la cultura patriarcal mantiene sus valores a través del control de los cuerpos de las mujeres, sean hijas o madres, y la amenaza de la violencia a cualquier intento de escapar de este control. Una de estas formas es la garantía de la virginidad de la mujer, sobre todo antes de contraer un acuerdo matrimonial, lo cual aseguraría la legitimidad de los hijos que nazcan dentro de este. En el presente capítulo, describo brevemente el origen de algunos discursos – predominantes en el contexto latinoamericano– en torno a esta violencia discursiva para luego explorar cómo las novelas de Pacheco subvierten estos paradigmas a través de las historias de las figuras maternas, en las cuales la sexualidad materna es expuesta bajo otra luz y en vez de ser condenada, es un mecanismo que pone en marcha la trama materno-filial y, como tal, posibilita la reunión de las protagonistas con el pasado silenciado de la figura materna, a través de la identificación y la empatía.

En primer lugar, debemos identificar de dónde se obtiene arquetípicamente la figura de la madre en la tradición occidental y judeo-cristiana. Es sobretodo esta última vertiente la que alimentaría los discursos de la maternidad en torno a la primacía de su figura principal: La Virgen María. En *Madre mía que estás en el mito* (2016), Michelle Roche profundiza sobre la Virgen María como el discurso fundacional de la maternidad en Occidente. A lo largo del libro explica los procesos históricos y las necesidades teológicas que conformaron las características de María como figura histórico-religiosa, y su diferencia con otras deidades femeninas del mundo antiguo. En dicho sentido, la necesidad de la virginidad de María fue una parte esencial de la conformación de la divinidad de Jesús, y, por lo tanto, de la cristiandad. Roche (2016) señala:

[...]si solo era la parte humana de Jesús lo que había engendrado una mujer, los padecimientos de su muerte no habrían sido los de Dios, sino los de un humano, irrelevantes. Sin la redención, el cristianismo perdía la promesa del Reino, su

atractivo primordial para la masa puesto que era allí donde veían reivindicadas las penas de la tierra. (p. 126)

La necesidad de la divinidad de María dentro de la narrativa mesiánica surge para afirmar la naturaleza tanto divina como humana de Jesús. Esto dio lugar a una serie de discusiones sobre la feminidad y la maternidad en el cristianismo, ya que en la figura materna se encontraba la garantía de la humanidad de Jesús. Pero en la virginidad se encontraba la proyección de su naturaleza divina. Es preciso recordar, tal y como vimos en el capítulo anterior en el análisis de *La Orestíada*, que hasta hace relativamente poco tiempo (en términos históricos amplios) prevalecía la noción de que era el hombre quien aportaba en la reproducción toda la materia que conformaba un nuevo ser humano, la cual depositaba dentro de la mujer durante el acto sexual. Desde esta perspectiva, la mujer solo sería un recipiente de este ser (Roche, 2016, p. 131). Si bien el mundo griego tenía deidades femeninas vírgenes, la virginidad en sí no era un símbolo de su divinidad o virtuosidad, sino más bien una característica de autonomía con respecto a las divinidades masculinas. Es con el cristianismo y la figura de la Virgen María que la virginidad se convierte en la forma mediante la cual la feminidad adquiriría características divinas. ¿Qué implicancias puede haber tenido esto sobre la maternidad? Como expresa Griffin (1971) en *Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad*:

[...] el paradigma de la madre, 'la Madonna', era una virgen; que la maternidad implica una especie de asexualidad; que las madres son símbolos de pureza. (...) [La madre] tiene que sacrificar su sexualidad. (p. 51)

Es de forma paradójica que se establece esta separación entre la Virgen/la Madre, resuelta por el discurso religioso a través de la institución del misterio de la Inmaculada Concepción como hecho milagroso. Este binomio, sin embargo, permeó el sentido común del mundo cristiano de occidente y fue impuesto en el territorio latinoamericano a través de la colonización en el siglo XV. La forma específica en la que estas imágenes de la maternidad fueron transmitidas en el mundo occidental, con especial énfasis en el caso latinoamericano, fue estudiada por Lucía Guerra en su libro *La mujer fragmentada: Historias de un signo*, publicado en el año 2006.

Guerra (2006) explica cómo "la sexualidad femenina es, en este discurso inquisitorial [latinoamericano] un sinónimo del fuego como signo bisémico del infierno y la boca

insaciable de la vulva” (p. 48). Es por esta razón que al fuego del pecado se le imponía el fuego purificador del castigo representado por la hoguera a la cual se condenó a muchas mujeres acusadas de hechicería. También nos dice que la Virgen María, como madre de Jesucristo, estaba eximida de esta sospecha de condena puesto que en ella “la boca de la vulva está herméticamente cerrada y, por ende, no existe” (Guerra, 2006, pp. 48-49). Esta fue la imagen que fue impuesta de forma violenta, durante la Conquista.

En el caso de las mujeres casadas, se asumía que luego de la consumación del matrimonio, el himen sería abierto por la penetración del cónyuge, lo cual suponía tanto una subordinación de la mujer con respecto a su esposo, como la pérdida de cierto valor derivado de su estatus virginal. Sin embargo, se le seguía exigiendo la misma virtud de castidad y fidelidad, adjudicando a su cuerpo la función exclusiva de producir hijos dentro del matrimonio. La castidad, pues, es asegurada a través de la reclusión de la mujer casada dentro del espacio cerrado del hogar.

Así es que se crea un modelo de identificación automática de la condición de mujer con lo maternal como destino único. Este modelo naturaliza y restringe las virtudes de la mujer a su posibilidad de engendrar hijos y crea para ellas un orden ético particular centrado en los valores cristianos de fidelidad, modestia y pudor (Guerra, 2006, p. 71).

Estos valores fueron los que, luego del proceso de la colonización, se extendieron por todo el territorio latinoamericano durante el virreinato y permanecieron incluso luego de los procesos emancipadores como parte de los valores fundacionales de los nuevos estados-naciones del siglo XIX. Como señala Guerra (2006):

El rol primario de la maternidad continúa, por lo tanto, siendo la celda que previene a la mujer de una verdadera participación en el devenir histórico, aunque, en el siglo XIX, este se postule bajo los principios igualitarios de la democracia y el justo acceso a la educación. (p. 79)

De igual manera, se sabe que la conquista de los derechos del acceso a la educación se dio para las mujeres en atención a su rol de educadoras de los hijos. El contexto social convulso y bélico de las primeras etapas de las nuevas repúblicas exigió revisiones a la forma en la que las personas (futuros soldados y futuras madres de soldados, de acuerdo a la visión de la época) serían educadas. Las mujeres intelectuales de la época

aprovecharon este contexto e hicieron uso estratégico de su destino materno ineludible para exigir su aceptación en el sistema educativo público (Díaz, 2020). Como señala Guerra (2006), desde una perspectiva ética, la maternidad coloca a la mujer en un rol de responsabilidad y cuidado para con sus hijos que excede el momento del parto, incluso cuando en el orden simbólico que predomina, la protección y el status de los hijos depende, en gran parte, de la figura paterna. En la inserción social de los hijos, es el nombre del padre el que otorga la legitimidad y prestigio. Según Rich “La maternidad es ‘sagrada’, con la única condición de que la descendencia sea ‘legítima’; es decir, mientras el niño lleve el nombre del padre, quien legalmente controla a la madre” (2019, p. 89). Como mencionaba Kate Millet en su descripción de la política sexual, los valores patriarcales se sustentan en el control del cuerpo de las madres cuya función primordial es la de brindar hijos legítimos a la sociedad a través de la institución familiar. Cualquier escenario que se aleje de esto, incluso al día de hoy, supone una transgresión. Estos discursos son los que prevalecen y forman parte de los valores sobre los cuales la sociedad occidental se sostiene. “Que el único rol posible de la mujer haya sido la maternidad, tuvo y sigue teniendo implicaciones increíblemente importantes” (Guerra, 2006, p. 229)

Estas implicaciones, y cómo están relacionadas con los valores de virginidad y legitimidad de los hijos, aparecen también en las dos novelas de Karina Pacheco abordadas en la presente investigación. Sin embargo, lo hacen de forma subversiva y desde una mirada distinta. En la exploración que realiza la hija sobre la vida de la madre/abuela se cuestionan los imperativos éticos tradicionales y se resignifica la relación entre ellas (la madre y la hija) a partir del cuestionamiento de esos imperativos. En el transcurso del descubrimiento se ponen en marcha la empatía y búsqueda de la identificación con la madre antes del juicio sobre la forma en la que ejercieron su rol materno.

Al inicio de *La voluntad del molle*, somos testigos de cómo la protagonista, Elena, se entera a través de un baúl lleno de cartas que su madre había mantenido una relación extramatrimonial con un hombre desconocido para ella y su hermana. La reacción, al enterarse de este hecho y de la importancia que tuvo esta relación en la vida de su madre, es, en primera instancia, de nervios:

El papel temblaba en mis manos mientras entendía que ese hombre se dirigía a mi madre con una confianza antigua y con unas palabras cargadas de pasión, señalando cuánto soñaba con volver a tenerla entre sus brazos, a contemplarla mientras dormía (...) Estas palabras indicaban que no era un amante que hubiera surgido tras la muerte de papá. (2006, pp. 28-29)

La narradora describe cómo “el papel temblaba en sus manos” a medida que iba comprendiendo las dimensiones de este hecho y el nivel de detalle y apasionamiento con el que este amante se dirige a su madre. A medida que continúa leyendo, aparecen nuevas emociones conforme se da cuenta de lo que este descubrimiento supone: “Sentía rabia porque ella lo hubiera engañado, como lo había hecho con nosotras, pero también un sentimiento de tristeza porque no hubiera logrado sobrevivir esos tres años para ser feliz con ese otro hombre que parecía adorarla” (2006, p. 29).

La rabia que siente por la mentira de su madre, hacia ella y hacia su esposo es reemplazada por la tristeza causada por el duelo reciente de su madre, así como la aceptación de que este amante aún desconocido pudo haber hecho feliz a su madre durante esos años. Esta realización nos anticipa la tristeza de la madre durante sus últimos años de vida que la protagonista nos narraría luego. Estas emociones experimentadas por Elena-hija, son contrapuestas a las de Elisa, su hermana. Cuando Elisa encuentra una llave desconocida, surge entre las dos el siguiente diálogo:

–“¡Qué se yo! ¡Con tal de que no sea la llave de otro baúl donde ha escondido a otro amante! – repuse riendo.

–¡Ahorita mismo no estoy para bromas! – respondió Elisa” (p. 30).

Mientras Elena-hija ha pasado por las emociones de nervios, rabia ante el engaño, tristeza por su madre y ahora, pese al poco tiempo transcurrido, encuentra una forma de bromear ante semejante descubrimiento con la idea de que su madre pudiera tener “otro amante”, su hermana Elisa parece continuar molesta y con tono grave. Notamos cómo Elisa asume una postura de mayor preocupación y seriedad con respecto a las implicaciones de este descubrimiento. De por sí, ya hay suficiente información para asumir que su madre tuvo un amante durante su matrimonio, lo cual implica la ruptura con los modelos de fidelidad conyugal y asexualidad materna explicados anteriormente.

Sin embargo, la reacción de las hermanas al revelarse este secreto no es la de juzgar a su madre y cerrar el asunto por considerarla una persona condenable, sino la de querer descubrir los motivos que causaron este ocultamiento, más allá de los evidentes. Ambas hijas son capaces de identificarse con su madre puesto que, como mujeres contemporáneas, son conscientes de la condena social que suele recaer de forma diferenciada sobre las mujeres cuando expresan su sexualidad. Es preciso recordar que, al inicio de la novela, ambas hermanas se encuentran en relaciones sentimentales que asumimos monógamas, pero ninguna está casada. Además, como muestran los diálogos, ambos personajes se muestran capaces de ver la obsolescencia de ciertos discursos en torno al matrimonio, cuestionados por su generación. Finalmente, Elisa también expresa empatía por su madre cuando pondera las dificultades que pudo haber tenido al mantener este secreto durante todo este tiempo: “–¡Qué doble vida llevó mamá! ¡Cuánto le habrá costado callarla! – reflexionó mi hermana” (p. 30).

Cuando acuden a visitar a su tía, Julia Solís, con el fin de obtener más información sobre la juventud de su madre y las fechas en las que, según la correspondencia, comenzó la relación con este amante, se encuentran con un lado antes desconocido para ellas.

–No me imagino a mamá, y menos tan joven, yendo a la caza de un profesor– comenté y me empecé a reír.

–Yo tampoco– añadió Elisa.

–Pues sí, tendrían que imaginársela, porque Elena, con todo lo flaquita y delicada que era, tenía un carácter [...]. (p.72)

La idea de que su madre, de joven, habría “ido a la caza de un profesor” le resulta graciosa a Elena. A la pasividad relacionada con la idea de la madre se le contrapone un rol activo (“ir a caza de”) en una dinámica de cortejo sentimental. La respuesta de su tía Julia, al mencionar el carácter de su cuñada, deja traslucir que Elena-madre, de joven, también iba a contracorriente de los roles femeninos de su época y los valores sociales impuestos por su familia. Sin embargo, los hechos trágicos que suceden a raíz de la oposición de sus padres a aceptar su relación con Alejandro la vuelven dócil y triste. La crueldad que es ejercida por su madre Gema basta para mantenerla dentro de los estándares de “lo esperado”, por lo cual, resuelve que es inútil rebelarse, y antes de

enterarse del destino de su hijo secuestrado, accede a casarse con el padre de Elena y Elisa, un prospecto más “adecuado” para ella, según la opinión de su familia. Los momentos de rebelión, a partir de entonces, serían escasos y narrados por Elena-hija, a medida que va descubriendo el pasado de su madre y asociando los testimonios que encuentra con los recuerdos de su infancia. De pronto, algunas frases cobran sentido gracias al contexto del contenido del baúl, como las respuestas mordaces a su abuela o la resistencia a visitarla tanto. Si bien el comportamiento de Elena-madre, de acuerdo a lo descrito por su hija sería, la mayor parte del tiempo, no tan distante de un rol de madre tradicional (como ama de casa y esposa obediente), se deja entrever, en las excepciones narradas y en el descubrimiento de Alejandro, que estuvo en constante negociación con estos roles, escondiendo pasajes de su vida a su esposo y mostrando ira contenida frente a las injusticias que sufre a manos de su familia.

Asimismo, sabemos que tuvo un hijo con Alejandro, Javier. Esta es quizás una de las transgresiones más grandes que Elena-madre realiza. La existencia de Javier es la prueba viviente del nexo que Elena y Alejandro compartieron. Con relación a esto, Rich (2019) señala:

El amor cortés y su tradición consideraron el matrimonio como lo que eran realmente—un afianzamiento de la propiedad—, y situó las auténticas manifestaciones emotivas, la fuerza y la energía vital, en el ámbito del amor-pasión: una relación secreta y muchas veces predestinada. Concebir un hijo del hombre por quien se sentía aquel amor-pasión equivalía a afirmar la singularidad de aquel amor; significaba llevarlo a una consumación tangible. (...) Así, el hijo no solo se convertía en la expresión del amor prohibido, sino de la integración del amante en el cuerpo de la amada. (p. 223)

El paradigma del amor romántico supone la existencia de relaciones pasionales que exceden o están por encima de las convenciones sociales. De esta manera, los amantes se entregan a una pasión sin igual sin medir las consecuencias. La consumación de su pasión, a veces, resulta en la concepción de un hijo fuera del matrimonio. Este es el caso de Elena-madre, puesto que no estaba casada con Alejandro cuando esto sucedió. Es decisión de la abuela Gema ocultar toda la evidencia con el fin de mantener las opciones matrimoniales de su hija. La develación de este secreto, para Gema —que es quien

encarna el discurso hegemónico sobre la raza y la maternidad en esta novela– pondría en peligro la posibilidad de la hija de casarse con un “buen hombre” ya que la mera sospecha de haber perdido la virginidad pondría en tela de juicio su valor como mujer y la descartaría como prospecto. Sumado a esto, el hecho de haber tenido un hijo resultaría algo muy escandaloso para la familia. Esta historia es ocultada y Elena se casa con la persona que sus padres aprueban. Entonces, de acuerdo a la institución matrimonial bajo el patriarcado, según el concepto de Millet (2019), Elena-madre pasa de ser propiedad de sus padres a ser propiedad de su marido, quien ahora sería el encargado de cuestionarle esta transgresión cuando descubre la existencia de Javier, en el momento en que Elena se embarca en la búsqueda de su hijo.

Cuando Elena-hija reflexiona sobre lo que supuso el reconocimiento de la existencia de Javier para el matrimonio de sus padres, toma en cuenta la forma en la que el mandato de virginidad pudo haber afectado a su madre o influido en la reacción de su padre:

Hasta ese momento, apenas me había detenido a pensar en cómo habría asimilado papá el hecho de casarse con una mujer que no era virgen. Mis padres se casaron en una época y en un ambiente en que la virginidad era sacrosanta y pertenecían a familias en las que se condenaba drásticamente a ‘una mujer con pasado’. Aunque mis abuelos hubieran conseguido esconder, si no tapiar literalmente en una celda el pasado de mamá, dudo que entonces contaran con los medios para recuperar su definitivamente perdida virginidad, pues ella **no solo se había acostado con un hombre, sino que había tenido un hijo por parto natural**. (énfasis personal, Pacheco, 2006, p. 113)

Si bien Elena-hija reconoce al mandato de virginidad como propio de “otra época”, una ajena a la suya, y usa un eufemismo para señalar que su madre había mantenido relaciones sexuales con otro hombre antes que su padre (“mujer con pasado”); en su reflexión se evidencia cómo el discurso en torno a la pureza y la integridad física del himen como símbolo de la castidad de la mujer siguen vigentes en su imaginario social. Las últimas líneas muestran la forma en la que el discurso predominante se hace presente a través de la perspectiva de Elena. Si bien su actitud no es de juicio directo, sí expresa su preocupación por la forma en la que la anatomía de su madre podría haber

revelado su experiencia de maternidad previa. Esta escena es un ejemplo de cómo el discurso mariano sobre la virginidad se evidencia en esta novela.

También en esta novela, el padre, pese a no ser tan relevante como la protagonista o su madre, adquiere un rol significativo al encarnar la forma en la que el poder y el juicio ético-moral recae sobre su esposa. Como se ha mencionado antes, Elena-hija expresa un cambio de actitud con respecto a su padre a medida que recuerda los momentos en los que su padre juzgaba a su madre por este secreto, incluso delante de sus hijas. Así, el padre de Elena se convierte en “la voz/ley del Padre”, es decir, la forma en la que el discurso hegemónico penetra el espacio íntimo. Como explica Pina (2005): “¿Dónde es que se encuentra [la voz del padre]? Absolutamente en todas partes. Es la voz que hace que las cosas estén ‘en orden’, es la voz que clasifica” (p. 298). En última instancia, es su voz la que penetra todo, y que tiene la última palabra sobre los demás miembros de la familia. Al caer en cuenta de esto, Elena-hija reflexiona:

Yo no podía olvidar que mi padre, sin llegar a ser **un cavernícola, era un hombre machista**. No creo que pasara como una pildorita la rabia al descubrir que mamá le había mentado, que jamás había sido suya exclusivamente y que además tenía otro hijo. Nunca se le quitó esa rabia (...) en múltiples ocasiones le había proferido palabras humillantes, hirientes. Yo llegué a observar en él un **cariz de gozo** mientras decía cosas como ‘tú no eres precisamente profesora de ética para hablar de quién es corrupto en este país’. (énfasis personal, 2006, p. 155)

La hija, en esta reflexión, toma distancia de la voz del Padre y, a través de la identificación con la madre al descubrir su trágica historia y el destino de Javier, juzga la forma en la que trató a su madre por razones relacionadas con su condición de mujer (“era un hombre machista”). Al hacer esto, Elena-hija también concibe una opinión sobre el tipo de sociedad en la que se encuentra y los valores patriarcales que la rigen. Asume que el juicio que recayó sobre su madre bien podría aplicarse sobre ella misma con las mismas palabras “humillantes, hirientes” de forma injusta. El gesto más revelador, no obstante, es cuando expresa que pudo notar en su padre un “cariz de gozo” al emitir esos juicios, silenciando cualquier opinión que pudo haber expresado su madre sobre la situación política del país y sus gobernantes. La sexualidad femenina, y sobre todo, la sexualidad materna, es usada como un mecanismo de silenciamiento pues

la vergüenza que esta provocaría es motivo suficiente para deslegitimar éticamente a cualquier mujer. En la novela, esta es la forma en la que el padre de Elena la usa contra su esposa. Elena-madre calla, pues sus hijas se encuentran presentes y ella también se preocupa sobre la opinión de sus hijas sobre ella. En última instancia, Elena-madre se juzga a sí misma a través de la misma “voz del Padre”. Calla el dolor sobre su hijo perdido y le oculta la verdad a sus hijas, entre otros motivos, por sentirse culpable de lo que sus padres hicieron con su hijo y Alejandro. Es solamente en el presente de Elena-hija que esta reconciliación con el pasado se hace posible. Elena-hija, al no juzgar a su madre sino identificarse con su dolor y tener empatía con los comentarios emitidos sobre ella, hace que “la voz del Padre” no sea la voz principal. La voz de la narradora reta a esta voz y sus discursos, los expone en su crueldad y en última instancia, denuncia su obsolescencia. Demuestra la forma en la que estos juicios son capaces de acabar con la vida de las personas, como lo hicieron con la vida de su madre, y asume la necesidad de acabar con ellos. En la identificación con el dolor de su madre, Elena-hija sienta las bases para la creación de un nuevo discurso, en el cual las madres puedan “tener pasado” y en donde las experiencias que vivieron previamente no defina su valor como madres y mujeres.

En *Las orillas del aire*, por otro lado, la sexualidad de la figura materna no se muestra de una forma tan explícita. Por ejemplo, no se llega a tener el testimonio directo de Blas Girán, el amante de Rada/Aira y su existencia solo es comprobable cuando Rada Ruiz conoce su tumba, y luego, a través del testimonio de Ilana. La distancia temporal (dos generaciones atrás) también provoca que los hechos sean narrados de una forma más indirecta. Ante todo, Rada/Aira es descrita como una víctima de la violencia de su esposo que ve en Blas Girán, más que un amante, un amigo de infancia que podría salvarla de un fatal destino. Sin embargo, antes de esto, ciertas alusiones a la represión sexual matrimonial son hechas en la novela:

Eugenio la llamó antes de que hubiera alcanzado el centro; elevando la voz, le advirtió que esa zona era peligrosa. Ella retornó de inmediato, pero al salir del agua pudo percibir el enfado de su marido por el asombro que su cuerpo mojado provocó en su cuñada Gertrudis y en la servidumbre que los acompañaba. (Pacheco, 2017, p. 214)

En ese fragmento se evidencia cómo el enfado del marido es causado por el hecho de que otras personas puedan ver a su esposa al salir de la laguna con el camisón pegado al cuerpo, mostrando más de lo que la ropa habitual suele ocultar. Aquí, se muestra tanto cómo permanece, en el sentido común de la época encarnada en la “voz del Padre” de Eugenio Ruiz, que en primer lugar, el cuerpo de la mujer es, inherentemente, algo pecaminoso y responsable del deseo de los hombres; en segundo lugar, que en caso de ser esposa y madre, el cuerpo es propiedad exclusiva de su marido; finalmente, también se da por sentado que cualquier transgresión a esto último merece ser reprochada y sancionada por el marido. Esta idea es reforzada en los discursos de otros personajes como Lorenza, quien es evocada de forma imaginaria por Rada, al conocer el desenlace de la historia de su abuela:

De más cerca escuchaba las palabras de la mujer que la había cuidado la vida entera: si alguna vez sospecha que estuviste viendo a un hombre a escondidas, te va a matar, y si no te mata a ti, matará al hijo que esperas; vete, si no lo haces, antes de que te mate lo mataré yo, no me importa ir presa. Y más cerca aún, Ayda escuchaba su propio miedo, así como su repugnancia a que Eugenio Ruiz volviera a penetrarla. (2017, pp. 235- 236)

Al ser el cuerpo de la mujer propiedad exclusiva de su marido, su consentimiento sobre las relaciones sexuales era ignorado. Es preciso mencionar que, solo hasta hace algunos años, la violación dentro del matrimonio no era tomada como crimen en la mayoría de países. Recién a partir de los años 80 comenzó a aparecer en las constituciones de países (como la de Brasil), la igualdad de derecho sobre la pertenencia de los hijos (patria potestad) entre esposo y esposa, la abolición de la diferencia de “valor” entre los hijos legítimos e ilegítimos o la posibilidad de anulación del matrimonio por la ausencia de virginidad de la mujer (Segato, 2014, p. 136). Asimismo, y como señaló Millet (2019), la institución familiar estaba sustentada, dentro del patriarcado, por las relaciones de propiedad que existen entre el padre y el resto de los miembros de la familia. Sobre esto, Rich (2019) añade que “...una mujer y su hijo deben pertenecer a un hombre, y que, si no es así, son personas marginales, pasibles de cualquier clase de sanción” (p. 335). Este es el marco social, ideológico y legal sobre el cual las declaraciones de Lorenza se inscriben como sentido común. Lo que dice que Eugenio Ruiz puede hacerle a Ayda –

matarla a ella y al hijo que espera— no es tomado como un despliegue excesivo de violencia sino como un acto moralizador, una “legítima defensa de la honra” (Segato, 2014, p. 136) de la familia que él encabeza.

La salida que establece la novela a este inevitable desenlace es también propuesta por Lorenza como la única opción: escapar. Es así que Ayda planea junto a Lorenza y Blas Girán su escapatoria y finge su propia muerte, lo cual desencadena los hechos narrados en la novela, entre ellos, el abandono de Blas Ruiz junto a su violento padre, quien además dudaba de su legitimidad como hijo. A diferencia de lo que sucede con las hermanas protagonistas de *La voluntad del molle*, aquí ocurren procesos contrarios de identificación entre ambas hermanas, en el desenlace de la historia y la revelación final del misterio. Mientras Rada Ruiz, al descubrir la verdad, entiende la decisión de Ayda/Rada y siente empatía por lo que pudo haber sufrido, su hermana, Ayda, establece una distancia con su abuela y le cuestiona el no regresar a salvar a su hijo. Ayda afirma:

—Yo sí la juzgo.

Le hablé entonces de la ausencia que dejó como una herida abierta en la vida de mi padre, de los maltratos que padeció de niño, puesta en duda su condición de hijo por quien era su propio padre, golpeado muchas veces.

Ilana bajó la cabeza.

—Pobre criatura—mustió—. No sabía yo eso.

—Por eso, Ilana, si Aira quería irse con su amante, no entiendo cómo pudieron dejar a mi padre con un hombre que no era su padre. ¿Por qué no se atrevieron a volver por él? (Pacheco, 2017, p. 205)

Asimismo, hacia el final de la novela cuando Rada regresa de Corazón de la Tierra con toda la historia de su abuela, su renovado sentido de identidad y noción de “yo” y la comparte con su hermana, junto a las noticias de su tío Eduardo Girán (hermano de padre y madre de su fallecido padre, Blas Ruiz), Ayda se siente renuente a iniciar cualquier tipo de relación o contacto con esta nueva familia y le deja en claro a su hermana:

–No me vas a convencer. Su historia me apena más que la de la madre ahogada y no la voy a juzgar, pero no quiero entablar afectos con la vida que tuvo lejos de papá, lejos de nosotras. (Pacheco, 2017, p. 241)

De esta manera, se establece una distancia entre ambas hermanas con respecto a esta decisión. En contraparte a lo ocurrido en *La voluntad del molle*, el descubrimiento de la historia trágica de la figura materna no refuerza el vínculo fraternal entre ambas hermanas, solo resalta la diferencia entre las dos. No se expresa de forma literal en la novela por qué sucede esto, pero podemos interpretarlo de esta manera: Ayda, a diferencia de su hermana Rada, tiene una hija pequeña (también llamada Rada). Puesto que Ayda ha pasado por una experiencia de maternidad, le es más difícil entender el abandono materno de su abuela, incluso a costa de su propia vida pues ella misma no concibe un contexto que la haría separarse de su hija. Por otro lado, Rada ha emprendido esa búsqueda para conciliar su pasado familiar con sus perspectivas actuales sobre la maternidad. Esta novela se centra en la búsqueda de Rada Ruiz sobre el pasado de su abuela para encontrar una nueva forma de entender el pasado de su padre y para entenderse a sí misma. En este sentido, la concordancia plena con su hermana no solo no es necesaria sino que la diferenciación entre ellas es también, una forma de afirmar el “yo” de Rada Ruiz.

De esta forma, se evidencia cómo las novelas de Pacheco transforman los paradigmas de maternidad a través de las historias de las figuras maternas. En ambas novelas la sexualidad materna se escribe desde una perspectiva que se aleja de la institución de la maternidad y desafía la “voz del Padre”. Así, las figuras maternas pueden ser seres sexuados, apartados de las representaciones estereotipadas. La sexualidad en dichas figuras, en vez de ser condenada, es un mecanismo que pone en marcha la trama y favorece la reconciliación de las protagonistas con su identidad femenina. En *La voluntad del molle*, la protagonista se aleja del discurso hegemónico y se permite explorar la vida de su madre sin juicios, atisbando la obsolescencia de ciertos discursos y empatizando con su dolor. Por otro lado, en *Las orillas del aire*, la protagonista se identifica con la figura de su abuela y llega a perdonarla por el abandono de su padre, al conocer la violencia del contexto que la llevó a tomar esa decisión desesperada. De ambos modos, se muestra la forma en la que ambas novelas crean un desafío al discurso

materno hegemónico, heredero del marianismo, y propone una nueva forma de representación de la maternidad.

2.2 Sobre el Conflicto Armado Interno (CAI) y la violencia de género en *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*

En la sección anterior se explicó cómo la ideología de la institución de la maternidad – constituida en un contexto latinoamericano con influencia católica y mariana– se refleja en los discursos de los personajes de ambas novelas y cómo es usado para justificar la violencia ejercida sobre los personajes femeninos, exigiendo un control de sus cuerpos, afectos y conductas e impidiendo su realización como seres autónomos, capaces de gestionar su libre auto-determinación. Al mismo tiempo, vimos cómo las novelas, a partir de las voces de las protagonistas desafían este discurso hegemónico sobre la maternidad, al establecer alianzas con las figuras maternas desde la contemporaneidad y la asimilación de un discurso feminista.

En esta sección, nos encargamos de describir el contexto bélico en el que ambas novelas tienen lugar, el Conflicto Armado Interno (CAI), para analizar las especificidades de la violencia que nos es narrada desde una posición que examina los cruces entre las variables de raza, clase y género. El objetivo es mostrar cómo las novelas muestran diferentes formas de violencia hacia los personajes y las evidencian como parte de una historia de violencia estructural con origen colonial. Para ello, nos basaremos en las nociones de violencia de género en contexto de violencia política que propone Jelke Boesten (2016) en su libro *Violencia sexual en la guerra y la paz. Género, poder y justicia posconflicto en el Perú*, en el cual analiza el caso específico del Perú durante el Conflicto Armado Interno. También, revisaremos las nociones de Elizabeth Jelin (2002) en su libro *Los trabajos de la memoria* sobre cómo se narra el género en las memorias de represión política, para explorar la forma en la que se describe la “feminización” de los varones en situación de tortura.

El Conflicto Armado Interno (CAI), acaecido entre el 1980 y el 2000, fue un período de violencia en el cual se enfrentaron las Fuerzas Armadas contra los grupos armados subversivos Sendero Luminoso (SL) y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA) el cual, según la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR) cobró la vida de

aproximadamente 69 280 personas, entre muertos o desaparecidos. Según el informe final de la CVR, Sendero Luminoso fue responsable del 46% de estas víctimas, entre las que se encontraban líderes políticos, campesinos, autoridades regionales y locales y dirigentes de organizaciones civiles, en su gran mayoría de origen rural. Asimismo, la CVR atribuye el 30% de las víctimas a diversos agentes de las fuerzas del orden del Estado, y el 24% restante a los comités de autodefensa, grupos paramilitares y el MRTA (Cárdenas, 2018, p. 373). Es preciso mencionar que, si bien la región de Ayacucho fue la que tuvo el mayor número de víctimas, muchos casos de violencia tuvieron lugar en todo el centro y sur andino. La región Cusco, en donde ambas novelas transcurren en su mayor parte, fue también gravemente afectada en ese periodo. Según estimaciones expuestas en el informe de la CVR, el número de víctimas mortales osciló entre las 2,000-4,000 personas (CVR, Informe final Anexo 2).

Cárdenas (2019) ubica a *La voluntad del molle* y *Las orillas del aire*, como parte de un corpus de novelas históricas sobre la violencia política que “crean un coro de voces femeninas representativo de distintas posiciones de guerra, pero que a la vez reclaman una larga secuencia de marginaciones sociales profundas” (p. 47). Es por ello que se ha elegido a las autoras mencionadas anteriormente para analizar los casos de violencia de género que se narran en ambas novelas. Como nos indica Jelin, en la mayor parte de conflictos hubo un mayor número de hombres que mujeres entre los muertos y desaparecidos, división que responde a un sistema de relaciones de género desiguales. La mayor presencia de víctimas varones, tanto en el lado militar-estatal como en el lado subversivo, sería correspondiente a una mayor presencia de varones en la esfera pública. Mientras que la represión hacia las mujeres se dio por su relación o vínculo familiar con hombres (esposos, compañeros e hijos) como parte de un amedrentamiento dirigido específicamente o con el fin de obtener información (Jelin, 2002).

Por otro lado, Boesten (2016) dialoga con diversas teorías de la violencia para establecer un marco conceptual con el cual analizar el origen de la violencia en el caso peruano. Para esto, se vale de los conceptos de “violencia normativa”, “violencia estructural” y “violencia simbólica”. El concepto de violencia normativa, nos explica, se remite a Judith Butler, quien amplía la teoría foucaultiana y explica el poder que tienen las normas para

permitir y restringir la vida. Como violencia estructural, entiende a la violencia indirecta pero sistémica que ejercen las instituciones que marginan a grupos sociales determinados. Finalmente, como violencia simbólica, la autora entiende un “medio de naturalizar las estructuras de poder desiguales al punto de creerlas inevitables e incuestionables” lo cual pone un énfasis en su “efecto naturalizador” y su apariencia de verdad en numerosos discursos productores de violencia como los ejemplos discutidos en la sección anterior del presente capítulo.

La tesis principal del libro de Boesten (2016) es que la idea del uso de la violación como “arma de guerra” es insuficiente para explicar lo ocurrido en el caso peruano. Esto ocurre debido a que los regímenes de violencia existentes en el Perú del año 1980 al 2000 tienen similitudes con la violencia anterior a este periodo histórico especial y se parece a la violencia de género que vivimos en la actualidad. Asimismo, la autora sostiene que dicha violencia está sustentada en desigualdades basadas en factores como el género, la raza, la clase y la sexualidad de las víctimas y los victimarios.

Los patrones de la perpetración de la violación en el Perú sugieren que la guerra no solo intensifica la brutalidad (...) o probabilidades [que ocurra] sino también se cimienta en contextos, consecuencias y desigualdades institucionales existentes en tiempos de paz. (Boesten, 2016, p. 53)

Aquí, la autora señala que se habla de patrones, conductas o particularidades que la violencia sexual ocurrida durante el Conflicto Armado Interno tendría en común con otros conflictos de la actualidad; al mismo tiempo, aclara que, si bien la guerra intensifica los casos, existe una violencia institucionalizada que adopta los mismos discursos y que está latente en los tiempos de “paz”.

En su libro, la autora usa el término “violencia ordinaria”. Este se refiere a la forma en la que la división entre víctimas y victimarios, se vuelve difusa. Si bien en un primer momento se analizó la guerra como un conflicto de civiles versus fuerzas armadas, gracias a los testimonios recogidos por la CVR se revelaron las complejidades que giraron alrededor de este binomio. Un ejemplo de ello es que, en diversas situaciones una comunidad podía unirse de forma estratégica a Sendero Luminoso y luego a las fuerzas del orden para asegurar su supervivencia. De igual manera, alguien que había sido

víctima también podía convertirse en perpetrador en un momento distinto de la guerra (Boesten, 2016, p. 74).

En el caso de las novelas estudiadas, esta división “borrosa” entre víctimas y victimarios es encarnada en muchos personajes. El caso más obvio podría ser Javier, de *La voluntad del molle*, el hermano desaparecido de Elena y Elisa. En la novela se nos narra cómo Javier fue desde un primer momento víctima de su propia abuela y de la familia que no pudo aceptarlo y que prefirió entregarlo a una familia violenta antes de asumirlo como propio, sin preocuparse por su destino. Años después, Javier sería víctima de sus compañeros del colegio en Cusco, quienes se burlaban de él por sus apellidos y por ser quechuahablante. En la novela, este sentimiento de rechazo, junto al hecho de haber sido criado por una familia que lo maltrataba físicamente de pequeño y el sentirse abandonado por sus verdaderos padres, quienes nunca pudieron reconocerlo como hijo formalmente, provocan que Javier se una a Sendero Luminoso, y cometa crímenes atroces bajo el seudónimo de “camarada Arnulfo”, convirtiéndose así en victimario incluso de sus padres adoptivos, a quienes mutila públicamente en una matanza colectiva. Finalmente, cuando es capturado por la policía sabemos que se convierte en víctima de tortura. Esta tortura queda en evidencia en los restos cercenados que le fueron entregados a su madre, las manos y la cabeza. Así como un cuerpo que mostraba “quemaduras de cigarrillos que se expandían desde los genitales hasta cada uno de sus miembros [...]” (Pacheco, 2006, p. 236). Esto explicaría cómo Javier, además de víctima de violencia “ordinaria” fue víctima de violencia sexual. Esta, al ser usada como parte de la tortura, “era una manera de convertir a los hombres en seres inferiores y, en ese acto, establecer la ‘virilidad’ militar” (Jelin, 2002, p. 103). Es decir, Javier fue “feminizado” socialmente, al ser percibido como un “Otro” –distinto a los de su familia– desde su nacimiento y también después, a través de la percepción de sus características raciales, de lenguaje, apellido y vestimenta. La posición subversiva que asumió en respuesta a una vida marginada puede ser leída en este contexto bélico como un intento de recuperar masculinidad a través de la toma de las armas y el ejercicio de la violencia, asumiendo la agresividad y las muestras de violencia exacerbada como característica de las masculinidades militarizadas. Sin embargo, su posición final como torturado

demuestra un despliegue de violencia sobre su cuerpo con el propósito de transformarlo en un ser pasivo, impotente y dependiente como castigo por sus actos subversivos.

En *Las orillas del aire* el contexto de conflicto armado es mencionado de forma más lejana, a manera de recuerdo. Sin embargo, el conflicto es evocado cuando Rada Ruiz conoce las verdaderas circunstancias de la muerte de su abuela. Por su tío Eduardo, hacia el final de la novela, Rada conoce que su abuela falleció en 1986 en los años en que Sendero Luminoso y el MRTA acechaban la selva norte, la cual se comenzó a militarizar. Rada se entera de que su abuela paterna falleció de un infarto “angustiada por las presiones recibidas” por parte tanto de los grupos subversivos como de los militares. Esta narración coincide con el análisis de Jelin (2002) de las mujeres como “víctimas indirectas” en los conflictos, encargadas de cumplir con el rol familiar y de parentesco, y de sobrellevar la “carga emocional” de cuidar de sus familias, asegurando la tranquilidad familiar durante los tiempos convulsos bajo la ética del cuidado. La misma lógica podemos reconocer en ambas novelas, siendo Elena-madre y Rada Ruiz quienes cargan con la responsabilidad, bajo la ideología de la institución de la maternidad, del destino trágico de sus hijos. Este mandato, en un contexto de conflicto, cobra mayor fuerza. Como comenta Jelin, “eran ellas [las madres] quienes tenían la culpa de las transgresiones de sus hijos” (2002, p. 107).

En este punto, es preciso hacer un paralelo entre el destino de Javier, hijo de Elena y Blas Ruiz, hijo de Ayda/Rada. Javier es permanentemente marcado por el desarraigo de nacimiento y una niñez perjudicada por la violencia de sus padres adoptivos. Cuando se entera de la identidad de sus verdaderos padres y es consciente de las situaciones familiares y sociales que impiden que Alejandro y Elena lo asuman como hijo propio, se vuelve “un adolescente hosco” que rechaza a su madre y huye de casa. Por la coincidencia temporal y la narración en la novela (ambos hechos suceden en el mismo capítulo) podemos asumir que el conocimiento de la verdad sobre su madre es el hecho determinante en la adhesión de Javier a las filas de Sendero Luminoso. A fin de cuentas, sería Elena la principal causante del destino trágico de su hijo, una culpa que ella asume durante muchos años, incluso en detrimento de su salud. Por otro lado, tenemos a Blas Ruiz, un niño que también crece sin su madre, pero habiéndola conocido y con un recuerdo de ella y de su afecto. Asimismo, Blas fue testigo de cómo su madre fallece,

desapareciendo en el río, y la sospecha de su abandono nunca llega a ser para él más que una duda sin mayor importancia. Pese a esto, crece como un niño triste que es maltratado por su padre, un violento hacendado que lo culpa por la muerte de su esposa y no lo llega a asumir como hijo suyo. Los periodos de violencia política para Blas Ruiz, son vividos en un primer momento, del lado de los subversivos como abogado defensor de los campesinos que reclamaban mejores condiciones de vida, por lo cual cumple un tiempo en prisión en la década de los sesenta. El segundo periodo de violencia política, el Conflicto Armado Interno, Blas Ruiz lo vive como empleado de un banco comercial, afectado por las crisis económicas y por el divorcio con la madre de sus dos hijas, pero sin mayores consecuencias, por encontrarse en la ciudad de Cusco y pertenecer a una clase media. La diferencia entre ambas historias es crucial, pues muestra la forma en la que el grado de vulnerabilidad durante las épocas de violencia política en el Perú, en gran medida está determinado por elementos que tienen que ver con raza, clase, lengua y ubicación geográfica. Otro factor diferenciador es la forma en la que las madres son afectadas por la ausencia de sus hijos. Mientras Elena se culpa constantemente pese a que su hijo le fue arrebatado en el nacimiento, Ayda toma esa decisión por salvarse a sí misma y a su hijo por nacer. La diferencia histórica entre el hecho del abandono en ambas novelas también es determinante, aunque parte del conflicto político que vive Blas (años previos a la Reforma Agraria) sería identificado como una de las causas que derivarían posteriormente en el Conflicto Armado Interno de las décadas de los ochenta y noventa, con un mayor recrudecimiento de la violencia subversiva y la también violenta respuesta militar.

Esta violencia no solo influyó en el ámbito público-comunitario, sino que se insertó también en las relaciones íntimas de las familias pertenecientes a las comunidades. Explica Boesten (2016) que “La violencia basada en el género en el hogar escalaba en las zonas con altos niveles de conflicto político. Las mujeres hablaban de golpizas domésticas ‘ordinarias’; por ejemplo, cuando no cumplían con el **comportamiento femenino esperado**” (énfasis personal, p. 74). Subrayo la última parte de la cita porque el término sugiere múltiples interpretaciones. Son precisamente en estas ambigüedades de interpretación que se elabora un discurso de justificación de parte de quienes ejercieron violencia. Con esto, cobra vigencia la noción colonial del discurso mariano

discutido en la sección anterior, y la forma en que, en este contexto bélico, permanece la idea de que la moral o el honor de un pueblo se escribe sobre los cuerpos de las mujeres. Esta idea cobra valor cuando se habla de que una mujer, cuando es violada, “ha sido corrompida”. En ambas obras, como hemos visto en la sección anterior, esta idea se manifiesta en las vejaciones verbales y humillaciones que sufren tanto Elena como Rada Ruiz por parte de sus esposos. Sin embargo, no ocurre en un contexto bélico precisamente, como sí ocurre en los ejemplos mencionados anteriormente. Este tipo de violencia formaría parte de la “violencia ordinaria” a la que Boesten se refiere.

También Boesten (2016) explica cómo el que la sociedad peruana sea racialmente jerárquica perfiló los modelos de violencia sexual durante el Conflicto Armado Interno peruano. Asimismo, describe cómo la violencia sexual no solo es constitutiva del género sino también de la raza, la sexualidad y la clase. La autora expresa que, en el Perú, hay distintos elementos que constituyen el “valor percibido” de una persona. Así, características como la posición socio-económica, la educación, el lenguaje o la vestimenta pueden ser, en un contexto de conflicto armado, factores que determinen quién es más o menos vulnerable de sufrir violencia. De este modo, los actos de discriminación son individualizados. Boesten (2016) cita un número de testimonios que dan cuenta de cómo los perpetradores invocaban diferencias étnico- raciales de la víctima en la narración de las violaciones. Este análisis de discurso es analizado por la autora junto a las estadísticas que la CVR da de las víctimas de violencia sexual, de las cuales (de las que hay registro) un 75% era quechuahablante, un 85% era de origen rural y un 75% no tenía educación secundaria. La disponibilidad de las víctimas también estaba sujeta a su falta de capacidad para obtener justicia o no figurar como persona en un registro civil, por lo cual se cree que hubo más víctimas de las consideradas ya que fueron menores de edad indocumentadas. Boesten (2016) explica cómo al mismo tiempo que la raza es usada para justificar la violencia, la violencia también *produce* la raza. Se relaciona de forma dialéctica el enfatizar la subordinación racial de la víctima como una manera de enfatizar al mismo tiempo la superioridad racial del victimario.

Estas características de la violencia ocurren también en el caso de menores de edad en situación de vulnerabilidad o que se encuentran en una relación de subordinación y dependencia. En *La voluntad del molle* este es el caso del personaje “Matis”, quien hace

de intérprete entre Matilde y Elena-hija. Matis, en los ojos de la narradora, no tendría más de 17 o 18 años y su cuerpo revela un avanzado embarazo. La narradora se entera de que fue violada por su hermano paterno cuando se trasladó de Calca a Cusco para servir en su casa como trabajadora doméstica. Frente a esta situación, y la dura realidad que se le muestra a la narradora, ella reflexiona sobre su privilegiada posición en contraposición a la de Matis, quien “había crecido de prestado, vivía de prestado y su hijo nacería también de prestado” (Pacheco, 2006, p. 185). Esta narración sirve para que Elena-hija asimile lo distinta que era su vida a la de las personas que le estaban ayudando a descubrir la verdad sobre su madre, así como anticipar la dura realidad en la que había crecido su hermano Javier. El “coro de voces femeninas representativo de distintas posiciones de la guerra” que Cárdenas (2019, p. 47) señala como característico en ambas novelas de Pacheco, es representativo también de las distintas jerarquías raciales, económicas y sociales que se establecen entre estas mujeres, cuyo tipo de vida es muchas veces determinado por el lugar de nacimiento, con diferencias abismales incluso dentro de una misma región. Las narradoras dan cuenta de esta realidad en distinta forma: Por un lado, vemos la reflexión autocompasiva de Elena-hija en *La voluntad del molle*, quien tras verse reflejada en los ojos de Matis con lástima piensa con culpa: “Me había acercado a ellas no porque me interesara un ápice sus vidas, sino porque parte de ellas tenían algo que ver con las angustias que habitaban la mía” (Pacheco, 2006, p. 185). Por otro lado, Rada, para llegar a una reflexión similar, debe ser interpelada de forma enérgica por Ilana, la mujer a quien acude por información sobre su abuela:

[...]te crees una buscadora de verdades, te crees con derecho a mirarme como un objeto que tiene que actuar según tus conveniencias, ni te das cuenta de que los secretos de una vida no se abarcan en una noche. ¿Y así te crees una buena persona? (Pacheco, 2017, p. 198)

La diferencia en las reacciones de ambas protagonistas, de cuya voz en primera persona nos llega la narración, sirve para visibilizar la forma en la que, a menudo, las poblaciones originarias en el Perú de posconflicto han sido estudiadas. Así como explicamos la otredad de las madres y la ausencia del discurso materno en el capítulo anterior, aquí observamos una otredad indígena, cuyo discurso produce fricción en el discurso del “yo” de la narradora. La reacción de Elena, de *La voluntad del molle* –una novela publicada

en el 2006— ante el testimonio de Matis, es representativa de la pena y culpa por tomar conciencia de una realidad distinta, similar a las reacciones que generaron los estudios de la memoria vinculados a la violencia política en un momento crucial luego de la publicación del Informe final de la CVR, que se caracterizó por el recojo de testimonios y la búsqueda de una creación de conciencia nacional en torno a lo ocurrido durante el periodo de violencia. Dicha iniciativa tuvo un despliegue colectivo y recojo sistemático de información, lo cual fue un acontecimiento sin precedentes en la agenda nacional. No obstante, creó un discurso que, si bien buscó evidenciar la violencia estructural de la sociedad jerárquica y racista que dio origen al conflicto, no pudo dar cuenta de la multiplicidad de historias, cuya complejidad requería una mayor profundidad de análisis (Henríquez, 2018). Por otro lado, la reacción de Rada, en *Las orillas del aire* ante la interpelación de Ilana —reacción que genera un desconcierto inicial, inmediatamente seguido por el sentimiento de ofensa— puede ser leída como una toma de conciencia en torno a quiénes han monopolizado el discurso de las víctimas en los estudios de memoria. Como señala Henríquez en su balance bibliográfico sobre los estudios de género y Conflicto Armado Interno en el Perú, estos “han contribuido a colocar en el centro de atención a las personas, sus subjetividades y su mundo cotidiano” pero también ayudan a reconocer cómo “hay voces que tienen más poder que otras” (Henríquez 2018, p. 40). Este reconocimiento, como lo encarna Rada Ruiz, puede ser incómodo e incluso, resultar ofensivo para algunas personas. Esto, por la dificultad en aprender la responsabilidad que conlleva ser consciente de las jerarquías que nos atraviesan subjetivamente. Sin embargo, la búsqueda de un diálogo horizontal que ofrezca una visión compleja y polifónica de las narrativas nacionales, puede ser una manera más completa de abordar el estudio del Perú de posconflicto.

Este diálogo podría enfrentar la hegemonía del discurso nacional sobre el periodo de violencia política, pero también, sobre la violencia a lo largo de la historia del Perú. Para Boesten, existen muchas formas en las que se transmiten los discursos hegemónicos existentes en torno a la violencia. Para demostrarlo, Boesten escoge casos en la literatura peruana que ejemplifican lo que ella denomina la “sexualidad racializada”. Es decir, la forma en la que los discursos hegemónicos permean el imaginario llegando hasta el lado que rige las formas del deseo en los sujetos. Boesten hace una cronología

de algunos ejemplos de literatura peruana que mencionan casos de violencia sexual desde las crónicas de Guamán Poma en el s. XVII hasta libros que datan de inicios del siglo XX. Con esto, la autora evidencia que en la sociedad peruana existen sentidos comunes reproducidos a través de diferentes manifestaciones culturales que dan cuenta de un discurso hegemónico en torno a la jerarquización de la raza, la clase y el género. No obstante, como se ha mostrado anteriormente con fragmentos de las novelas de Pacheco, el discurso de los personajes más que naturalizar estas jerarquías, las exponen y las denuncian a través de la voz de las protagonistas. Estas voces son auto reflexivas en torno a su privilegio en los tiempos de conflicto. Además, la exposición de las diferencias también tiene lugar en la trama, de manera que las protagonistas salen de los espacios habituales de su círculo social inmediato para dar cuenta de estas diferencias y las distancias que suelen existir entre las personas que viven en ciudades como Cusco y las personas que viven lejos de estas ciudades. En ambas novelas predominan los encuentros con personas que enfrentan estas realidades (incluso dentro de una misma región, como hemos visto en *La voluntad del molle*) para exponer la arbitrariedad de las diferencias abismales en las condiciones de vida, incluso entre personas que comparten un lazo de familiaridad a través de la consanguineidad. La polifonía en estas novelas permite examinar las fricciones entre realidades familiares y sociales que dan cuenta de esta sociedad dividida, que se manifiesta tanto en episodios de violencia política como también en un “*continuum*” de violencia de género, en términos de Boesten.

2.3 Otras violencias: La violencia obstétrica en *La voluntad del molle* (2006)

En el afán de analizar los tipos de violencia que sufren las mujeres en su especificidad, en la presente sección analizaremos un caso particular de violencia que ocurre en *La voluntad del molle*. Los cambios en las nociones sobre violencia de género que han ocurrido en los últimos años han sido, en gran parte, gracias al feminismo y su creciente validez académica como perspectiva epistemológica. Este hecho permitió que se entienda la violencia más allá de un tema de salud mental/salud pública o como un problema social que se solucione desde un marco legal.

En las averiguaciones que realizan las hermanas Elena y Elisa sobre su madre, van a entrevistar a su tía Julia, ex esposa de su tío paterno quien les cuenta la verdad sobre la foto de su madre embarazada. A través de su relato, descubren que, en efecto, su madre había tenido un hijo antes de casarse. Las circunstancias sobre el nacimiento de su hermano son confusas y se realizan en torno a conjeturas y rumores de los únicos testigos que había en casa: las trabajadoras del hogar. Así:

[...] tía Julia se enteró de que los abuelos ni siquiera habían dejado que una comadrona atendiera el parto. La cocinera de la casa se hizo cargo y en el proceso mamá y el bebé por poco se mueren. Tanta era la importancia que la abuela le daba al qué dirán, que prefirió poner en peligro la vida de su hija a arriesgarse a que se descubriera la verdad. (Pacheco, 2006, p. 82)

El hecho de que la vida de Elena, de dieciocho años, haya corrido peligro bajo tutela de su propia madre, solo para evitar el comentario que generaría un embarazo adolescente, comienza a dibujar el lado siniestro del personaje de Mamá Gema para la opinión de sus nietas. Así, Elena-hija continúa su reflexión que evidencia la doble-moral oculta bajo la apariencia piadosa de su abuela:

Supongo que tan católica como es, no se atrevió a provocarle un aborto, pero probablemente deseaba que el niño naciera muerto o se muriera en medio de un parto mal atendido. Tal como es ella, seguro que se quedó con la conciencia limpia. Aunque ese niño logró sobrevivir. (Pacheco, 2006, p. 82)

El estado debilitado de Elena tras ese parto mal atendido, permitió que se descompense y se quede dormida con su bebé en brazos. Cuando despertó, vio que este no se encontraba con ella, a lo que sus padres “le dijeron que había muerto asfixiado” (Pacheco 2006, p. 83) Solo cuando Elena se desespera y exige ver el cadáver de su hijo, sus padres se compadecen y, transcurridos algunos días, le contaron que estaba vivo pero que lo habían entregado a una pareja de extranjeros que estaba deseando adoptar a un niño peruano, mostrándole fotos fraudulentas para evidenciar el hecho. En este pasaje, hay numerosas referencias al estado deplorable de Elena y su voluntad de huir, pese a que se encontraba físicamente impedida de hacerlo por encontrarse muy débil pues se encontraba “[...] bastante sedada, apenas podía dar unos pasos sin desmayarse” (p. 83). En los capítulos siguientes, se conoce el resto de la historia: el niño, Javier, es

entregado a la familia adoptiva que lo maltrataría y Elena solo sabría la verdad muchos años después.

Este episodio es narrado por Elena-hija quien junto a Elisa se muestra especialmente horrorizada por las medidas que tomó su abuela, incluso en contra de la salud de su madre, con la finalidad de deshacerse de un niño que podría traer abajo su status familiar y social. La violencia infligida a Elena por su propia madre, es una clara muestra de violencia obstétrica, definida como: “El maltrato que comportan determinadas prácticas médicas contra las mujeres durante el embarazo, el parto y el posparto” (Vivas, 2021, p. 171). Sabemos antes de lo acontecido en el parto, que el embarazo de Elena fue vivido en la clandestinidad, encerrada en casa sin posibilidad de salir, bajo la estricta tutela de sus padres. Todo esto, en contra de su voluntad. También la violencia obstétrica involucra “...prácticas realizadas a menudo sin el consentimiento de la mujer y sin haberla informado debidamente de sus consecuencias” (Vivas, 2021, p. 173)

Esther Vivas (2021), socióloga española, en su libro *Mamá desobediente: una mirada feminista a la maternidad*, señala que a menudo la práctica de robar bebés recién nacidos ha ocurrido de forma más recurrente durante periodos de conflicto bélico y regímenes dictatoriales. Durante esos periodos:

A las madres les decían que sus bebés habían nacido muertos o que habían fallecido poco después (...) los protocolos hospitalarios de la época que impedían a la mujer estar acompañada en el parto que la llevaban a dar a luz completamente dormida y la separaban de su criatura (...) favorecieron estas prácticas delictivas. (Vivas, 2021, p. 168)

Esto mismo le ocurre a Elena, pero no como parte de un conflicto social sino dentro de su propia familia, por haber transgredido el status-quo al quedar embarazada de un hombre de una condición social y racial no correspondiente a la de sus padres.

En *La voluntad del molle*, el hecho es descrito y juzgado por la narradora, sin aspavientos, por la crueldad que el acto de su abuela supone. Como apunta Vivas (2021), “la violencia obstétrica es la última frontera de la violencia de género, una violencia física y psicológica ejercida contra las mujeres por el solo hecho de serlo” (p. 198). La connotación de esta definición es que son hechos que dan cuenta de un abuso que se

realiza contra las mujeres cuando se encuentran en uno de los momentos más vulnerables. Asimismo, es una que captura un acontecimiento biológico en el que se inscriben los significados de la feminidad a través de numerosos discursos, como hemos visto en el capítulo anterior. Cuando la maternidad es un hecho deseado –como fue el caso de Elena–, atentar contra esta experiencia es no solo ir en contra de su voluntad, sino atentar profundamente contra la identidad de la madre, como mujer y como persona. Como añade Vivas, la violencia obstétrica es una violencia silenciada, aceptada y justificada por la sociedad y las instituciones y que cobra muchas víctimas, quienes, como Elena, son maltratadas, infantilizadas (pues sus padres niegan su capacidad de autodeterminación) y menospreciadas.

Es preciso mencionar un hecho adicional. Javier nace en 1970. Sin embargo, los discursos que alimentaron la decisión de la abuela Gema para cometer violencia en contra de su hija, fueron los mismo que dos décadas después, se usarían para justificar la política de planificación familiar, durante el gobierno de Fujimori, en las regiones remotas y más pobres del Perú, para promover las esterilizaciones en las mujeres andinas, sobre quienes se desplegó esta política enfáticamente y muchas veces en situaciones de coerción (Ewig, 2012, p.226). Si una de las motivaciones de la abuela Gema eran las de evitar, no solo una unión conyugal no deseada en su seno familiar sino también la posibilidad de un nieto que no tenga las características raciales esperadas, la política de planificación familiar que el Estado peruano promovió en esa época tuvo fuertes connotaciones de género y raza, en la medida en que la reproducción de las mujeres pobres indígenas iba a ser controlada en nombre del desarrollo económico (Ewig, 2012, p.227). De esta manera, vemos cómo el paradigma de novela familiar en el que se muestran los discursos que permean el imaginario social de la época, evidencia también un discurso nacional de la agenda pública que fue usado para intervenir a numerosas mujeres en contra de su voluntad, atentando contra su libre albedrío, autonomía e integridad física y moral.

CONCLUSIONES

En la presente investigación he buscado describir cómo se representa la maternidad en las novelas *La voluntad del molle* (2006) y *Las orillas del aire* (2017) de la escritora peruana Karina Pacheco Medrano. Con todo lo expuesto anteriormente he tratado de demostrar que, en ambas novelas, la maternidad se representa como un elemento constitutivo de la identidad de las protagonistas pues la búsqueda de la figura materna forma parte del conflicto central. Asimismo, he explicado cómo, en ambas novelas, se muestran las múltiples violencias que amenazan a la experiencia de la maternidad en una realidad latinoamericana y contemporánea. Estas violencias se evidencian, en primer lugar, en la forma en la que las protagonistas problematizan la violencia en los discursos e ideologías que conforman la maternidad en un contexto latinoamericano y, en segundo lugar, en la forma en la que las novelas narran, a través de diversos personajes, las diferentes formas en las que las madres atravesaron el periodo de violencia política.

Como he mencionado anteriormente, en esta investigación he podido demostrar que la problematización de la maternidad es una constante en la construcción identitaria de las protagonistas. Esto sucede porque, según el marco conceptual elaborado en torno a los conceptos de identidad e identificación sexual, la maternidad continúa siendo una parte significativa de lo que se concibe como identidad femenina. Al día de hoy, el rol materno continúa siendo, en gran medida, una parte importante de los roles de género que se adjudican a lo que conforma el “ser mujer”. Del mismo modo, se ha podido ver la importancia de la maternidad en el proceso de la construcción de la identidad genérica, tanto por la importancia de la figura materna en el proceso de diferenciación de la/el infante, como por la influencia del ámbito familiar en la construcción de la identidad genérica, entendida esta última, como un proceso que continúa a lo largo de la vida de la niña hasta la adultez.

De igual forma, en la presente investigación hemos visto que la concepción tradicional de la maternidad ha sido cuestionada numerosas veces desde el feminismo. Desde esta perspectiva, algunas pensadoras feministas pusieron en cuestión temas como la dimensión biológica de la maternidad, la maternidad como un mandato universal para las mujeres, el derecho a la elección de ser o no ser madre y en qué condiciones serlo,

la legalización del aborto y el lugar de la maternidad en la emancipación de las mujeres. Asimismo, también desde el feminismo, las autoras se permitieron asumir nuevas posturas políticas y teóricas con respecto a temas como el lugar de la mujer como signo, el lugar del discurso de la madre en el proceso de adquisición del lenguaje y las formas de creación de las mujeres. Estas reflexiones, recogidas de forma resumida en el primer capítulo del presente estudio, dieron pie a que en la actualidad se pueda formular una investigación de esta naturaleza, es decir, que se pueda examinar desde los estudios de género a dos novelas contemporáneas de autoría femenina y analizar la forma en la que se representa la maternidad en un texto literario.

Desde este enfoque teórico, en este estudio busqué explorar cómo las novelas de Pacheco transforman los paradigmas de la maternidad. Para lograr este propósito, me apoyé en el concepto de "novela familiar" propuesto por Marianne Hirsch (1989). Esta categoría me permitió examinar las estructuras familiares en ambas novelas como un discurso que refleja la realidad social y psicológica en la que se desarrollan las historias.

En primer lugar, analicé cómo *La voluntad del molle* cuenta con una protagonista que modifica su noción de identidad a través del descubrimiento de la historia oculta de su madre. De esta manera, dicha novela subvierte las nociones de la importancia de la legitimidad paterna en favor de la legitimidad materna en las relaciones madre-hija, ya que, para la historia, esta última cobra mayor importancia a nivel personal. La protagonista se identifica con la historia de la madre a pesar del dolor que conocer esta historia supone, lo cual queda evidenciado en la creación de un vínculo afectivo con la memoria de su hermano materno al finalizar la novela.

En *Las orillas del aire*, por otro lado, analicé cómo la protagonista, desde su posición de hija, cuestiona la maternidad como mandato a partir del descubrimiento de los sufrimientos de su desaparecida abuela paterna. En dicha búsqueda, se ve forzada a replantear supuestos que tenía sobre su propia historia familiar. En esa "búsqueda del yo", la protagonista reflexiona sobre sus propios orígenes y finalmente encuentra una aceptación de sí misma, hecho que se ve representado en la afirmación de su identidad y el perdón hacia su abuela paterna en el desenlace de la historia.

En ambas novelas se evidencia la posición contemporánea de las protagonistas, las cuales examinan de forma crítica la época en la que vivieron sus madres y abuelas.

También, ambas novelas presentan protagonistas que poseen mayor autonomía para tomar decisiones respecto de sus antepasadas y lo evidencian en sus discursos. Finalmente, ambas historias exigen un reconocimiento del pasado y conocimiento de la historia verdadera de las figuras maternas para satisfacer la necesidad de identificación de las protagonistas.

En la presente investigación, argumento que las dos novelas de Karina Pacheco mantienen ciertos elementos narrativos de los modelos clásicos de trama en la tradición occidental, pero también muestran cambios significativos en la representación de las relaciones entre madres e hijas, así como en la manera en que se aborda la ira materna. Esto, en función de las relaciones materno-filiales que presenta la trama. Para hacerlo, propuse un análisis intertextual de estas novelas con dos mitos griegos: los mitos eleusinos (*Himno a Deméter*) y *La Orestíada* de Esquilo. Asimismo, explico cómo las narrativas clásicas pueden ser usadas para explicar el papel de la separación/reunión con la madre en el proceso de adquisición de la identidad de las mujeres y la formación de la subjetividad femenina. En este sentido, a través de este análisis demuestro cómo en las novelas de Karina Pacheco se ofrecen modelos que favorecen la reunión con la madre y alianzas fraternales, que transgreden el principio de la “Ley del Padre” y, por último, que exponen y muestran una ruptura con los modelos machistas y racistas existentes en la representación de la ira materna en la literatura.

Con respecto a la representación de la maternidad bajo la violencia, en la presente investigación sostengo que las novelas de Karina Pacheco visibilizan las formas en las que la cultura patriarcal mantiene sus valores a través del control de los cuerpos de las mujeres. Esta cultura surge, en un contexto latinoamericano, desde los discursos religiosos con particular énfasis en el marianismo cristiano. Dicha ideología fue impuesta en territorio latinoamericano a partir del proceso de colonización hispana y sigue vigente hasta la actualidad. Uno de los mecanismos principales de control propio de la cultura patriarcal es la amenaza de violencia ante cualquier intento de evitar este sometimiento. Así, mandatos como el de la “virginidad femenina” fueron impuestos como una forma de asegurar la legitimidad de los hijos del núcleo familiar, lo cual recluyó a las mujeres en el ámbito privado y las alejó de su participación en el discurso público.

En la presente investigación he buscado poner en evidencia cómo ambas novelas subvierten esos paradigmas a través de las historias de las figuras maternas, las cuales son narradas desde una perspectiva feminista contemporánea. En ambas, la sexualidad materna es expuesta, no desde la condena sino como un dispositivo que posibilita la reunión de las protagonistas con sus madres/abuelas, a través de la identificación y la empatía. Asimismo, la sexualidad materna se escribe desde una perspectiva que se aleja de la institución de la maternidad y desafía la “Ley del padre”. Así, las figuras maternas aparecen como seres sexuados, apartados de las representaciones estereotipadas. Su sexualidad, en vez de ser condenada, es un mecanismo que pone en marcha la trama y favorece la reconciliación de las protagonistas con su identidad femenina. He tratado de demostrar que en *La voluntad del molle* la protagonista se aleja del discurso hegemónico y se permite explorar la vida oculta de su madre sin juicios, atisbando la obsolescencia de ciertos discursos y empatizando con su dolor. Por otro lado, en *Las orillas del aire*, la protagonista se identifica con la figura de su abuela paterna y llega a perdonarla por el abandono de su padre, al conocer la violencia del contexto que la llevó a tomar esa decisión desesperada. Ambas novelas crean un desafío al discurso materno hegemónico, heredero del marianismo, y proponen una nueva forma de representación de la maternidad desde la contemporaneidad y la asimilación de un discurso feminista.

Asimismo, me he propuesto mostrar cómo las novelas de Karina Pacheco dan cuenta de las especificidades de la violencia que afecta a la experiencia de la maternidad en un contexto bélico. Creo haber puesto en evidencia cómo, en *La voluntad del molle*, el recrudecimiento de la violencia de género –ordinaria durante el Conflicto Armado Interno– es sufrida, en mayor medida, por el personaje de Javier, quien a lo largo de su vida sufre el rechazo y discriminación de su propia familia desde su nacimiento, así como el desprecio de una sociedad racista y clasista que lo margina y lo lleva a enlistarse en Sendero Luminoso. Ese desprecio vuelve a manifestarse en el momento de su captura y de su muerte, precedida de torturas sexuales con las que los militares buscan “feminizarlo”. La novela da cuenta de estos hechos a través de los descubrimientos de la protagonista, quien va echando luz sobre esta historia y las características particulares de la violencia de género ejercida tanto para Javier como para Elena, la madre que sufre la desaparición de su hijo y el posterior descubrimiento de su forma de muerte.

Asimismo, he intentado mostrar cómo, en *Las orillas del aire*, si bien el contexto de conflicto armado es mencionado de forma más distante, es constantemente evocado hacia el desenlace de la historia. En ese momento se pone en evidencia cómo la abuela paterna de la protagonista se convierte en una “víctima indirecta” del conflicto debido a que lleva la carga emocional de proveer cuidados a su familia y asegurar la tranquilidad familiar en su rol de madre.

De igual forma, el análisis comparativo de las historias de personajes secundarios de ambas novelas (como la historia de Javier y Blas Girán, o la de Matis) permite poner en evidencia cómo la violencia se conforma en el Perú de forma estructural, con base en la raza y la clase. Finalmente, he intentado mostrar cómo en *La voluntad del molle* aparece otra forma de violencia que afecta de forma específica a las madres: la violencia obstétrica. A través de la historia de Elena, su secuestro durante su embarazo y la posterior desaparición de su hijo recién nacido por obra de la abuela Gema, su madre, la autora muestra este tipo de violencia y la critica.

Concluyo esta investigación con el deseo de que su lectura motive la continuidad del análisis de la maternidad en los estudios de género. Sea desde el estudio de lo psicológico, teórico, ficcional o autobiográfico, considero que investigar el lugar de “lo materno” en la sociedad actual contribuirá al desarrollo de nuevas perspectivas y a la construcción de nuevos discursos que alivien las numerosas contradicciones a las que, hoy en día, el feminismo se enfrenta al momento de abordar ese tema: ¿Cómo hablar de las madres sin caer en el esencialismo? o ¿Cómo dar cuenta de la diversidad de las experiencias sin perderse en excesos de subjetividad? Y también considero que son necesarias nuevas investigaciones que, desde el cruce de la literatura y los estudios de género, dejen constancia de las nuevas formas de representación de la maternidad en la narrativa latinoamericana contemporánea, y que planteen cuestiones del tipo: ¿Cómo entender la tendencia, cada vez mayor, de que escritoras latinoamericanas decidan escribir y publicar sobre la maternidad en géneros que van desde lo testimonial-autobiográfico hasta la ciencia ficción y el terror? ¿Qué nos dicen sus narraciones sobre las formas en que se vive la experiencia de la maternidad en este territorio? ¿Cuáles son las particularidades y sentidos comunes que encontramos en estas narraciones? ¿Cómo entender el relato latinoamericano de la maternidad desde una continuidad histórica?

Estas son algunas interrogantes que formulo tras esta investigación, esperando que inspiren, a su vez, otras preguntas que cuestionen las ideas arraigadas sobre la maternidad desde la literatura, así como la realización de más investigaciones que continúen analizando la obra literaria de Karina Pacheco. Considero que la maternidad nunca dejará de ser ese lugar contradictorio en donde la historia propia se enfrenta con las posibilidades del futuro, pero también con nuestra infancia, con las formas en que las mujeres internalizamos el rol materno como parte de nuestra subjetividad. Sin embargo, creo que estas contradicciones, tal y como dos corrientes marítimas que convergen en un lugar, generan una multiplicidad de historias a las cuales cabe prestar atención, y –sea desde el campo académico o ficcional– escuchar.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrionuevo, A. (2021, 28 de setiembre). *Una lectura de dos décadas de novela peruana*. Lima en Escena. <https://limaenesцена.pe/una-lectura-de-dos-decadas-de-novela-peruana/>
- Boesten, J. (2016). *Violencia sexual en la guerra y en la paz*. Biblioteca Nacional del Perú.
- Cárdenas, M. (2018). El mito de Antígona en *La voluntad del molle* de Karina Pacheco.: posibilidades de justicia transicional en la novela peruana actual. En G. F. Quintero (Ed.), *Justicia y paz en la novela de crímenes* (pp. 169-196). Siglo del Hombre Editores S.A.
- Cárdenas, M. (2019). Filiación y memoria femenina en la novela peruana escrita por mujeres de la última década. La nueva novela latinoamericana sin límites. Lise Segas y Félix Terrones (Coord.), *América sin Nombre*, (24), 41-51.
- Cárdenas, M. (2020). Viaje y novela familiar en la memoria peruana del postconflicto. En T. Basile y C. González, *Las posmemorias. Perspectivas latinoamericanas y europeas* (pp. 369-387). Universidad Nacional de La Plata.
- Celis, P. G. (2019). Hacer propio lo ajeno: subjetividad y reconciliación en *La voluntad del molle*. *TRANSMODERNITY: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, 9(2), 85-108. <https://escholarship.org/uc/item/3m27j9sr>
- Chodorow, N. (1990). *Gender, relation, and difference in psychoanalytic perspective*. New York University Press.
- Chodorow, N. (1979). *Feminism and Psychoanalytic theory*. Yale University Press.
- Comisión de la Verdad y la Reconciliación (2003). *Informe Final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación*. <https://www.cverdad.org.pe/ifinal/pdf/Tomo%20-%20ANEXOS/ANEXO%202.pdf>
- Davey, M. (Ed.). (2007). *Maternidad y creación: Lecturas esenciales*. Alba.
- De Beauvoir, S. (1962). *El segundo sexo*. Ediciones Siglo Veinte.
- Denegri, F. (2018) *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Ceques Editores.

- Díaz, J. (2020). La influencia de la intelectual peruana en el desarrollo del papel de la mujer de inicios del siglo XX. *Letras*, 91 (134), 211-225. <http://dx.doi.org/10.30920/letras.91.134.11>
- Eliade, M. (1999). *Historia de las creencias y las ideas religiosas I*. Paidós.
- Esquilo. (2000). *Tragedias*. Gredos.
- Ewig, C. (2012). *Neoliberalismo de la segunda ola*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Freixas, L. (1996). *Madres e hijas*. Anagrama.
- Friedan, B. (1963). *La mística de la feminidad*. Cátedra.
- González, L. (2009). Madres que no envejecen: la recuperación de Deméter/Ceres en la literatura irlandesa reciente. En C. Suárez (Ed.) *Maternidades: (de)construcciones feministas*. KRK Ediciones.
- Graves, R. (2022). *Los mitos griegos*. Gredos.
- Griffin, S. (1971). Notas sobre la cuestión del feminismo y la maternidad. En M. Davey (Ed.) *Maternidad y creación: Lecturas esenciales*. (pp. 51-68). Alba.
- Grinberg, L., & Grinberg, R. (1980). *Identidad y cambio*. Paidós
- Guerra, L. (2006). *La mujer fragmentada. Historia de un signo*. Cuarto propio editorial.
- Hernández, W. Cozzubo, A., Aguilar, J.C., Ledgard, D., y Agüero, J. (2022) *El impacto de la pandemia por la COVID-19 sobre la violencia familiar: diferenciando víctimas, tipos de violencia y niveles de riesgo en el Perú*. UNDP LAC Working Paper No. 30.
- Henríquez, N. (2018). Muchas vidas, nuevas voces, dolores persistentes. Notas sobre la violencia política, las miradas de género y los trabajos de memoria. En M. Crisóstomo (Ed.), *Género y Conflicto Armado Interno en el Perú: Testimonio y memoria*. (pp.15-47). Fondo editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Hirsch, M. (1989). *The Mother/Daughter plot. Narrative, psychoanalysis, feminism*. Indiana University Press.
- Hustvedt, S. (2022). *Madres, padres y demás. Apuntes sobre mi familia real y literaria*. Seix Barral.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Siglo Veintiuno editores.

- Kerényi, K. (2004). *Eleusis. Imagen arquetípica de la madre y la hija*. Siruela.
- Kristeva, J. (1986). A new type of intellectual: The dissident. En T. Moi (Ed.), *The Kristeva Reader*, (pp.292-300) Columbia University Press.
- Kristeva, J. (1986). About chinese women. En T. Moi, *The Kristeva Reader*, (pp.138- 159). Columbia University Press.
- Lora, C. (1996) Identidad femenina y género desde una perspectiva psicológica. En N. Henríquez. (Ed.) *Encrucijadas del Saber: los estudios de género en las ciencias sociales*, (pp. 17-29). Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Lora, C. (2007). *Identidad de rol genérico en tres poetas peruanas* [Tesis para obtener el grado de magister en estudios teóricos en psicoanálisis]. Pontificia Universidad Católica del Perú. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/4746>
- Meruane, L. (2018). *Contra los hijos*. Literatura Random House
- Millet, K. (1969). *Política sexual*. Cátedra.
- Moi, T. (1995). *Teoría Literaria Feminista*. Cátedra.
- Ostriker, A. (2020). Una propuesta atrevida: maternidad y poesía. En M. Davey (Ed.) *Maternidad y creación: Lecturas esenciales*. (pp. 175-182) Alba.
- Pacheco, K. (2006). *La voluntad del molle*. Fondo de Cultura Económica.
- Pacheco, K. (2017). *Las orillas del aire*. Seix Barral.
- Pacheco, K. (2017, 2 de octubre). *El interés por saber de dónde venimos marca quiénes somos*. Libros a mí. <https://librosami.pe/2017/10/karina-pacheco-el-interes-por-saber-de-donde-venimos-marca-quienes-somos/>
- Pina, R. (2005). La literatura como espacio de resistencia. Mujer y maternidad: la falacia del espacio privado. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXI (62), 297-310.
- Ragúz, M. (1996). Masculinidad, femineidad y género: Un enfoque psicológico diferente. En N. Henríquez. (Ed.) *Encrucijadas del Saber. Un Estudio de Género en las Ciencias Sociales* (pp. 31-73). Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Reisz, S. (1996). *Voces Sexuadas. Género y Poesía en Latinoamérica*. Edicions de la Universitat de Lleida.
- Reisz, S. (1998). Juana Manuela y yo. En M. Robles. (Ed.) *A imagen y semejanza: Reflexiones de escritoras peruanas contemporáneas*. (pp. 99-112) Fondo de Cultura Económica.
- Rich, A. (1971). *Sobre mentiras, secretos y silencios*. Horas y horas.
- Rich, A. (2019). *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Traficantes de sueños.
- Roche, M. (2016). *Madre mía que estás en el mito*. Sílex ediciones.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado: cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Segato, R. (2014). *Las estructuras elementales de la violencia: ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Prometeo libros.
- Stone, D. (2017). *Pomegranate: A global history*. Reaktion Books.
- Suárez, C. (2009). Las maternidades y el pensamiento feminista. De Simone de Beauvoir a los feminismos de los años sesenta y setenta del siglo XX. En C. Suárez (Ed.), *Maternidades: (de)construcciones feministas*. (pp. 143-170) KRK Ediciones.
- Suleiman, S. (2020). Escribir y ser madre. En M. Davey (Ed.) *Maternidad y creación. Lecturas esenciales*. (pp. 183- 216) Alba.
- Vivas, E. (2021). *Mamá desobediente: Una mirada feminista a la maternidad*. Gafas Moradas.
- Wasson, R. G., Hofmann, A., & Ruck, C. A. (2013). *El camino a Eleusis: una solución al enigma de los misterios*. Fondo de Cultura Económica.